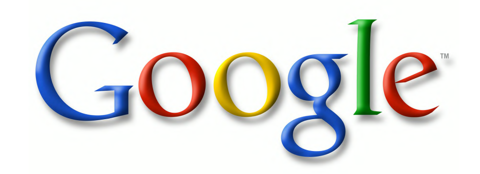
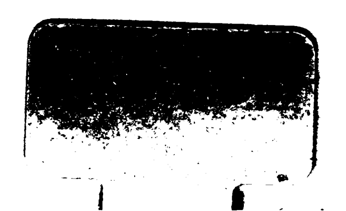


HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII



m.

# VIAJES

DE

# SANTIAGO ESTRADA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

DE BUENOS AIRES AL TANDIL Y EL PARAGUAY.

DE VALPARAÍSO Á LA OROYA

---

PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

DE

D. EDUARDO BUSTILLO

Y CON UN APÉNDICE DE

D. NILO MARÍA FABRA

TOMO II.—3.ª EDICIÓN

BARCELONA—1889

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.ª
Pasaje de Escudillers, 4

# PRÓLOGO

ONCE años han transcurrido desde que tuve la feliz idea de realizar una detenida visita á la capital de la República Argentina.

Allí hablé con el autor del presente libro, y, sin embargo, regresé á España sin haber tenido el gusto de tratarle personalmente.

Le hablé allí en polémica literaria, desde las columnas de un periódico y con motivo de haberme cedido la palabra el Dr. Avellaneda, Presidente á la sazón de aquella República, y autoridad legítima, como Estrada, en materias de crítica de letras y artes.

Y he aquí ahora que la visita del ilustre hijo emancipado á la madre patria, viene á proporcionarme la dicha de hacerme amigo del que en su tierra nativa fuí sólo compañero.

Estrechada la mano del amigo Estrada, la mano del literato argentino me ófrece un precioso libro de VIAJES con el honroso encargo de que le presente al público español, del cual, en su modestia, compañera

inseparable del verdadero mérito, se juzga desconocido.

Si no le desmintiera ya el éxito alcanzado por su brillante y pintoresco estudio de *Las Fiestas de Sevilla,* bastaría este libro, y más en fraternal compañía con el de *En la madre Patria*, para excusar que se amparase de otro nombre, aunque fuese más autorizado que el mío.

Y ¿cómo no aprovechar la ocasión que se me ofrece de apadrinar el fruto de un entendimiento que, *aquí* como *allá*, honra las letras castellanas?

La aprovecho, sí; y la aprovecho *al paso*, de viaje, fuera de mi vida normal, sintiendo que las necesidades de la publicación me obliguen á hacer más ligero este trabajo gratísimo, que debiera ser de detallado análisis á la vista del libro, cuya ausencia me obliga á fiar mis impresiones á la flaqueza de mi memoria.

El libro de VIAJES de D. Santiago Estrada está informado por amores en el autor inagotables: el amor á la tierra en que se meció su cuna, el amor á las libertades americanas, el amor á Dios, el amor á la naturaleza. Sale de Buenos Aires con su cuaderno de apuntes, para reflejar en ellos anhelos de patriota, impresiones de poeta, sentimientos de cristiano.

Emprende sus viajes en época en que las comunicaciones son aún muy difíciles y hasta peligrosas en aquella parte de América, y en los luctuosos últimos meses de la tremenda guerra del Paraguay.

Si no me es infiel la memoria, en las primeras páginas nos habla de un libro también de viajes, de autor español, que le sirve de compañero: *De Madrid á Nápoles,* de Alarcón.

Los dos escritores viajan en dulce compañía. Pero ¡qué diferencia de itinerario, de impresiones, de puntos de vista, de bagaje espiritual, de estilo, de procedimiento!... Facilidad casi siempre y alfombra de flores en el camino del autor español, y pasos difíciles, obstáculos peligrosos y hasta regueros de sangre en el del escritor americano.

Mientras penetra en las sierras el Tandil y estudia aquella abrupta naturaleza, Estrada es el poeta que canta, con admiración, pero sin lágrimas en los ojos.

Todos hemos leído descripciones de viajes en diligencia, á pie, y á lomos de un mulo, y en días fríos, y en noches serenas, por tierras de la vieja Europa. Pero, aunque Estrada no citase nombres de pueblos, ni nos hubiera dicho siquiera que se hallaba en América, con su manera de sentir y de pensar, con el sello característico de sus descripciones, con sus frases pintorescas y el ambiente que en ellas se respira; ya subiendo á la inextricable sierra ó bajando á la llanura inacabable y desolada; viendo el elevado y gigante monolito en equilibrio perpetuo y maravilloso, ú oyendo aquí y allá los melancólicos rumores del desierto, nos hubiera convencido de que no podíamos hallarnos más que en aquella tierra americana del viajero poeta que la siente como entraña propia.

Descripciones he leído yo de las vírgenes tierras de la Pampa y de los bosques impenetrables del Chaco en libros de ilustrados viajeros europeos. Pero el que quiera sentir las acres y perfumadas inhalaciones de aquella lujosa vegetación y el grito del salvaje guanaco, y el canto melancólico del *payador* en su *rancho* miserable, ha de leer lo que dicen, lo que

describen, lo que sienten escritores, poetas *de la tierra,* como Estrada.

Se acerca nuestro viajero al triste escenario de la desastrosa guerra Paraguaya. El último refugio del tirano López está allí, en aquella altura, donde todavía ondea la bandera de un pueblo fanatizado, para el que quieren la libertad y la civilización sus hermanos los argentinos, los brasileños y los uruguayos.

Frente aquellos postreros baluartes de la tiranía americana, no se ve en Estrada tanto la alegría del triunfo de los suyos como el dolor ante el espectáculo de la sangre que corre á teñir los caudales fecundantes de tierra de hermanos. Se duele como cristiano de aquellos horrores que ofrecen el espectáculo de toda una nación reducida á ensangrentada vivienda de viudas y huérfanos.

Cada paraguayo ha sido un guerrero, y cada guerrero un héroe: heroicidad tristemente estéril que, fanática de la independencia, escudaba á la tiranía.

Argentinos, uruguayos y brasileños vencían al tirano destruyendo un pueblo de titanes. Argentino Estrada, no podía menos de recordar en aquellos momentos solemnes y tristes los sacudimientos de su tierra bajo la mano férrea del tirano Rosas, que cubrió de luto á tantas familias ilustres.

Sus penosos recuerdos históricos no le impiden pintar con vivos colores el movimiento que le rodea: el soldado que abandona la tienda húmeda y fría donde no ha dormido; el arribo de los moribundos; el celo de la ciencia y la piedad armadas; los trazados hábiles del ingeniero que abre al ejército y á la impedimenta caminos inverosímiles entre el lodo

de la tierra baja y los enmarañados bosques que faldean la sierra.

Y desde el teatro de la guerra que apaga poco á poco sus fuegos con el triunfo de los civilizadores, vemos á nuestro viajero cruzando al vapor aquellos caudalosos ríos, que nos parecen enrojecidos por las recientes sangrientas descripciones.

Imposible encuentro enumerar, sin el libro á la vista, la serie de detalles primorosos de la narración pintoresca en que Estrada nos da á conocer paisajes, tipos y costumbres de los pueblos que recorre.

Llegamos sin fatiga, con el encanto de las gratas transiciones, á las aguas del Pacífico, donde Estrada se nos muestra americano cada vez más enamorado de América. Todos aquellos puertos los describe como poeta, los estudia como literato, como historiador, como geólogo, y el Perú mitológico aparece en las páginas de su libro como á la evocación de un mago.

Los hijos del Sol, con sus creencias religiosas y sus supersticiones gentílicas, vestidas con pintorescas presunciones de la tradición oral ó escrita; la riqueza imponderable de aquel suelo y los esplendores de la celeste magnificencia; las convulsiones trágicas de aquellas sierras y de aquellos mares, en que han desaparecido pueblos enteros; todo se ve bien descrito y bien sentido en las páginas que sirven de escenario á la fábula prehistórica y á la histórica narración de la vida de la tierra peruana.

Aparecen ahí los encantos espontáneos de la Naturaleza; las obras atrevidas y sorprendentes de la mano incansable y paciente del hombre; las huellas imborrables del poderío de los Incas; las transforma-

ciones que se sucedieron con la dominación de los virreyes españoles; y después y antes y siempre el nobilísimo aliento del americano, que escribe y describe, y siente y piensa, y estudia y analiza inspirado por ansias del provecho y la gloria de aquellos pueblos que despertaron á la vez que el suyo á la vida de la civilización y después á la de la independencia.

Entrar con Estrada en la ciudad de los Reyes, en el recinto de la vida claustral de Santa Rosa, es entrar á la vez con un poeta, con un artista y con un fervoroso cristiano. En su compañía reviven todos los recuerdos de la fundación española; se ve á Lima con todas sus bellezas y con todos sus defectos; como fué, como es y como quisiera que fuese este americano que nunca maldijo ni renegó de España.

La vida y costumbres de los limeños; la gracia y la hermosura de la limeña indolente y su soberano influjo en la vida de la familia y hasta en la vida pública; los hábitos tradicionales y los adquiridos con la civilización moderna; las fiestas y bailes característicos de la raza, en las distintas clases sociales; ahí está todo en breves párrafos descrito por Estrada, que luego se recoge piadosamente para acudir á la cuna donde unos padres felices ven sonreír á una niña y donde la Iglesia Católica ve nacer á una santa.

La vida de Santa Rosa de Lima está escrita en el libro de Estrada por la pluma de un poeta profundamente religioso. En la hermosura de la mujer se transparenta la luz de la gloria con que sueña la mística cantora de sus santos anhelos. Se la ve en la soledad del claustro sin el menor menosprecio del

mundo en que no vive, por vivir anticipadamente en la excelsitud de la pura región para que ha nacido.

El paralelo entre Rosa y Teresa de Jesús es una gallarda revelación de análisis crítico y del estudio serio y juicioso que Estrada ha hecho de las dos mujeres, de las dos poetisas, de las dos santas.

Aunque no encerrara otra belleza que la preciosa biografía de su bendita patrona, los limeños pondrían sobre su cabeza el libro del literato argentino.

Y doy fin en la beatífica paz de la santa, ya que tuve que pasar por el horror de la guerra de los hombres; sintiendo que en mis recuerdos se hayan desvanecido muchos de los primores de las páginas que se abren detrás de este pobrísimo prólogo, expresión únicamente de mis votos por la armonía y las crecientes glorias de las letras hispano-americanas.

EDUARDO BUSTILLO.

*San Sebastián, 15 de Agosto 1889.*

# LAS SIERRAS DEL TANDIL



El 1.º de Junio de 1868 tomé pasaje en el ferrocarril del Sur hasta la última estación de la vía.

Durante las cinco horas que emplea el tren en salvar la distancia que separa Buenos Aires de Chascomús, me entregué á la lectura del libro titulado *De Madrid á Nápoles*, debido á la pluma del original escritor español don Pedro A. de Alarcón.

Mi espíritu viajaba, conducido por el libro, por el mundo de la civilización: mi cuerpo marchaba hacia la pampa, obedeciendo al impulso de la fuerza ciega del vapor.

El libro me trazaba un camino luminoso.

Cuando llevaba los ojos fijos en él, contemplaba aldeas blancas y risueñas, veredas guarnecidas de edificios, bosques frondosos, jardines perfumados, ciudades populosas, muchedumbres agrupadas en templos y plazas; escuchaba discursos, cantos, aplausos, ruido de máquinas y de trenes; aspiraba el aliento caliente de la industria, la atmósfera brillante de las academias y de los coliseos; veía al hombre pasar y repasar bajo los pórticos de las aduanas y de las bolsas; percibía la actividad de los pueblos, el movimiento de su corazón, las fatigas de su espíritu, persiguiendo la verdad y la ciencia, en el libro, en el cielo y en la tierra; lamentaba la estrechez de aquellas fronteras para contener la ola humana, agitada, desbordada.

Cuando separaba los ojos del libro, el silencio, la pereza y la esterilidad, se me presentaban en medio del desierto.

# I

El sol se oculta en los confines de la llanura solitaria, de la llanura sin árboles, sin cabañas, sin moradores.

Apenas se percibe el sonido lejano de la esquila de los ganados; un cordero, extraviado del rebaño, bala á la distancia; un gaucho harapiento, caballero en rocín flaco, cruza en lontananza el camino que lo conduce á la pulpería en que olvida sus penas, ó al rancho en que canta sus dolores.

La luz inmutable del sol desaparece en el desierto invariable, anunciando el término de un día semejante al anterior, sin recuerdos, como lo será el venidero, é igual al de más allá.

Las sombras, hermanas del dolor, entristecen el espíritu, que se espande con la luz, hermana de la alegría, del trabajo y de la vida.

Las sombras de la noche caen sobre los

campos, sobre mi libro, sobre el risueño panorama que hace un momento contemplaba la imaginación.

La noche y la soledad me rodean: las estrellas alumbran con su luz dudosa y vacilante la sombría planicie.

Un vago sentimiento de melancolía penetra en el alma con los primeros rayos de las lumbreras de la noche.

El desierto del mar es la única soledad que no entristece al hombre en la hora del crepúsculo.

La tierra vacía abruma el espíritu con su atmósfera en la hora de las sombras.

El movimiento de las olas, siempre en viaje hacia todas las costas, revela el cumplimiento de la ley que precedió á la formación del elemento líquido.

La tierra que no sirve de asiento al hombre y su hogar, al bosqüe y sus frutos, parece maldita por Aquel que la separó de las aguas, convirtiéndola en el centro del pensamiento, de la actividad y del trabajo.

Ahí está el mar, imponente, activo, inmenso.

Aquel punto blanco que se descubre en el nebuloso horizonte, es la vela que arrastra una esperanza, una riqueza, un pueblo.

Las olas se agitan y la impelen, revelando su vida y su acción.

Aquí está la tierra sombría, informe, vacía. ¿Acaso su superficie se levantó en olas y arrojó al hombre á alguna playa de náufragos, triste, solitaria, ignorada?

Aquella sombra lejana, semejante á la que proyecta sobre las aguas el ave de paso, es el paria que contemplé á la luz del crepúsculo.

Ahora parece un fantasma de la noche, la sombra de un hombre.

Las ciudades antiguas tuvieron profetas que lloraran sobre sus ruinas.

Donde caía una muralla ó un templo, surgía un poeta para inmortalizar el monumento derrumbado.

Aquí, en este campo solitario, ha caído el templo vivo de la Divinidad.

¿Dónde está el bardo del dolor que reconstruya el templo con su lira, que levante con su canto el monumento?

La sombra del ave de paso desapareció entre las tinieblas de la noche, que convirtieron los campos en un mar tenebroso, surcado por la pujante locomotora.

## II

Hemos terminado la jornada.

La campana del tren nos anuncia que estamos á las puertas de Chascomús.

Apenas pisamos la estación del ferrocarril, encontramos en ella al propietario del «Hotel del Progreso».

Antiguo conocido, nos ofreció todo cuanto necesitábamos mi compañero y yo: camas limpias, y buena y abundante cena.

Excuso decir que comimos como dos muchachos que vuelven á casa del Colegio, y que dormimos como dos labradores después de un día de cosecha.

A la mañana siguiente vino á buscarnos el mayoral, en cuya Diligencia debíamos seguir viaje.

La inspección que practicamos previamente al vehículo, nos decidió á esperar hasta el próximo la salida de otra Diligencia, pues aquélla contenía doble número de pasajeros del que podía conducir, y, por apéndice, una carga exorbitante.

Antes que caer bajo los fardos que llevaba en la tolda, nos resignamos á pasar el día leyendo y fumando.

Una fuerte lluvia que siguió á esta determinación, nos obligó á ganar cuarteles de invierno y á hacer una incursión al Monte Blanco, cuyas heladas cimas veíamos dibujarse en las páginas del libro de Alarcón.

El día transcurrió como había empezado.

Una nube sucedía á otra en el cielo, triste como el crepúsculo de la tarde.

El agua azotaba los cristales: el viento de la pampa sacudía las copas de los árboles.

Era uno de esos días que pertenecen á la lectura y al sueño, en que es necesario olvidar lo que nos rodea y crear con el pensamiento un mundo mejor.

Llegó la noche, helada por cierto, y con ella el tren de Buenos Aires, conductor de

periódicos, pasajeros y mayorales de Diligencia.

Abandonamos nuestro caramanchel para cenar y tratar entre bocado y bocado el viaje al Tandil.

Cerramos el convenio, por indicación de un ingeniero, que debía acompañarnos, con el mayoral de la Diligencia Rosa del Sur, conocida en la campaña con el renombre, justamente adquirido, de *Vencedora.*

Al día siguiente emprendimos el viaje, con el temor que producía en todos la abundante carga del vehículo.

Dios mediante llegamos ilesos á la orilla del Salado, donde encontramos la Mensajería del Moro, que esperó con nosotros largo rato la balsa en que debía atravesar el río.

Mientras aquélla llegaba, recorrimos sus márgenes, cogiendo caracoles, persiguiendo las gaviotas, atraídas por los desperdicios de la carneada de los peones de las carretas estacionadas, admirando el paisaje y lamentando lo precario de nuestra viabilidad, que obliga al pasajero á demorarse muchas horas por la falta de puentes que

liguen las orillas de los arroyos y de los ríos. [1]

Perjudica considerablemente este retardo al comercio, que sufre pérdidas de consideración por el atraso con que recibe en la ciudad los productos campestres, cuando las lluvias del invierno aumentan el caudal de aquellas aguas.

El mayoral nos llamó desde la balsa con este grito: *¡en viaje!*

Dos horas después, cuando el sol hacía su última y suave caricia á los campos, llegamos á orillas de la laguna Limpia, tersa como un espejo, brillante como un cristal, pura como la conciencia de un niño.

Parecía que el sol se miraba en el agua con satisfacción, y que demoraba su despedida agradecido á la complacencia con que permanecía inmóvil, como para no turbar el deliquio del padre de la luz.

Así como la mirada de un hombre esparce sus claridades sobre la frente de los que lo rodean, haciéndoles partícipes de las

[1] En el espacio de veinte años que van corridos desde que escribí estas páginas, todos los inconvenientes apuntados han desaparecido.

emociones que revela, el sol que va á desaparecer se identifica con los objetos que alumbra.

La atmósfera, el árbol y la hierba, resplandecen con su luz.

El espectador se siente envuelto también en la poética y postrera claridad del día, que penetra en la región de los misterios y de los sueños, acariciados por el susurro de las hojas y el murmullo de la brisa.

El ritmo sin palabras del himno de la noche, del cual cada corazón tiene una estrofa, aproxima el individuo á la naturaleza, haciéndole imaginarse que la tierra y el firmamento, el bosque y las olas expresan sus sentimientos engrandecidos.

Átomo incorporado á mi planeta, me siento vivir con él, respirando el aliento de todos los seres, contemplando el movimiento de todos los astros que coronan su frente, rodando sobre el abismo, en cuyo borde le detiene Dios con su voluntad omnipotente.

Pronuncio una palabra que es historia, armonía y luz de mi vida.

La brisa la impele y la lleva lejos, muy

lejos, hasta el punto en que los vapores del cielo parecen confundirse con las mansas olas de la transparente laguna.

Palabras, espumas y nubes fraternizan, y su ósculo de alianza se convierte en una estrella que fulgura sobre mi frente.

Entretanto, la noche se aproxima, cubriendo cariñosamente con su manto todo lo que vive en la inmensa llanura.

## III

Estamos en el pueblo de Dolores.

Alumbrado por la luz de una luna pálida, puedo leer en la fachada de una casa á cuya puerta acabamos de parar, una muestra que anuncia la existencia de una fonda cuyo dueño se llama Don Víctor.

Me basta saber que hemos llegado á una fonda: el nombre y apellido de su dueño no han de mejorar la sopa ni las camas que nos esperan, la una para satisfacer el hambre, y las otras para dar descanso á los

cuerpos, estropeados por los barquinazos de la Diligencia.

Poco tienen que admirar los salones de Don Víctor, repletos de gente y humo de cigarro.

El patio vecino, rodeado de una reja de madera y plantado de naranjos, acacias y nísperos, presenta agradable aspecto.

Las habitaciones de los pasajeros son limpias, como las camas que les esperan con el cobertor doblado.

Comamos y durmamos, que con la gracia de Dios no hay pan negro ni cama dura.

Comimos bien, dormimos mejor, y nos levantamos muy temprano para visitar el templo.

Conservo viva la religiosa impresión que experimenté al contemplar aquel edificio, cuya luz dulce y mística penetra en el alma como un rayo del sol de la justicia, suavizado por la sombra del bosque de columnas que sostiene la bóveda del santuario.

Una hora después salimos de Dolores en dirección á Arenales, cayendo y levantando en el peor de los caminos conocidos.

A las diez de la mañana empezamos á

cortar la cadena de cañadas del Vecino, que se extiende hasta los Montes Grandes. Pasamos felizmente el célebre cajón del Vecino, alimentado por las aguas de la laguna del Medio, caudalosa como un río, resplandeciente como una gran lámina de plata, ceñida por cintura de blanquísima espuma.

El campo, mejorado por las lluvias en esta parte del camino, presentaba algún interés.

Los rebaños se sucedían, atropellándose al huir espantados por el ruido de la Diligencia; las vacas desfloraban la naciente hierba y los terneros acribillaban á topadas á sus madres, que miraban con curiosidad nuestro carruaje y los jinetes que lo conducían.

Era la tarde cuando todos los pasajeros se reunieron en la orilla de la laguna de Navas á hacer su frugal comida.

El campo fué su cenador, la tierra la mesa, la hierba el mantel.

Formaban el paisaje que teníamos delante la tranquila laguna, la estancia de Insiarte, con el bosque despojado de hojas

por el invierno, un rancho que se reflejaba en un gran charco, con la chimenea coronada de humo, el caballo de su dueño atado á la tranquera, y un mar de fresca vegetación.

Terminada la comida nos pusimos en marcha.

Cuando el globo solar desaparecía en la llanura y el horizonte cubierto de velos azulados y nubes de púrpura anunciaba el fin del día, llegamos á la Providencia.

Hacía frío y era necesario esperar la muda de caballos.

Entramos en el hogar que nos abría sus puertas, y encontramos en él un buen hombre, establecido bajo el amparo de Dios en aquel campo solitario.

En su casa había penetrado el cólera, cuyo recuerdo enluta todas las almas en nuestros campos, y ella había sido convertida más tarde en capilla.

Por una promesa de su propietario, el señor Bejerano, herido por el flajelo y salvado milagrosamente, fué esa casa asilo de un sacerdote, que recorrió los campos vecinos, rezando las últimas oraciones de la

Iglesia sobre las sepulturas de los muertos, bautizando los niños, santificando con la bendición del Altísimo la unión de los corazones y hablando de la justicia de Dios á los hombres, que acudían á recibir la absolución de sus pecados.

Terminaba el día cuando abandonamos la Providencia, para ir á pernoctar en la posta de Sabaté.

Luego que llegamos, el mayoral nos anunció que teníamos que esperar la cena, hasta que desocuparan el dormitorio-comedor, seis vascos que habían tomado posesión de él, y que se hallaban dominados por una borrachera inofensiva y bulliciosa.

Mientras tenía lugar el desalojo, Brochero, peón de la diligencia, jinetazo, que forma con su caballo el centauro pampeano, paria trabajador, decidor como buen gaucho y alegre como una copla andaluza, dispuso con ramas secas una fogata y clavó en el asador un cordero, sentándose en cuclillas al amor de la lumbre.

Otro gaucho ocupó el lugar vacío en el improvisado fogón.

Brochero formaba el más acabado con-

traste con su compañero, reconcentrado, meditabundo, silencioso.

Luego que visité el fogón de Brochero, salí á recorrer el campo alumbrado por la luz de la luna.

La soledad, el misterio y el silencio arrebataron mi espíritu, que evocó recuerdos y animó imágenes que en su egoísmo de poeta quería arrebatar á la sociedad de los hombres, para conducirlas allí, donde nada interrumpe las confidencias; allí donde el aire, la luz y los perfumes renuevan la memoria de los primeros amores del hombre.

Al regresar de mi solitario paseo, hallé á los compañeros agrupados en la puerta de la cocina de la posta.

Los vecinos que encontramos al llegar á ella entregados á alegres expansiones, bailaban alrededor del fogón, sosteniendo en equilibrio sobre las boinas, palmatorias de latón con velas encendidas, y cantando una especie de salmodia, que algunos alternaban con una que otra copla campesina, sazonada con sal y pimienta.

Una cena de cenobitas puso fin á las ocupaciones de aquel día, cuyas fatigas nos

rindieron en las peores camas de que hagan mención las crónicas de los figones y posadas de caminantes.

A poco andar, ó mejor dicho, dormir, la corneta del mayoral nos despertaba con *la diana del viajero.*

Cuando salimos, una luz extraña desvanecía el vapor que se levantaba de las hierbas quemadas por la helada.

El sol naciente y la luna próxima á desaparecer, se saludaban, como amantes, con desmayadas y tristes miradas.

Pusímonos en marcha en dirección á las barrancas de la laguna Chilforó, que alimenta á sus pechos el Catreolofú, que juguetea á nuestra derecha entre los arbustos cimarrones.

A la izquierda, sobre una loma, elévase una preciosa población, desde la cual se descubre al S. S. O. una cadena de nubes firmes, formada por la lejana serranía del Tandil.

Para los que ven caminos en las montañas, aquellas brumas no tienen interés.

Para los que como nosotros se prometen con su vista un espectáculo desconocido,

aquella apariencia vaporosa tiene un encanto irresistible.

La luz del sol se reflejaba en esas cimas, al parecer impalpables.

El campo se sentía vivificado con el calor del alba: el sol disipaba los vapores húmedos de la noche y atraía á la puerta de su cueva á la huraña vizcacha, que huía en seguida perseguida por los perros del postillón.

La tímida perdiz abandonaba su nido de pajas, con la seguridad de no ser turbada en su paseo matinal.

Los patos de la sierra venían en bandadas á bañarse en las aguas del Catreolofú.

Y para que no faltara en aquel cuadro una imagen que revelara la actividad humana, un buhonero apareció detrás de una loma.

Las casas de la naciente población de Arenales, comenzaron á perfilarse en el horizonte á las pocas leguas de camino.

Llegamos á la Esquina del Sol, que tanto al nacer el día como al caer la tarde parece que fuera el punto de descanso del astro que le da nombre, tal es la claridad que baña aquellos ranchos, que franquean el

paso, por la parte del fondo, á una graciosa alameda.

En esa casa reposamos un momento, y escribimos nuestras cartas para la ciudad, que dejamos en poder de un pasajero que debía regresar á Buenos Aires.

El nuevo pueblo de Arenales se halla en su segundo período de formación: el ruido de la cuchara del albañil resuena en todas partes: las calles son regulares: la escuela, que sirve de templo, es un monumento que hace honor á sus fundadores.

El sol nos anunció el mediodía antes que el silencio producido por la suspensión del trabajo, antes que la campana de la capilla de Arenales.

Al abandonar las calles del pueblo, las brumas del S. S. O. habían adquirido densidad y color.

Un grupo de árboles de la Reconquista de Iraola corta la cadena de las sierras, cada vez más perceptibles por su cercanía y la pureza de la atmósfera, que se empañaba con el resuello de los caballos.

Caminamos sin interrupción hasta la caída de la tarde, en que costeamos el Cha-

paleofú, que parece una gran culebra de plata dormida sobre el camino trazado por el hombre.

Una repentina variación atmosférica entristeció el cielo, víctima de las inconstancias de nuestro clima.

El balido de los corderos abandonados, el ruido de la esquila y el silbido del viento de la tarde, formaban una música destemplada, extraña, melancólica.

Llegamos á una toldería de indios que está situada al pie de la estancia de Miguens, con el alma dispuesta á recibir desagradables impresiones.

Aquella familia pampeana, numerosa é inmunda, acusaba con la indolencia de sus modales, el hábito de la libertad salvaje.

El instinto la reunía en un toldo de cuero, bajo el cual se calentaba en el fogón un puchero de carne de potro, repugnante y hediondo.

En un rancho vecino, cuya puerta defendía una perra espeluznada de rabia, yacía enferma la abuela de aquella familia, anciana secular, que parece más que un ser vivo, un morador de las huacas del Perú.

Esta india y su hijo mayor pertenecían á la tribu de Aconlubán.

La anciana es cristiana, se llama María Luisa Pérez, y es viuda del indio *Milico*, célebre por sus aventuras de soldado en los campos del Sur.

Observamos con enternecimiento el respeto que aquellos hijos de la naturaleza profesaban *á su abuelita*, que demostró mucha ternura al presentarnos sus *nietitos*.

Tratamos con María Luisa la venta de un quillango de huanaco, y antes de partir obsequiamos á sus hijos con cigarros y á sus nietos con medallas benditas, que besaron con respeto.

¡Pobres indios! La civilización es responsable de vuestra barbarie.

Buenos por índole, la ignorancia endurece su corazón, el sable despierta sus dormidos rencores, la conquista armada subleva en ellos el sentimiento de la venganza.

La palabra de Cristo, que ha hecho presentir á aquella pobre vieja las dulzuras de la familia, es la única fuerza que dominará sus bríos y ahogará sus pasiones salvajes.

Después de despedirnos de la desgraciada

familia, seguimos el viaje momentáneamente interrumpido.

Las nieblas de la mañana iban tomando formas corpóreas.

La casa de la estancia de Arriba se destacaba de las sombras; sus luces brillaban al pie de las sierras.

Nos hallábamos á los 37 $^1/_4$ grados de latitud.

El Tandil estaba á pocas leguas de nosotros.

Descendimos del carruaje en el Bajo Hondo para contemplar un hermoso espectáculo: la aparición de la luna en las sierras.

La lámpara de la noche asomó en las cumbres apacible, dulce, hermosa, como un sueño de poeta.

Las hierbas, acariciadas por su mirada, y las brisas inspiradas por el tono de lo maravilloso, le improvisaron una sinfonía sin nombre, que los espíritus de la noche imprimieron en las páginas del alma.

Pocos momentos después entrábamos en el pueblo del Tandil, estrechado por los brazos de dos arroyos, formados por el

agua con que las sierras riegan las fecundas tierras de sus campos.

Conducidos al *Hotel de la Piedra Movediza,* su dueño nos ofreció un alojamiento que no creíamos pudiera encontrarse á noventa y tres leguas de Buenos Aires.

Apenas descansamos, salimos á recorrer las calles de la población, formada por mil quinientas almas.

Este centro comercial de las cuatrocientas leguas cuadradas que componen el Partido, es superior á muchos pueblos que satisfacen las necesidades de más de cuatro mil individuos, cifra total de la población del Tandil.

Cuando penetramos en la plaza, los ojos acostumbrados á contemplar la planicie, tropezaron con las sierras que la rodean: involuntariamente los dirigimos al cielo para buscar el espacio.

El firmamento se toldó súbitamente: otras montañas se agruparon sobre nuestras cabezas.

En aquel momento nos creímos envueltos en una tormenta.

Madrugamos para admirar la naturaleza

del Tandil, que habíamos contemplado imperfectamente.

En las calles del pueblo hay un calizo sin consistencia y un poco arcilloso, sobre la superficie del suelo.

Este calizo da solidez al terreno, hasta llegar á la plaza, que es el lugar más pintoresco de la población.

En uno de sus costados se hallan las ruinas del Fuerte Independencia, construído en 1828: sus cañones sustentan las cadenas que la rodean.

Al pie de las ruinas y apoyadas en la serranía, se levantan la escuela y la casa municipal.

Desde el ángulo formado por este edificio, descúbrese el cementerio, construído en el primer plano de una sierra, á la que ha comunicado el nombre el campo del reposo.

Las tapias blancas y las cúpulas de los sepulcros, que se destacan del manto parduzco que tapiza las piedras, presentan un aspecto risueño á la par que melancólico.

En el costado opuesto al que ocupa la escuela, está la iglesia, en cuya puerta, y apoyada por algunas piedras desprendi-

das de la serranía, se eleva la Cruz de la Misión.

La humilde capilla no tiene más adorno que la limpieza.

Cuando la visitamos, la campana llamaba á Misa: las vibraciones del bronce vagaron largo tiempo por los huecos de las sierras, cuyos ecos reprodujeron el toque que convocaba á los fieles al pie del altar.

Atraídos por el sentimiento y la voz de la religión, asistimos al Santo Sacrificio.

Luego que terminó la Misa, nos sentamos al pie de la cruz á contemplar la serranía.

En la Laguna de los Padres comienza aquella gran cadena, cuyo último cabo es la Sierra Azul de Tapalquén, según nos dijo el guía.

Las cinco sierras que rodean el Tandil son conocidas por los nombres de Tandileofú, Sierra de las Ánimas, Sierra del Cementerio, Sierra de la Piedra Movediza y Sierra de los Leones.

Cuenta una supersticiosa tradición que en la Sierra de las Ánimas, existe un pozo que comunica con el Purgatorio.

Un distinguido viajero, el señor Martín de

Moussy, ha dedicado en la *Descripción de la República Argentina* algunas palabras al Tandil, que serán más elocuentes que esta crónica de viaje.

«Los alrededores del Tandil, dice, son muy pintorescos. Una de sus colinas más cercanas presenta el fenómeno curioso, pero muy conocido en Europa, de una piedra movediza. Es una gruesa roca triangular que forma el coronamiento de una aglomeración de gneiss.

»Esta piedra gigantesca se halla en equilibrio sobre el pedestal monolítico que la soporta, por un pedículo, estrecho y redondeado, que se adapta, en una especie de muesca natural, que deja entre la piedra y su sostén un espacio vacío. El simple esfuerzo de un hombre robusto, basta para poner en movimiento esa masa enorme, cuya inclinación hace más curioso el fenómeno.

»Cavando pozos de diez metros de profundidad, se han sacado fragmentos de huesos fósiles, en tan mal estado, que ha sido imposible clasificarlos.

»Las rocas de la sierra son muy com-

pactas y están cubiertas de líquenes. Se encuentra en ella gneiss, micachistes, granito, cuarzo, y en algunos lugares, piedras areniscas. El calizo no se encuentra sino en las ondulaciones del pie de las colinas y nunca en las cumbres de éstas».

En la base de las sierras hay yeso, aguas ferruginosas, vetas de cobre, y en un lugar desconocido, se dice que un pasajero encontró un pedazo de mineral, que examinado científicamente produjo una pequeña cantidad de oro.

## IV

Las sierras nos llaman.

Un guía y un carruaje nos esperan.

¡En marcha!

Ahí están asentadas sobre alfombras de romero y margaritas, con las plantas guarnecidas con los penachos blancos de las cortaderas, vestidas con la hierba de la piedra, buscada como medicina por el campesino y como tinta para sus tejidos por el

salvaje, con las sienes adornadas con flores del aire ó ceñidas con captus rojos, contemplándose en la transparente corriente de los arroyos, que murmuran al deslizarse entre festones de berros.

La piedra movediza está ahí, también, balanceándose sobre el abismo.

Bajando los ojos del monumento, la vista tropieza con las tierras aradas que rodean la base de la colina y que se extienden como inmenso paño negro.

Volviendo la mirada á la izquierda del camino, encuéntranse grandes piedras, que recuerdan los dólmenes druídicos, cubiertos con la verbena sagrada y salpicados con la sangre de Norma.

Entre esos grupos informes se levanta una casita.

Los árboles y las plantas del jardín, las gallinas y palomas que comen los granos de maíz que el dueño les arroja, parecen objetos parásitos adheridos á las rocas por un capricho de la naturaleza.

Las piedras sueltas que cubren el camino, entre las cuales saltan las perdices, sorprendidas por los relinchos de nuestras cabalga-

duras, interceptan el paso, por cuya razón es necesario dejar el coche á algunas cuadras de la sierra.

Una vez desenganchados los caballos para que descansen, comiendo la hierba y bebiendo el agua de los manantiales, emprenderemos á pie la marcha, conducidos por el guía, que camina delante de nosotros con la escopeta al hombro.

Ya estamos á pocos pasos de la sierra que vamos á escalar.

Sobre la piedra movediza se posan dos águilas, que tienen un enemigo en nuestro guía.

Después de algunos minutos de camino, nos detuvimos y volvimos el rostro á la población que acabábamos de abandonar.

Cada una de sus casas parece una piedra blanca, menor que cualquiera de las inmediatas.

Aquellos puntos blancos presentan un efecto curioso, cuando se les ve agrupados como las partículas de un gran mosaico, desde las alturas heridas por el rayo, humedecidas por el agua que destilan ó teñidas con los jugos de las parásitas que las visten.

A la espalda tenemos un pueblo adherido á las colinas; aquí, á nuestro lado, moles inmensas; al frente, oleadas de granito de fácil acceso; allí, grutas abiertas en el cuerpo de la sierra; más allá, nichos formados por la separación de dos piedras, cuya entrada guardan plantas de captus ó grupos de penachos blancos.

Avanzando algunos pasos encontramos, á la derecha del desfiladero, piedras blancas, redondas, que parecen cráneos de cuerpos gigantescos; á la izquierda, piedras cóncavas, semejantes á la concha del cliptodón mirada por dentro; á nuestro frente, y sirviéndonos de escalones, fragmentos de rocas que parecen huesos de seres antediluvianos.

En estos huecos, en estas grutas, en estos nichos, penetra la palabra del hombre, cuyo eco, que estremece el agua del oculto manantial, se confunde con los murmullos del viento, formando un ruido misterioso, que atravesando una y otra roca, va á escaparse por alguna hendidura de la sierra, á larga distancia del lugar de que partió.

Las águilas no se mueven de la piedra

movediza, porque no se dan cuenta de que el hombre puede perseguirlas en tan elevado asilo.

El guía, que escala como ellas las sierras, apresura el paso, llega á una meseta, hace pie, prepara la escopeta, y cuando los ecos repiten el ruido del arma disparada sobre las aves, sus plumas vuelan y las águilas se levantan pesadamente exhalando gritos de dolor.

Observando la piedra movediza desde esta meseta, presenta por cada uno de sus lados una figura diferente.

El frente del Norte se asemeja en configuración á los grandes pianos de Erard; el del Sur es un pentágono irregular; los del Este y Oeste tienen la forma de un cono mal dibujado.

El ingeniero Moog estudió el año pasado este asombroso monumento.

Al efecto subió sobre la misma piedra, la midió y dibujó prolijamente.

De su estudio resulta que oscila sesenta veces por minuto y que el centro de gravedad mide un metro.

El señor Moussy dice que la piedra move-

diza tiene cuatro metros de ancho y cinco de largo.

Ni el huracán ni el rayo han podido quebrantar la ley de equilibrio que la sustenta sobre el último plano inclinado de la sierra á que ha dado nombre.

Un cacique de Rosas, obedeciendo al instinto de su señor que pretendía no dejar piedra sobre piedra, intentó violar aquella ley, y llevar á cabo lo que no habían podido realizar el huracán y el rayo.

Cuentan las crónicas del Tandil que el vándalo enlazó la piedra con gruesas poleas, á las cuales ató treinta yuntas de bueyes.

La pica ensangrentó á los inocentes cómplices de aquel acto de barbarie; los pobres animales bregaron; pero, gracias á Dios, no se realizó el deseo del buen federal, y, hela ahí como una gran masa lanzada desde el cielo y detenida sobre el precipicio á cuyo borde se balancea y cuya extensión parece medir desde la altura: hela ahí como el asiento desde el cual el genio de las borrascas dirige la tormenta, lanza sus rayos y habla á la tierra conmovida!

Sigamos ascendiendo.

El camino que conduce hasta al pie del coloso, se hace más penoso á cada paso.

Gruesas gotas de sudor humedecen la frente.

He ahí una cueva que es la sepultura de los animales que caen en ella y que lo sería del pasajero que se desviara una línea de la senda.

Un esfuerzo más.

Aquí es imprescindible deslizarse por entre dos piedras, como la culebra que va á abandonar la piel vieja; allí es necesario saltar como el cabritillo; más allá es preciso ascender apoyándose en las uñas como el gato que escala un muro.

Un esfuerzo más y nos encontramos á doscientos quince pies sobre el nivel del mar, de pie en la meseta en que descansa el gigantesco acróbata de piedra, que agradecido tal vez á la admiración que le profesamos y dócil á nuestra voluntad, comienza á ejecutar su gran prueba de equilibrio, apenas le tocamos con nuestra mano de pigmeos.

Luego que lo examinamos minuciosamente, bebimos una botella de vino de Italia, y brindamos en silencio á la buena suerte de nuestros mejores proyectos.

En seguida colocamos el cristal vacío junto al eje de la piedra, imprimimos á ésta un ligero movimiento hacia nosotros y la botella crujió saltando en pedazos.

Así que tendimos una mirada sobre el campo cubierto de lagunas, sobre las tierras cultivadas que riegan aquéllas, sobre el pueblo recostado muellemente en las sierras del frente y sobre el cielo alumbrado por los postreros rayos del sol, emprendimos el descenso, pisando con cautela el musgo de las piedras, descansando en esta meseta, y arrancando de aquélla hierbas, líquenes y plantas de flor del aire.

Al pisar el último peldaño de la escala formada por la naturaleza, nos detuvimos á admirar la Sierra de los Leones, sombría como un alcázar antiguo, semejante á un castillo feudal cubierto de torreones, injuriado por los elementos y los siglos.

En aquel lugar lanzamos al espacio varios nombres, que repitió el eco de una y

otra sierra, como resuenan en el tiempo, pasando de año en año, cuando el corazón los pronuncia en el campo de la vida.

Caminando por entre altísimas hierbas, llegamos á los bordes de un arroyo, en el cual apagamos la sed que nos devoraba en su fresca corriente.

En la opuesta orilla cogimos berros y nos sentamos á escuchar el ruido poético del agua, que corría mansamente, como se desliza entre flores y perfumes una vida olvidada de los hombres.

Nuestros pies se negaban á caminar hasta una casa de piedra, que habíamos descubierto desde la orilla del arroyo.

Hicimos un esfuerzo y llegamos á ella molidos de fatiga.

Precede á la entrada un pozo abierto en la piedra, encerrado dentro de un cercado de gruesos guijarros.

El mojinete del rancho que constituye la casa, está formado de una sola piedra, cuyo dorso sirve de mirador.

Rústica reja de madera forma el antepecho.

Dos cabezas de vaca sirven de asiento á

los que suben á contemplar el armonioso desorden de la naturaleza.

Recostados en la barandilla de la cabaña, vimos ocultarse el sol.

Los patos de la sierra iban á esconderse entre las pajas de sus sollozantes arroyos.

Las aves de paso cruzaban sobre nuestras cabezas.

En los huecos de las rocas resonaban los cantos de los compañeros, el ladrido de los perros, y los disparos de la escopeta de un cazador, que acechaba á las aves al regresar á sus nidos.

Los fogones de los ranchos y las luces de las casas del Tandil, brillaban entre las medias tintas del crepúsculo.

La última claridad del día atraía las miradas hacia las cumbres de las colinas, desde donde subían hasta Dios, y bajaban en seguida deslumbradas á esparcirse en la solitaria planicie.

El horizonte de fuego que limitaba las ondulaciones del terreno, desapareció, envolviéndose lentamente en vaporoso velo.

Las sombras borraron los perfiles de la sierras, que tomaron formas fantásticas.

Los guerreros de Osián, sepultados bajo las piedras inmortalizadas por sus cantos, parecían acudir á aquel lugar, convocados por los genios del misterio y los rumores de lo desconocido.

Las tradiciones de los paisanos bretones, que pretenden que en ciertas noches del año se animan sus gigantes de granito, para ir á beber el agua de las fuentes, acudieron á mi memoria.

Las alas del viento agitaron las sombras de las sierras, convertidas por la noche en fantasmas impalpables, en mitos informes, en colosos misteriosos y terribles.

## V

Había avanzado la noche muchos pasos en su camino, cuando entramos en nuestro alojamiento.

La visita que acabábamos de practicar me había impresionado.

La magnificencia y novedad del paisaje, digno de antiguas tradiciones, despertaron

en mí el recuerdo de las lecturas de mi juventud.

Los romances, el dibujo y la pintura, me habían representado mil veces monumentos, piedras y lugares semejantes á los que hacía un momento había visto real y verdaderamente.

## VI

La arqueología designa con los nombres de piedras célticas, druídicas y gálicas, diferentes masas brutas de dimensiones gigantescas, plantadas aisladamente ó agrupadas de diversas maneras por la mano del hombre, que se encuentran todavía en gran número en la antigua Germania, en Dinamarca, en Suecia, Rusia, Inglaterra, las Hébridas, las Orcadas, y Francia, principalmente en las provincias de la Bretaña, del Borbonés y de la Auvernia.

El arte no encuentra en ellas gran interés: la Historia las ha consultado vanamente.

Hoy no pueden formarse sino conjeturas

sobre los motivos de la fundación de esos monumentos y los medios que han debido emplearse en su erección, pues hasta los nombres primitivos son desconocidos.

Sus nombres actuales son derivados de sus formas y combinaciones.

Los poemas de Osián los reputan monumentos elevados á la gloria de algún guerrero, sobre su misma sepultura.

Algunos pretenden que ciertas piedras de las que se hallan en los lugares indicados, personificaban, para los galos, á algunos de sus dioses.

Se dice que otras de estas piedras fueron altares dedicados á sacrificios humanos.

A pesar de estar cubiertos de inscripciones y bajos relieves, como éstos no tienen relación con las medallas que se conservan de las épocas en que parece fueron erigidos, ha sido imposible arribar á conclusiones exactas.

Se ha encontrado mesas de piedra, llamadas dólmenes, calcinadas por el fuego: este descubrimiento ha dado origen á la suposición de que en ellas sacrificaron los druidas centenares de víctimas.

Entre estos diferentes monumentos hay también piedras movedizas.

En Francia existen varias.

Se habla de alguna que se halla en uno de los departamentos del Morfilán, cerca de Pontini, y de otra en el Maine-Loire, y de una tercera conocida con el nombre de Piedra Movible.

Se compone de una piedra chata puesta sobre otra y susceptible á todo movimiento de balanza.

La más remarcable piedra movediza existe en Inglaterra.

El dolmen de Livermón, departamento de Lot, llamado piedra Martina, está compuesto de tres piedras, de las cuales, la principal, que tiene siete metros de largo y dos de ancho, está colocada, en equilibrio, en los puntos más agudos de las de la base.

Muy ligera presión basta para imprimirle un movimiento prolongado.

Llaman á estas piedras *monumentos probatorios,* lo cual autoriza á suponer que debían emplearse para dar tormento.

Lo que hay de maravilloso, dice un

viajero, es la fuerza é ingenio usados para llevar á cabo tales obras.

«Si las explicaciones faltan á los sabios, agrega, sobre los medios empleados para obtener tan sorprendentes resultados y respecto á los fines de los menhios y dólmenes, el pueblo se ha encargado de suplirlas con los dioses, las brujas y los endemoniados».

En los últimos tiempos del Paganismo, los campesinos atribuían virtudes particulares á estas piedras.

Actualmente, en Bretaña, los paisanos creen que en cierta noche del año el menhio va á beber á un estanque vecino, dejando descubiertos los tesoros, que en seguida oculta bajo su ancha planta.

La tradición que asevera que estas piedras ocultan grandes riquezas, está desparramada en todo el mundo, y es uno de los auxiliares más activos del vandalismo, que las derriba para buscar el oro escondido.

Las tumbas y pirámides de Egipto no son, para la credulidad oriental, sino enormes cajas que guardan las riquezas de Salomón, custodiadas por genios atados á sus sellos.

Puede asegurarse que los esfuerzos de la

Iglesia para concluir con las supersticiones de que eran objeto las piedras antiguas, han conseguido que no se les hagan promesas ni ofrendas.

Pero el pueblo, dice un arqueólogo, continúa creyendo que son espectros, á quienes no debe turbarse el sueño, ni interrumpir en los bailes de la media noche.

Los espíritus fuertes no temen á esos fantasmas en la Baja Bretaña, pues han empezado á derribar, con la frialdad del escepticismo, aquellos monumentos, que resistieron al vaivén del tiempo y al paso de los siglos.

Arago habla en su *Diario de Viaje* de una piedra giratoria que existe en la isla de Francia, de la manera siguiente: «Es una especie de cono regular y pelado, de una pendiente sumamente rápida, en cuya cúspide hay una trompa de lava, que da vuelta sobre una base muy pequeña. Es tan grande la ligereza con que gira, sobre todo en los grandes huracanes, que parece que la trompa, arrancada de su base de granito, va á caer en el abismo, aplastando en su caída los hermosos plantíos que domina».

## VII

De los estudios practicados para descubrir el objeto á que eran destinados los referidos monumentos, no se deducen conclusiones ciertas.

Como se ha visto, la tradición y la imaginación del pueblo, ó su ignorancia, les adjudican significaciones más ó menos verosímiles.

La forma, la colocación, el carácter de las piedras del Tandil, son enteramente semejantes á los de los pretendidos sepulcros y monumentos de Bretaña é Inglaterra.

Una de aquellas piedras movibles, de origen céltico, es casi igual á la célebre piedra movediza del Sur de nuestra Provincia.

Esa semejanza puede demostrar á algún espíritu caviloso, que los que colocaron aquélla sobre el perno que le sirve de eje, fueron antepasados de los que erigieron

este monumento. Pero tampoco faltará quien deduzca de tal semejanza, que ella destruye las leyendas de los monumentos célticos, y prueba que son obra de la naturaleza; porque no puede comprenderse que en un país en que no existen huellas, ni tradición siquiera, de que hayan existido inmigrantes de esa nacionalidad, se encuentren obras semejantes á las que se dice que labró ella en los lugares en que tuvo asiento.

## VIII

De regreso, en los momentos de descanso de las jornadas, sobre las mesas de las postas, ó apoyando la cartera de viaje en las rodillas, escribí estos renglones, que reflejan pálidamente las impresiones que me produjeron las Sierras del Tandil.

# DE CORRIENTES Á CUMBARITÍ

(GUERRA DEL PARAGUAY. — 1868-1869)



(22 DE DICIEMBRE)

Salimos de Corrientes en dirección á Palmas.

A poco de haber navegado entramos en el río Paraguay, cuyas olas traen hasta el oído murmullos de muerte.

Acercámonos á aquella tierra magnífica que se toca al Norte y al Este con el Brasil, al Sur con las Repúblicas del Plata, y al Oeste con el Chaco boliviano y argentino; nos aproximamos al pueblo más ignorado de la América latina, que acaba de darse á conocer iluminado por la luz del incendio que ha devorado sus bosques y consumido sus habitaciones.

Vamos á admirar esa prodigiosa naturaleza regada por el Paraná y el Paraguay, dividida por la cordillera de Amambahú, llana al Este, bañada por muchos ríos al Norte, cubierta de selvas frondosas, interrumpidas por colinas pintorescas, desde las cuales se descubren arenales y guadales como los de Africa, plantíos de arroz, hierba, tabaco y algodón.

Acabamos de llegar al Cerrito, convertido en hospital y astillero del Brasil.

Domina todas las casas de la pobre aldea, el campanario de la Capilla.

En el puerto se carena y construye algunas embarcaciones, contribuyendo á la animación del paisaje el ir y venir de los calafates.

El movimiento incesante de los obreros alegra aquel grupo de ranchos modestos y limpios, que recuerda la vida sencilla y feliz de sus primitivos propietarios.

Al abandonar aquel lugar, volvimos la vista dos ó tres veces hacia la pacífica aldea, desalojada ahora.

Comenzamos á admirar, en seguida, la hermosura del Chaco y de la costa opuesta.

En esta parte del bosque, parece que todas las aves se hubieran dado cita, convocadas por el dulce canto del urutaû.

Las campanillas silvestres trepan por los troncos del ingá, ostentando su lozanía y la viveza de sus colores.

De la copa del yatay, se desprenden, como velos, lujosas parásitas que lo envuelven hasta al pie.

Una que otra palma, coronada de flores del aire, aparece, de tiempo en tiempo, en los lugares en que clarean los árboles del bosque.

El martín-pescador surca las olas, ó se levanta de la superficie de las aguas para reposar en los troncos de los árboles desarraigados por las corrientes y cubiertos de pintadas mariposas.

Millares de cotorras cubren las ramas del sangre de drago, que parece hermano del paraíso.

Pequeños y transparentes arroyos se internan en la costa, reflejando como espejos el cielo que los cubre y los árboles que los rodean, cargados de flores y de frutas silvestres.

Uno que otro plantío de mandioca, revela que en el sitio que ocupa ha habitado una familia ó campado un grupo de soldados.

El lapacho de hojas relucientes, el ubirapitá de flores amarillas, y la caña tacuara que el viento inclina hacia el río, preceden á un cementerio que asoma en lontananza.

La mano del hombre ha señalado con cruces la vía dolorosa que ha recorrido el ejército aliado y desandado la hueste paraguaya.

En la margen del Chaco están sepultadas las víctimas del cólera.

La costa paraguaya ha prestado fúnebre lecho á los muertos de Curuzú.

Los cementerios paraguayos están cercados de ramas secas, elevándose en el centro de ellos una gran cruz.

.La piedad de los brasileros ha señalado con el signo de la redención, la sepultura de cada uno de sus compañeros.

Desde este lugar se descubre la línea destruída de las fortificaciones paraguayas.

Sobre esas ruinas pacen tranquilamente los caballos del ejército brasilero, despun-

tando la hierba que brota en las sepulturas abandonadas.

Parece que gruesos taladros, horadando las márgenes del río, hubiesen dejado amontonado el polvo que formaron en varios puntos de la costa.

A la sombra de un sauce enorme, se ve una sepultura, encerrada dentro un cerco vivo, cubierto de hojas.

Los troncos de los árboles están completamente cubiertos de vegetaciones menudas y floridas.

En un riachuelo que se interna en el Chaco, navega una embarcación, con la blanca vela esmaltada por el sol del mediodía.

Un horno grosero, cuya boca conserva las huellas del fuego que cocía el pan, anuncia la proximidad de algún campamento.

A la distancia, en efecto, asoman algunos ranchos.

Una nube obscurece los ojos, que van á fijarse en un camalote que arrastra la corriente del Paraguay.

Aquella línea indefinida que se ve á la distancia es Curupaiti.

Ya se descubren las zanjas, las casas matas, las baterías á flor de agua, el sitio en que cayó al pie de su bandera una gran esperanza de las letras argentinas, en que tantos valientes exhalaron el último gemido, que los ecos de los bosques parecen repetir á nuestro oído....

Impongamos silencio al recuerdo que habla, y pasemos, pasemos con los ojos vueltos hacia las soledades majestuosas del gran Chaco.

Como ciertos pájaros que ocultan el nido entre la hierba, el soldado ha levantado en este lugar algunas casuchas de paja y barro para defenderse del sol, de la lluvia y de los tigres que rugen en la espesura de la selva.

Acabamos de entrar en el arroyo de Oro, y tenemos á la vista el islote que precede á la antigua prisión de indios, conocida con el nombre de Humaitá.

Circundan las inmediaciones de la muralla china que cerraba las puertas del Paraguay, multitud de camalotes, en los cuales navegan aguas abajo, lobos marinos y culebras de varios colores.

Domina las copas de los árboles de la costa paraguaya, la torre de la iglesia de Humaitá, desde cuyas ventanas exploraban el río los defensores de la plaza.

Acabamos de llegar al pie de la histórica fortaleza: ahí están las ruinas de la torre de Londres, aquélla es la boca del río que cerraba la cadena; aquélla es la punta de tierra que dominaba la entrada de los buques; aquél es el cuadrilátero formado por las baterías de tierra; aquéllos son los árboles que lo rodeaban.

La magnificencia de la naturaleza contrasta con las ruinas de la obra del hombre; las riberas floridas del Chaco con los edificios destruídos por las balas y la vegetación quemada por la pólvora.

Á nuestra derecha, tendidos en la ribera, están los cañones tomados al enemigo.

Al frente, los cuarteles, la casa que López ocupaba, el mamelón que la defendía de las balas, y los postes del telégrafo que la comunicaba con la Asunción.

Á la izquierda, las ruinas de la iglesia y de un caserío, que probablemente sería ocupado por el Cura y su servidumbre.

La casa de López formaba un cuadrilongo, y tenía un gran patio rodeado de corredores, en el cual hay todavía algunos pies de parra, un pino y varios naranjos.

En el pórtico de la iglesia están amontonados los escombros de la torre, y algunas gruesas moles arrancadas al frontispicio por el cañón de los sitiadores.

Casi toda la techumbre ha sido derribada.

Apenas subsisten algunas de las palmas que la sostenían, y la parte que cubría el tabernáculo.

Cinco de las pilastras que sustentaban el techo, se conservan firmes en los basamentos.

En sus rotos capiteles han anidado algunas aves, que, de tiempo en tiempo, dejan oir el canto que ha sustituído á la plegaria que los siervos elevaban á Dios en aquel lugar, santificado por los sacrificios.

La guerra ha convertido la fortaleza de Humaitá en hospital.

Cerca del desembarcadero se encuentra un rancho, que tiene á la espalda una planta de sensitiva, y al frente un árbol corpulento cubierto de flores del aire.

De las cañas del alero de esta cabaña, penden varias jaulas de aves canoras.

El que se acerca á mirar por la ventana el interior del rancho, reconoce por el artístico desorden que reina en él, la habitación de un poeta.

Los muebles, los libros, las armas, las flores, todos los objetos que forman el ajuar de aquella morada, revelan en su dueño un amante de lo bello.

Habita este rancho el aventajado médico y distinguido poeta brasilero Sinphronio.

Ha levantado su morada al pie de las ruinas de Humaitá, entre las cuales canta y consuela, pulsa la lira y socorre á los pobres soldados con el caudal de su ciencia.

Sinphronio nos abrió las puertas de su casa, ofreciéndonos inolvidable hospitalidad.

En medio de aquella opulenta naturaleza, dominados por los recuerdos, aspirando el perfume de los naranjos, se deslizaron algunos preciosos momentos.

Al regresar al vapor, volvimos los ojos varias veces en dirección al rancho del poeta.

Si nos hubiera sido posible demorar el viaje algunas horas, habríamos prolongado esos felices instantes, escuchando la palabra fácil y brillante de aquel generoso amigo.

Espero que el Cielo permitirá que volvamos á encontrarnos, y que escucharé otra vez la frase inspirada y ardiente del cantor de Humaitá.

Al abandonar el puerto el vapor, el sol se ocultaba en el ocaso y sus últimos rayos teñían las copas de los árboles del Chaco.

La luz del crepúsculo flotaba sobre las aguas, que retrataban el cielo, cubierto de nubes moradas, y las verdinegras arboledas de la costa.

Ni un soplo de viento agitaba las aguas, surcadas por las canoas de los que iban á descansar de las fatigas del día bajo el techo de sus modestas habitaciones.

Cuando la noche ocultó todos los objetos, aquellas embarcaciones parecían cetáceos fantásticos que se arrastraban sobre el río inmóvil.

Del lado del poniente persistió durante largo rato una faja luminosa, que con-

trastaba con una gran masa de sombras informes, que cubrían el cielo en la parte opuesta.

El silencio de la noche, la obscuridad de la selva, la inmovilidad de las aguas, infundían ese recogimiento del espíritu, que expresa con acierto la oración.

Después de algunos minutos de marcha, apareció la luna, casi velada por espesos celajes, alumbrándonos el camino del Timbó, tristemente célebre por la misteriosa muerte de Martínez de Hoz.

Estréchase aquí el río hasta el punto de parecer que van á juntarse las dos orillas.

Á la luz de un incendio que tenía lugar en el Chaco, descubrimos el casco del vapor *Tacuarí,* sepultado entre las olas, destacándose del fondo obscuro de las aguas, como la nave fantasma de la leyenda de Fenimore Cooper.

Los pasajeros del *Guaraní* se reunieron momentos después en la proa del buque, á respirar el aire puro de la noche, impregnado de las emanaciones de las selvas del Paraguay y del Chaco, entonando en segui-

da algunos cantos, que los ecos repitieron melancólicamente.

Llegamos á las once de la noche á la villa del Pilar.

Proyectaba la luna su plácida luz en la población solitaria, rodeada de naranjos seculares.

La villa del Pilar trae á la memoria las primeras habitaciones de los indios, modificadas por la civilización que importaron los misioneros católicos.

Las puertas y ventanas, construídas con las maderas de los bosques cercanos, los anchos corredores que defienden las habitaciones de los ardores del sol, y el material empleado en las paredes, constituyen las mejoras introducidas en la cabaña guaraní por aquellos esforzados varones.

La forma de los edificios, adaptada á la naturaleza del suelo, la sencillez de las fábricas, la sombra que les prestan los árboles, la virginidad del paisaje que las embellece, ponen de manifiesto la simplicidad de las costumbres en aquellas poéticas aldeas.

De los que ocuparon la villa del Pilar no queda como memoria, sino algún mueble

abandonado en los corredores de sus casas, ó alguna jaula vacía suspendida de los tirantes que sostienen la techumbre.

¡Hasta las aves de los bosques vecinos que arrullaban el sueño de sus siestas, han huído de estos lugares!

Al pasar frente á la villa del Pilar en esa noche en que la luna plateaba cielo y tierra, animábamos en la imaginación las escenas de la vida patriarcal de sus pobladores; creíamos ver á la sombra de los corredores de sus casas á los sencillos propietarios, platicando dulcemente y respirando la boira de los bosques; á las mujeres cubiertas con el blanco tipoy, saboreando el mate, y á los mozos con la cabeza reclinada en sus rodillas, fumando el tabaco cultivado en la heredad paterna.

Sólo la imaginación puede renovar las escenas de la vida que pasó: la iglesia del Pilar está desierta: el sacerdote no celebra en ella las ceremonias de un rito que ya no tiene fieles, porque los hombres han muerto y las mujeres vagan errantes. El soplo de la muerte ha apagado el fuego de esos hogares. Pero no interrumpamos

con nuestras quejas el silencio de las tumbas. ¡Paz á los que fueron! ¡Resurrección al pueblo que ha caído en los desiertos sin agua y sin sombra de la proscripción!

(23)

Esta madrugada llegamos á Tacuaras.

Pocas horas después avistamos á Tebicuarí, y contemplamos las casas de Villa Franca, rodeadas de bosques impenetrables, notables por la variedad de las especies.

Al pasar por Formoso, advertimos que la naturaleza cambiaba de aspecto, pues la costa presentaba ondulaciones desprovistas de arboleda.

Villa Oliva se destaca de un bosquecillo de naranjos, palmeras y lapachos.

Encontramos de trecho en trecho casillas que pertenecieron á las guardias del ejército paraguayo.

En algunas partes del río se han formado archipiélagos de camalotes, que ofrecen puntos de vista preciosos.

Uno que otro mangrullo asoma por entre los árboles, rodeados de mirasoles.

Puesto el sol, un pasajero se propuso cantar tristes en la guitarra.

El género de esa música se adapta á estos lugares, más melancólicos que la pampa que inspira al gaucho argentino, tan tiernas endechas.

Entrada la noche llegamos á la guardia de Santa Rosa.

El estampido de un cañonazo estremeció las olas serenas del río que surcábamos.

Al llegar á Palmas, sonadas las doce, supimos que aquel cañón lanzaba la muerte sobre las murallas de Angostura, y que todos los amigos que esperábamos ver, habían salido del campamento á dar una gran batalla, quizás la que debía poner término á la guerra del Paraguay.

(24)

Las lomas de Cumbarití están situadas á dos leguas y media del puerto de Palmas.

Desde la cubierta de los buques fondeados en sus aguas, se divisan con el anteojo las fortificaciones que defienden el cuartel general de López.

Sobre la línea formada por los árboles de la costa izquierda del río Paraguay, descuella una cadena de lomas.

En los días sin sol, tan comunes en esta región, parecen aquéllas las nubes de una tormenta, que esperan una ráfaga de viento para extenderse por el cielo.

López ha establecido su cuartel general en la loma más elevada de Cumbarití.

La espalda de su campamento se apoya en un monte, aparentemente impenetrable.

Los aliados han dividido su línea, que él trataba de unir con las fortificaciones de Angostura.

Deben estas fortificaciones el nombre que llevan á la estrechez del canal en esa parte del río Paraguay.

Establecidas en los barrancos que dominan el río, sus fuegos son certeros y mortíferos, porque los buques que surcan el canal tienen que pasar rozando con la costa.

Por esto el bombardeo de Angostura tiene que hacerse á la distancia y arrojando las balas por elevación.

La escuadra opera en el río, mientras las fuerzas brasileras que pasaron á Villeta

por el Chaco, rodean el cuartel general de López, en unión de las argentinas, que vadeando el Pikisirí, se han establecido en la extrema izquierda del enemigo.

El cañón de la escuadra brasilera resuena de tiempo en tiempo como en los funerales militares.

Desde el *Riachuelo* se ve con el anteojo la casa de López, en cuya techumbre flamea la bandera paraguaya.

En uno de los portalones del entrepuente de ese pontón, se ha establecido un observatorio del campo enemigo.

Con los ojos fijos en las lomas de Cumbarití, vese en él un anciano de larga y blanca barba.

Hace veinticuatro años que los tiranos del Paraguay le obligaron á abandonar la tierra natal.

El tiempo y los sufrimientos le han encanecido la cabeza y encorvado el cuerpo, que se levanta erguido por la esperanza, siempre que el cañón que va á abrirle las puertas de la patria, bate las murallas del déspota en nombre de la libertad.

El desterrado se llama Miguel Joanes.

Desde que nace hasta que se pone el sol, permanece fijo en el portalón, denominado por alguno *El Observatorio del Proscripto.*

Al lado de aquel hombre, agitado por las grandes esperanzas del que siente retemplada su virilidad en el libre asilo en que ha encontrado un refugio, se encuentra uno de sus sobrinos, tomado prisionero en la península de Humaitá.

Este hombre ha vivido catorce años en esa fortaleza.

El temor y la obediencia pasiva del soldado han marchitado su juventud, y paralizado el ejercicio de sus facultades.

Su imagen revela al hombre que no ambiciona ni espera nada.

Junto al anciano parece una rama nueva pero marchita, adherida á un tronco viejo pero lleno de savia.

La libertad, como la lluvia, refrescará la rama nueva, é infundirá más jugo al tronco viejo que la sostiene.

El cielo ha de permitir que no pase esta luna, sin que el proscripto descubra las casas de su pueblo, destruídas por la metralla y salpicadas con la sangre de sus hermanos.

¡De esas ruinas y de esa sangre surgirá el templo vivo que la barbarie ha destruído en el Paraguay!

(25)

Ha amanecido toldado. Por la parte del Este se agrupan nubarrones, que anuncian el estallido de una tempestad.

Acaban de sonar las cinco y media en el reloj del vapor *Pavón*.

En dirección á las lomas de Cumbarití se descubre otra nube, que lleva en su seno el rayo.

Es el humo de un cañonazo.

Á las seis menos veinticinco minutos una línea de fuego se extiende en el horizonte, formado por las lomas en que está situado el cuartel general de López.

Casi simultáneamente estallan las nubes en el espacio, y conmueven el ambiente y las olas con el eco sordo y prolongado del trueno.

Todo es grandioso y solemne en este momento: la tormenta suscitada en la naturaleza, la tormenta provocada por el

hombre, el río que reproduce los rumores de ambas, los bosques que repiten los ecos de las olas, del trueno y del cañón.

Desde el observatorio establecido en el puerto de Palmas, no se descubre bien el campo del combate.

Corramos al pontón *Riachuelo*, que es el mejor de todos los observatorios.

Desde el puente, y con ayuda del telescopio, se ve perfectamente el horizonte de fuego que ocultan, á la simple vista, el humo, las nubes, y la lluvia que empieza á caer.

Las granadas estallan sobre la casa de López y destruyen el ángulo izquierdo y parte del corredor que mira hacia el lugar que nosotros ocupamos.

Los testigos de los anteriores bombardeos del ejército aliado, aseguran que ninguno ha tenido las proporciones del presente.

La lluvia disipa un poco las nubes que ocultan las lomas de Cumbarití.

Ahora empiezan á verse las sierras coronadas de humo.

Algunas crestas parecen pequeños volcanes que se preparan á vomitar lava á raudales.

La imagen resulta exacta, cuando las granadas se elevan y estallan en el espacio, cayendo en mil pedazos en el campamento de López.

El fuego de las dos líneas se distingue perfectamente.

Una bala acaba de partir el asta-bandera de la casa de López, porque el pabellón vacila y cae.

Son las seis y ocho minutos.

El cañoneo se debilita: al mismo tiempo llega al pontón una carta del cuartel general del ejército argentino.

Según su contenido, el cañoneo es una especie de notificación á López de la fuerza de los aliados.

Habiéndosele intimado rendición, él ha contestado que tratará, pero que no entregará las armas bajo las condiciones que se le han propuesto.

López quiere tratar de potencia á potencia en la hora de su agonía, y es necesario hacerle comprender que el fanatismo de sus soldados tiene que estrellarse contra la fuerza que les rodea, les estrecha y les ahoga.

Cincuenta cañones vomitan la muerte en el campo enemigo.

Ignoramos el número de los que siembran la destrucción en Angostura desde el río Paraguay.

La bandera paraguaya vuelve á flamear á las diez de la mañana en la casa de López.

Se ve con el telescopio que han remendado el asta, en alguno de los momentos en que cedió el fuego.

Á las dos de la tarde la tormenta se disipa: las tropas del cuartel general del marqués de Caxias, aparecen á la derecha del enemigo, recostadas al pie de una loma.

Hasta las cuatro de la tarde obsérvase movimiento de tropas en nuestro campo.

El reloj de la Proveeduría de Lanuz acaba de marcar las seis de la tarde.

Llega un oficial del campo de los aliados, y nos dice que el cañoneo de la mañana ha producido gran estrago en la línea contraria; que el movimiento de tropas que observamos á las cuatro, había sido producido por un reconocimiento de las fortificaciones enemigas, practicado por orden del

marqués de Caxias; que las fuerzas que lo ejecutaron habían tomado algunos prisioneros y dos cañones en la línea exterior de sus trincheras, y que al día siguiente tendría lugar el ataque al cuartel general de López.

A las seis y media de la tarde, repetidos relámpagos, precursores de una fuerte lluvia, iluminaron los bosques del Chaco.

La intensidad del aguacero nos hace comprender que el ejército aliado no podrá maniobrar inmediatamente.

(26)

El *Pavón* calienta las calderas para ir á fondear á inmediaciones de Santa Tecla, en el puerto en que descargan los buques de la Proveeduría de Lanuz y Lezica.

Debe este puerto el nombre á la oportuna ocurrencia de uno de los dependientes de aquellos señores.

— La vecindad de los paraguayos, dijo, nos tiene todo el día con esta exclamación en la boca: ¡Santa Tecla! Por tanto demos á este puerto el nombre de la Santa

á quien invocamos á cada rato los asustados.

Apenas empieza á levantar vapor el *Pavón*, llega la noticia de que las operaciones sobre la línea enemiga han sido suspendidas por el mal estado del campo.

Á las 11 d. m. salimos en el vapor *Pavón*, que fondeó en Puerto Blanco, poco trecho antes de llegar á Santa Tecla.

Encontramos en él los soldados del ejército argentino, que por enfermedad ú otras causas no marcharon con el grueso del ejército mandado por el general Gelly y Obes.

Para adquirir siquiera una idea de los sufrimientos del ejército aliado, basta recorrer un momento este campo.

Cerca de la orilla, y sobre las chatas que sirven de puente á los que desembarcan, lavan sus ropas las mujeres de los soldados.

En ambos lados de la callejuela recién abierta, se ven agrupadas armas, mochilas, carpas y camas, salpicadas con el lodo que levantan las pisadas de los que van y vienen.

Germina allí una hierba fuerte, empa-

pada por la lluvia de la noche anterior.

Han desplegado sus tiendas en los puntos más elevados de la costa, las familias que han podido proporcionárselas.

Bajo cada una de esas tiendas reposan hasta cinco personas, porque sus dueños las dividen con los amigos y los enfermos.

Los niños de pecho, desnudos ó cubiertos con pañuelos de mano; los hombres con las ropas enlodadas; las aves que los soldados cazan en los montes; la carne de la ración, todo lo que constituye la propiedad de aquellos valientes, se agrupa confundido á la sombra estrecha de las carpas.

Forman montones los baúles, las ollas y los tiestos que componían el mobiliario del campamento.

Las cajas, catres y colchones, sirven de asiento á los soldados, que atraen á sus compañeros con los acordes de la mal templada guitarra.

Frente al desembarcadero, en un rancho perteneciente á los paraguayos, húmedo y sombrío, está el hospital.

Algunos soldados desembarcan pasto seco para las caballadas del ejército brasilero.

En los montes inmediatos, otros se entretienen en cazar urracas, zorzales y loros.

Cubre este cuadro miserable una especie de neblina, formada por las emanaciones de la tierra, evaporadas por la acción del sol tropical, que ha aparecido en el firmamento.

Todo lo que nos rodea patentiza la inclemencia del clima, las malas condiciones de los terrenos, la miseria y el sufrimiento.

Ni la solicitud de nuestro país, ni el oro que derrama para aliviar la situación de sus soldados, alcanzan á hacer llevadera la suerte del ejército en campaña.

Para obtener lo que se busca sería necesario que un cataclismo de la naturaleza cambiara la faz del territorio, rellenando los bajíos, suprimiendo los esteros, desestancando las aguas en los campos sin declives, verdaderos criaderos de sabandijas, y focos de fiebres que enflaquecen al hombre, en medio de los bosques más espléndidos de la tierra conocida.

Regresamos á las cinco al pontón *Riachuelo*. Poco después llegó el capitán del

vapor *Paso de la Patria*, que acaba de conducir á Palmas cuarenta y dos heridos, de los cuales sólo uno es viejo. El resto lo forman niños de doce á catorce años. Uno de los presentes exclamó al oir la noticia:

— Es una escuela conducida á la pelea con el maestro á la cabeza.

A las nueve de la noche, en dirección á Angostura, se siente un fuerte cañoneo, dando lugar á la sospecha de que los paraguayos hayan intentado abandonar sus fortificaciones atravesando al Chaco.

Forma contraste la luz plácida de la luna, con la línea de fuego que alumbra las sierras que tenemos al frente.

(27)

A las cinco menos cuarto de la mañana ha comenzado un fuerte cañoneo en tierra.

El ataque anunciado se ha llevado á cabo.

Las colinas de Cumbarití están envueltas en densa nube de humo.

Apenas se descubre la bandera del cuartel general, que acaba de ser izada.

Un momento después desaparece.

La base de la colina y las inmediaciones de la casa de López, han sido rodeadas por la tropa que avanza.

A las siete cesa el fuego de cañón y de fusilería.

Reina en el campo un profundo silencio.

A las ocho vuelve á empezar el fuego á la derecha del enemigo, cerca de un monte.

Parece que se tratara de rendir á algunos soldados escapados del cuartel general.

Un momento después vuelve á reinar el silencio.

¿Qué habrá sucedido? ¿Habremos tomado las posiciones de López? ¿Quiénes habrán muerto? Aquella tropa que aparece allí, ¿será la columna de Rivas que operaba sobre la derecha del enemigo?

Esperemos un momento. Dentro de poco tendremos noticias.

¡Dios quiera que haya terminado el doloroso martirio de un pueblo, ciego, fanático, pero sufrido y valiente hasta la temeridad!

¡Dios quiera que el cañón que anuncia á toda hora, que cada uno de sus disparos arrebata una vida á la sociedad, no

vuelva á tronar sino para informarnos de que la lucha ha terminado, poniendo bajo el amparo de la libertad al Paraguay, y bajo las alas de la fama á los enemigos de su tirano!

Acaba de sonar la una. Llega al *Riachuelo* un expreso conduciendo estas palabras escritas por uno de los dependientes de la Proveeduría de Lanuz y Lezica: «¡Victoria por el ejército aliado! ¡Honor á los soldados argentinos!»

Á las 3 d. m. recibimos la confirmación de esta noticia.

López mandó la fuerza de la plaza hasta el último momento. Los criados suyos han sido tomados entre los bagajes del ejército.

Parece que el Mariscal había establecido en Cumbarití su residencia. Los muebles y los objetos encontrados en la casa que ocupaba, así lo dan á entender.

Los paraguayos han peleado heroica, ó mejor dicho, brutalmente, pues no se ha rendido uno solo.

Se cuenta de un teniente y tres soldados, que fueron tomados por dos batallones, con

los cuales combatieron hasta caer atravesados por las balas.

La generosidad de nuestros soldados ha respetado la vida de muchos de sus adversarios, que ya heridos hacían fuego sobre ellos.

Inspiran los soldados paraguayos más lástima que odio.

Hasta los que herían la mano que se extendía para levantarlos del suelo en que yacían, han sido socorridos y conducidos á los hospitales de sangre.

Durante el día han circulado en Palmas noticias alarmantes, respecto á las bajas que ha sufrido nuestro ejército en el combate de hoy.

Por conducto del doctor Damianoviche, acabamos de saber que esas voces carecen de fundamento.

Damianoviche, que tiene un corazón templado al calor del hogar, se ha encontrado en el campo de batalla.

Había llegado de Buenos Aires la víspera del combate, á visitar á su hermano, el inteligente y humanitario médico compañero de Bedoya, el ángel de los enfermos del campamento argentino.

Al escuchar Jorge el estampido de los primeros cañonazos, voló al lugar del combate.

Si su hermano caía en el combate, él lo recogería en sus brazos.

El médico tuvo un compañero en el poeta, que marchó á su lado á ayudarlo en la tarea de curar á los heridos.

Después de haber ejercido este noble ministerio, Jorge ha venido á tranquilizar á los que creían que Piedra Alta estaba cubierto de cadáveres de argentinos.

En la operación de esta mañana, mandada por los generales Gelly, Caxias y Castro, apenas han quedado doscientos hombres fuera de combate.

La violencia del ataque, hábilmente llevado sobre las líneas enemigas, ha ahorrado mucha sangre.

A las cinco y media de la mañana se habían citado los generales que mandaban el centro, la izquierda y la derecha, para encontrarse frente á la casa de López.

Señalaban los relojes esa hora cuando se hallaron todos en el lugar convenido.

López no imaginó la viveza del ataque,

pues á pesar de tener listos los coches y equipajes para abandonar el campamento, se había propuesto almorzar en él.

Nuestros soldados encontraron en su mesa varios fiambres, acompañados de algunas botellas de buen Champagne.

El corresponsal de *La Nación* almorzó en la mesa de López, echándose después á descansar en el lecho en que el tirano no había podido conciliar el sueño la noche anterior.

(28)

Amanecía cuando nos pusimos en marcha hacia Santa Tecla, desde donde debíamos seguir hasta el campo de batalla.

En esta isla supimos que el general Rivas continuaba la persecución del enemigo.

Las fuerzas que acompañan á López, alcanzan apenas á noventa hombres.

Su marcha es en dirección á Cerro León, donde apenas puede tener cuatrocientos soldados, porque en los días anteriores sacó otros tantos de los ochocientos que componían su guarnición.

El general Rivas, á la cabeza de dos mil

soldados, es el encargado de expedicionar sobre aquel punto, que se cree abandone el déspota, para buscar asilo en Bolivia.

Después de conocer las noticias del día, tomamos el camino que conduce á las lomas de Cumbarití.

Nos acompañaba el señor don Adolfo Metthfesseld.

Este joven es el único artista que sigue al ejército aliado, dibujando todos los lugares que conquistan nuestras armas, levantando planos y formando croquis de las batallas.

Aquel compañero, poeta y artista, descuella entre los que observan de cerca las peripecias de esta lucha, porque la gloria es su estrella.

Nuestro dibujante llevaba la cartera debajo del brazo y un bastón para apoyarse en el camino.

Un momento después de conocernos, se estableció entre nosotros esa corriente simpática que une á los hombres en sociedad, por la semejanza de los sentimientos y la elevación de los propósitos.

A las siete de la mañana estábamos en viaje.

Empezamos á cruzar los terrenos movedizos, que preceden á los bosques que cubren esta parte de la costa paraguaya.

Las mulas que conducen el carro en que he dispuesto seguir la marcha de mis compañeros, (que no han tenido inconveniente en atravesar los esteros á caballo), se hunden en aquel lodazal, removido por los rodados que continuamente lo cruzan.

El camino, abierto en el bosque, se estrecha en algunos puntos, de tal modo que apenas puede pasar un carro, porque forma una callejuela angosta y erizada de espinas.

El agua de los pozos se ha corrompido por la falta de movimiento.

Sus emanaciones forman un contraste chocante, con el perfume de las flores y de las hierbas de las selvas.

Encontramos árreas de mulas, carros, soldados, heridos y prisioneros, que van ó vienen del campamento.

Pasada la primera parte de la vía, se entra en un terreno más sólido, donde la hierba es más abundante y los árboles son más lozanos.

El algarrobo, el quebracho blanco, el espinillo, y los cactus de grandes flores rojas, cubren el campo prestándole encanto y sombra.

El estero Poi, que acaba de ser vadeado por el ejército argentino, sucede á este hermoso pedazo de tierra, y está cubierto de animales, muertos al atravesarlo por exceso de fatiga.

Los carros de las Proveedurías se suceden, conduciendo vituallas para el ejército aliado.

Una que otra amazona de viviente orozú, vestida con los colores más vivos y extravagantes, atraviesa también aquellas aguas corrompidas, que humedecen su amplio y caprichoso ropaje.

Á poco andar llegamos á la primera línea del Pikisirí, tomada por los brasileros.

Doblando hacia la izquierda, y después de saludar al oficial de la guardia brasilera establecida á la entrada de la fortificación, caminamos con rumbo á la Proveeduría de Lanuz, situada á la sombra de un precioso naranjal.

Desde este sitio, perfumado por los jaz-

mines, se descubre claramente la cadena de lomas de Cumbarití, teatro del último acto del sangriento drama que llega á su epílogo.

El terreno empieza á elevarse, y la naturaleza á derramar todos sus dones.

El laurel-rosa esparce sus flores sobre las hierbas, al través de las cuales se ha practicado una senda estrecha, cubierta de una tierra rojiza, que conduce hasta el campamento de López.

Los hospitales del ejército argentino ocupan, á la derecha, un campo precioso, sombreado por el araticú, el tarumá y el espléndido ñanduhá.

Dentro de un bosque de soberbios naranjos, inmediato á las tiendas del cuerpo médico, murmura el agua de algunas vertientes, formando una música dulce y armoniosa, que parece el salmo sencillo con que el genio de aquellos lugares se queja de los hombres, que han manchado con sangre los tapices de los campos y las cortinas de lianas de las selvas.

En las veras del pequeño y sinuoso camino de que hablaba antes, asoma uno

que otro rancho, modesto como sus pasados dueños, humilde como sus costumbres, destruído como la familia que albergaba á la sombra de su techo pajizo.

Al descender á la hondonada de la primera línea de las fortificaciones paraguayas, preséntase en todo su esplendor la loma en que está afirmada la casa de López.

Éste es el último peldaño de la escala pétrea que han tenido que ascender los aliados, para llegar á aquella meseta, objetivo de sus planes militares.

Todas las ondulaciones del terreno están cubiertas de hierbas altísimas y de variadas y pintadas flores.

Algunas palmeras solitarias traen á la imaginación los paisajes de Arabia.

Levántase la casa de López en la loma que le sirve de asiento, más sombría que un castillo de la edad media.

Las nubes que acaban de velar el sol, han arrojado una sombra sobre el antro del tirano.

Parece que el espíritu de Francia flotara sobre las murallas del viejo edificio, y que

el eco de su risa sardónica, resonara en el seno de los naranjales inmediatos.

Separemos un momento los ojos de esa morada, y emprendamos el camino, interrumpido por nuestro compañero, que ha levantado un croquis del lugar.

Las moscas empiezan á rodearnos: traen olor á muerto en las alas.

Avanzamos hasta que la atmósfera, descompuesta por la putrefacción, se hizo insoportable.

Marchamos algunas varas más: he ahí un cadáver sobre el borde de la zanja: es el cadáver de un niño, que ha quedado con los ojos abiertos, fijos en el cielo, en actitud suplicante.

Más allá hormiguean los gusanos en un cuerpo atlético, caído sobre las armas que aquel brazo sin vida manejaba para llevar la muerte á nuestras legiones.

Las mulas que nos conducen, tropiezan en un cuerpo caído en medio del camino.

Aquí, á la derecha, yace el cadáver de un anciano, seco por el viento y el sol.

Más adelante, la muerte sorprendió un grupo de tres soldados, al dar el últi-

mo paso, reuniéndoles en fúnebre abrazo.

Vense diseminados en el campo, sables rotos, fusiles desarmados, cananas, bayonetas, ropas ensangrentadas, kepies, balas de cañón y miembros humanos.

Los insectos zumban alrededor de los muertos, hinchados, desfigurados, manchados de lodo y de sangre.

Hacia la derecha, en dirección á las lomas de Cerro León, casi veladas por los celajes del horizonte, se retuerce una columna de humo, que á cierta altura se difunde en la atmósfera.

Esa columna tiene por base una pira de cadáveres, formada por los aliados, privados de darles sepultura cristiana.

Encontramos al paso prisioneros desnudos, debilitados por las fatigas, enflaquecidos por los sufrimientos, que tratan de reconocer en los cadáveres de que está cubierto el camino, á algún deudo ó amigo, caído en la batalla del día anterior.

Todos los pasajeros cruzan aquella vía dolorosa con la cara cubierta para defenderse de las moscas, que cansadas de devo-

rar los muertos, atacan á los vivos, hambrientas de sangre caliente.

Fermenta la putrefacción sobre aquella alfombra de flores, marchitadas por la pólvora.

Cubre aquellos cadáveres contraídos por los dolores, despedazados por la metralla ó desfigurados por la corrupción, un cielo espléndido, del cual parece descender la vida.

La selva impenetrable, el árbol frondoso, el agua estancada, parecen exigir al hombre su fuerza y su inteligencia, para cumplir la misión que Dios les confiara.

Pero el brazo del hombre ha sido abatido por la espada. Su cuerpo corrompido reposa mezclado con los corceles muertos en la batalla. Solamente Job, colocado en medio de la miseria y podredumbre de la muerte, podría cantar en términos apropiados la desolación del Paraguay.

A las doce y media llegamos á la tienda del general Gelly.

El viejo soldado se halla rodeado de algunos prisioneros, que acaban de tomar las avanzadas en el potrero Mármol.

En derredor de la carpa del general, varios de sus ayudantes descansan de las fatigas de los pasados días, á la sombra de los árboles y en las hamacas tomadas al enemigo.

El general Gelly no tiene palabras para pintar el cuadro que acabamos de contemplar empequeñecido.

Sólo la impresión personal puede desvanecer la duda que se experimenta oyendo hablar de la guerra del Paraguay.

Los narradores de estos sucesos, testigos presenciales de ellos, parecen escapados del cautiverio musulmán.

Desnudos, extenuados por el hambre, ensangrentados por las espinas de los montes, son la imagen viva de la miseria.

De sus relaciones se desprende que han sido fusilados todos los presos; que han caído también sacerdotes y mujeres; que muchas de las víctimas no han podido llegar al patíbulo, debilitadas por el tormento y el peso del trabajo.

Al escucharles, olvidamos el campo de batalla y la escena animada que presenta el campamento del vencedor al día siguiente

del combate; desatendimos todas las reflexiones que sugieren al espíritu las luchas del hombre con el hombre, para fijar la mirada en el tirano.

Si nos fuera dado aglomerar sobre su cabeza todos los dolores que acaban de atormentar la existencia del Paraguay, aun no le habríamos encontrado merecido castigo. Solamente Dios puede castigarle y perdonarle.

(29)

Por la mañana se ha sentido en Palmas un fuerte cañoneo. Todos los vecinos creen que se ha atacado Angostura. El silencio que ha seguido al cañoneo, así parece indicarlo.

Acaba de llegar á Palmas el señor Quintanilla. La descripción que hace de los últimos sucesos, no puede ser más interesante.

Confirma la noticia de que López ha fusilado la mayor parte de los empleados de Aduana y á personas caracterizadas del Paraguay.

El señor Quintanilla cree que la causa de éstos ha sido el auxilio que algunos de aquéllos, y casi todos éstos, prestaban á los prisioneros del ejército aliado. Justifica esta opinión un proceso escrito tomado en el campo de López.

Esa pieza inicua pone de relieve el sistema de espionaje empleado por el tirano, y los bárbaros procedimientos de sus tribunales.

A las cuatro y media de la tarde ha circulado la noticia de la toma de Angostura.

Una carta del general Gelly que recibió á las cinco el Ministro de Relaciones Exteriores, puso término á la cháchara de los mariscales: Angostura no había caído todavía.

(30)

Salimos y llegamos á Corrientes en el excelente vapor *Rosario*.

La población está preparada para recibir los heridos de los últimos combates.

El hospital de los *Milagros*, y el que fué establecido en el local del teatro, han sido reformados con ese objeto.

De un momento á otro deben llegar aquellos valientes, conduciendo la noticia de la toma de Angostura.

(31)

Á la una de la tarde entra al puerto el vapor *Espigador*.

Apenas fondeado, despertó la población, que dormía la siesta, abatida por un calor de ciento veinte grados.

Cohetes, bombas y repiques de campanas anunciaron al pueblo la terminación feliz del drama cruento del Paraguay.

Trece mil hombres cercaron el 28 las trincheras de Angostura.

El mismo día les fué notificada la rendición á los defensores de la plaza.

Éstos devolvieron los pliegos á los generales aliados, diciendo que los enviaran á López, lo que prueba que ignoraban el resultado del combate del 27.

El 29 dirigieron una nota los sitiados á los jefes del ejército aliado, quejándose de que uno de los encorazados había levantado bandera blanca, para pasar sin ser incomodado por las baterías de tierra.

Nuestros jefes les contestaron que se averiguaría el hecho denunciado, para proceder al castigo del delincuente.

Aprovechando la oportunidad, volvieron á notificarles la entrega de la fortaleza en el término de seis horas, so pena, en caso de no hacerlo como se ordenaba, de tratar con sujeción á la ley marcial á los que se manifestaban sordos á la voz de la humanidad.

Los sitiados enviaron entonces al campo de los aliados, una comisión compuesta de tres oficiales y un sacerdote, con el objeto de averiguar lo que había de verdad respecto al desalojo del cuartel general.

Una vez que esta comisión hubo reconocido el campo, visto los muertos y palpado la verdad, pidió trece horas de plazo para contestar á la notificación.

Vencido este término, los sitiados se entregaron con los honores de la guerra.

Momentos antes de que el *Tarugui* levara el ancla, llegó al puerto el vapor nacional *Espora,* conduciendo doscientos heridos de los últimos combates. Acompañábalos el doctor Damianoviche.

¡Que los deseos de su corazón se cumplan, y que el sol de la victoria alumbre á esos valientes, restablecidos de las heridas inferidas por el plomo del enemigo!

Como las olas del Paraná, como las nubes del cielo, como el perfume de los montes del Chaco, así pasan las horas y los días de la vida.

El año de 1868 va á desaparecer tras un horizonte sangriento, obedeciendo á esa ley de movimiento que impele la ola, la nube y el perfume, á confundirse en la inmensidad del espacio, del tiempo y de la eternidad.

¿Serán los años en el calendario de los tiempos, como los puntos que separan las fronteras de los pueblos en el mapa del mundo?...

¡Ah! si así fuera, el año cuya misión va á cumplirse, sería para nosotros el límite de una era luctuosa, en que la patria recuerda el campo de Ezequiel, sin que los que sobrevivimos á los combates, hayamos podido animar como aquel Profeta los huesos descarnados de nuestros hermanos.

Todo lo que pasa es imagen de esta vida

que se marchita: todo lo que nace es imagen de esta alma que revive con la esperanza.

Hay algo de religioso y de solemne en el momento en que va á morir un año y á nacer otro: en que contemplamos el curso de dos corrientes opuestas: el tiempo que se va y el tiempo que viene.

¡Si esta ola que va á la eternidad arrastrara tras sí todos los dolores, todos los sufrimientos que nos agobian!

¡Si esta ola que va á rodear el mundo con la sucesión de sus días, trajera consigo la fecundidad del trabajo y la paz de la familia!

El que renueva la naturaleza todos los días, derramando en los bosques de estas comarcas el riego de una juventud eterna, puede regenerar los sentimientos en el corazón de los hombres, puede transformar los acontecimientos, puede renovar la tierra al cambiarse los tiempos.

¡Dios permita que este ocaso que anuncia el término de un día luctuoso, sea una imagen del año que muere!

¡Dios quiera que esa aurora que resplan-

dece en la imaginación, sea la imagen del año que nace!

La historia colocará como sudario al año fenecido las banderas conquistadas en los campos de batalla.

La industria depondrá sobre la cuna del año que empieza, los haces del trigo que va á brotar fecundado por el sudor del trabajo.

Esta esperanza se destaca de la aureola de fuego de los últimos combates.

Con el año que termina ha sucumbido el despotismo de un gran tirano de Sud-América.

Las ruinas de sus ultimos baluartes, han sido iluminados por las postreras luces del ocaso de 1868.

¡La victoria ha resplandecido con la luz de la alborada de 1869!



# EL CAMINO Á VILLETA

## POR EL CHACO

Confieso que he cometido una ligereza hablando y escribiendo sobre la guerra del Paraguay, sin conocer el teatro en que se ha desarrollado.

Para poder apreciar las dificultades con que ha tenido que luchar el ejército aliado para llevar á cabo esta campaña, es necesario visitar sus campamentos y estudiar las trincheras del enemigo, que más que el fruto de la ciencia, han sido obra de la naturaleza.

En presencia de esos sitios apenas se comprende que con un número reducido de soldados, hayamos podido llegar hasta las vecindades de la Asunción.

Aun cuando nuestro ejército hubiera representado la fuerza, le faltaba la agilidad indispensable en guerras de este género.

Si á esto se agrega que el territorio en que debía operar le era desconocido, que carecía en él de toda clase de recursos, puesto que hasta el alimento de las bestias tenía que ser conducido de Buenos Aires, y que debía luchar con un enemigo conocedor del terreno que pisaba y educado para esta clase de luchas, podrá apreciarse en su justo valor la gran campaña cuyo fin se aproxima.

Si el ejército aliado no hubiera realizado otra tarea que la marcha á Villeta por el camino que abrió en el Chaco, esta empresa, solamente, bastaría para recordar con admiración su aliento y su constancia.

López, conocedor práctico del Chaco, y sus ingenieros, hombres de ciencia, creyeron imposible que el ejército aliado operase por la retaguardia de Villeta.

Los terrenos del Chaco, movedizos, cubiertos de hierbas altísimas, asiento de bosques

seculares é impenetrables, parecían inaccesibles al soldado.

Para poder abrir un camino en aquellos lugares era necesario derribar la selva, solidificar el piso, desecar los arroyos, fabricar puentes y desviar las aguas del río Paraguay, que destruían en pocas horas la obra de muchos días.

La solidez de los puentes que se tenía que echar sobre los arroyos, exigía maderas sólidas y apropiadas, que no se encuentran sino á dos leguas de la línea que debía atravesar el camino.

La conducción de estas maderas tuvo que hacerse á hombro, porque era imposible internar carros ni animales en la selva virgen.

Comenzó, por decirlo así, la obra, después de abatir el zapador la selva de la orilla del río, aprovechándose los despojos del desmonte en el relleno de los lugares movedizos y deprimidos por la acción de las aguas.

En el espacio de tres leguas y media, extendieron los obreros los troncos de los lapachos y guarepoties, rellenando los in-

tersticios con tierra, enredaderas y malezas.

Emplearon también en la construcción de los puentes, los troncos de las palmeras más inmediatas.

Las crecientes periódicas del Paraguay, que lamían cada día el nuevo camino, duplicaban el trabajo de los soldados, que tenían que luchar también con el calor insoportable que reina en esas costas, cubiertas de sabandijas, que caen sobre el hombre en nubes compactas, y las emanaciones de las selvas, que embargan el cerebro produciéndole una especie de embriaguez.

Á pesar del calor, del agua, de los insectos, en una palabra, de la ingrata naturaleza del Chaco, la obra fué terminada por el general Argollo.

El pasaje de las fuerzas se llevó á cabo, soportando con entereza las inclemencias del estío, que en esos días parecía empeñado en ostentar entera su poderosa influencia.

El ejército, y el ganado destinado á alimentar la tropa, cruzaron aquel camino, que cedía á las pisadas de los hombres y de las bestias que arrastraban las baterías de campaña.

Lo conocí de cerca algunos días después de haber pasado el ejército brasilero, y encontré en él huellas que atestiguaban la dificultad de la operación realizada.

Cuando los bueyes se desviaban de la línea trazada por los ingenieros, se sepultaban en el fango, y morían desesperados, asomando apenas la cabeza para herir el bosque con sus mugidos.

Toda la vía estaba cubierta de osamentas y de animales muertos, que corrompían el aire, infestado ya por la putrefacción de los vegetales desprendidos por las olas del río Paraguay y el hacha del zapador.

A estas contrariedades hay que agregar las producidas por las lluvias, en un sitio en que es imposible levantar tiendas de campaña para defenderse del sol, del agua y del copioso rocío que cae por las noches.

El flanqueamiento del ejército de López ha sido una concepción feliz del marqués de Caxias.

Los medios por los cuales debía realizarse la operación, tenían que corresponder á la grandeza del pensamiento.

El camino abierto por Argollo es el complemento de la idea de Caxias.

Los que estudien la guerra del Paraguay en sus grandes detalles, deben inspeccionar esa obra digna de admiración en todo sentido.

Después que pasó por el Chaco el ejército brasilero, dejando tendidos en la margen izquierda del Paraguay los hilos de un telégrafo, el silencio ha sustituído al canto del soldado, al ruido de los trenes de artillería, al relincho de los corceles y al mugido de los bueyes.

Sólo el eco del cañón que conmueve los muros de Angostura, resuena de tiempo en tiempo en el fondo de los bosques, espantando, en dirección á la ribera, las aves que anidan en las copas de las palmeras y en las ramas de los lapachos seculares.



# EL COMERCIO DE PALMAS

Los ríos que surcan las naves que van á los puertos del Paraguay, están hoy cubiertos de barcos que conducen materiales de guerra, provisiones para el ejército aliado, y quincalla para las bandolas de los buhoneros.

La guerra ha cambiado completamente la fisonomía de aquellos lugares.

Al cruzar, hace algunos años, el Paraguay, cerrado al comercio, sus mansas aguas conducían la barca solitaria, sin que ningún rumor turbara la serenidad del río, sin que los bosques repitieran otros ecos que los del canto del urutaú y del ibirajú.

El trueno del cañón y las ruedas de los vapores agitan hoy las corrientes del Para-

guay y del Bermejo, despertando en los bosques al indio, que ya no duerme tranquilo en la hamaca.

Cuando el viajero penetra en el río Paraguay y recuerda la historia de los pobladores de sus márgenes, busca con la mirada, entre los árboles, el campanario de la iglesia de la Misión, y apresta el oído para escuchar el tañido del bronce, mezclado con los murmullos de los arroyos y los acordes del violín del misionero ó del indio convertido, convocando á los salvajes ó domesticando la culebra de cascabel.

Destruídas las Misiones, el indio vaga de floresta en floresta, libre y bárbaro como los tigres del Chaco, que atemorizan con sus rugidos á los que se acercan en la noche á las costas floridas de aquel desierto.

La actividad que advertimos en el río Paraguay, no es hija de la libertad que abre los puertos al comercio de todas las banderas, sino de la guerra que lleva detrás de los ejércitos legiones de comerciantes y centenares de transportes de alimentos y municiones.

El movimiento del puerto de Palmas,

despierta el recuerdo del Amazonas, surcado cada día por innumerables buques de vapor.

Más de ochenta barcos de esta clase vienen y van, fondean y descargan en Palmas.

Unos pertenecen al ejército brasilero; otros á las Proveedurías de Lezica y Lanuz; éstos son los Paquetes que hacen la carrera entre ese puerto y Corrientes; aquéllos los conductores de artículos para el comercio del ejército.

Á los vapores hay que agregar los buques de vela, que pasan de doscientos, pertenecientes, en su mayor parte, á los comerciantes del campamento.

El Comercio de Palmas es una pequeña ciudad de casas de madera, tiendas de lienzo y calles extensas y regulares.

Sobre cada carpa ó barraca, flamea un lienzo de diverso color.

Mirado el Comercio á la distancia, desde la cubierta de los buques, parece un gran cuadro de banderas de todas las naciones.

Precede á las tiendas el antiguo campamento, cuyos ranchos han sido aban-

donados á causa de la marcha del ejército hacia Cumbarití.

Cubren el piso los despojos de los batallones que lo ocupaban: armas, cananas, mochilas, ropas y cacharros, se confunden en repugnante desorden.

Uno que otro hospital y una cárcel de campaña, constituyen las reliquias importantes del ejército aliado.

Dejando este campo á la derecha, penetramos en el del Comercio, que está á la izquierda.

Los enfermos encuentran en él, boticas; los jugadores, billares; los aficionados á los espectáculos, polioramas y teatros.

Se codean las tiendas con los almacenes, las confiterías con las panaderías, los correos con las agencias de vapores.

Los carteles anuncian en esta esquina fiestas y bailes; á la mitad de la calle se oye gritar á un rematador; más adelante flamea la bandera de un *gran baratillo,* en que el dueño ha convertido la libra esterlina en unidad monetaria.

Aquí se oyen los acordes de un organillo; hacia allá cruza un aguador conduciendo

su carro; más adelante se pregona la venta de hielo y helados, que se pagan en sonantes patacones.

Domina al ruido de la agitada población, la charla de los comerciantes que hablan y discuten en todas las lenguas y dialectos conocidos.

El Comercio de Palmas tiene su California, es decir, su áurea mina, en el bolsillo del soldado.



# DE VALPARAÍSO Á LA OROYA



# INTRODUCCIÓN

Viajar es para algunos ver á vuelo de pájaro montañas, desiertos, selvas ó ciudades; y viajar es para otros leer y observar en el gran libro de la naturaleza, todo lo que sirve de elemento á las ciencias y las artes. Por eso pretendo en el viaje que voy á emprender, aunque la empresa sea algo temeraria, ligar el pasado del Perú al presente, y el presente al porvenir. Trato de decir en pocas palabras lo que él fué antes de la Conquista, lo que hoy hace por recobrar su antigua nombradía, y lo que puede esperarse de un pueblo de tan nobles orígenes. Voy á ir por los caminos nuevos á las ciudades viejas.

Así como cuando recorriendo los Andes, al través de las escotaduras escalonadas, se descubren uno y otro orden de eminencias, cuyo último término se confunde con los vapores del horizonte, al través de los innumerables libros escritos sobre el Perú se descubren tradiciones escalonadas que se confunden por último en la bruma de los tiempos. La ignorancia envuelve todavía al nuevo mundo. De sus ríos, de sus mares, de su flora y de su fauna, de sus llanuras, de sus montañas y de los hombres que las habitan, apenas se conocen estudios más ó menos embrionarios.

Respecto al origen de los primitivos pobladores de Sud-América, aun no se han formado sino hipótesis más ó menos exactas. La ciencia todavía no ha puesto su sello á la observación y al estudio, porque el debate está por comenzar. Quién supone que los escandinavos vinieron por el Atlántico á la América Septentrional; quién afirma que el Asia[1] envió por el Pacífico

[1] En un pueblo del Norte del Perú, el «Eten», los naturales, que conservan su lengua primitiva, se entienden, en pocos días, con los actuales inmigrantes asiáticos.

las semillas humanas que produjeron las tribus de los Curacas y el imperio de los Incas en la América Meridional; quién piensa que los indios del Norte descienden de las diez tribus de Israel que fueron conquistadas por Salmanazar, rey de Asiria, siete siglos antes de nuestra era. En los monumentos, en la semejanza de las lenguas, en la conformación de los cráneos, en la escritura, en las tradiciones de los indígenas, se apoyan los pasos inciertos de los que han balbuceado las primeras palabras sobre la incógnita.

Las tradiciones del Norte y del Sur no arrojan la luz necesaria para penetrar el misterio. Algunos indios septentrionales se suponen producidos por la tierra; otros pretenden que han salido por una vid del centro á la superficie del globo; y no faltan quienes se crean engendrados dentro de una caverna, que la luz les hizo abandonar, revelándoles el camino que conducía al haz del planeta sublunar. Los que más se acercan á la verdad, son aquellos que conservan la creencia de haber atravesado el agua para llegar á sus presentes habitaciones.

Una parte de los peruanos anteriores á los Incas, se suponía salida de tres huevos de oro que desde el cielo cayeron á la tierra. Más original es la leyenda de los que aseveran que un chorro de agua, producido por un rayo y depositado en un hoyo junto al cerro llamado Raco, fué el germen vivificador de sus familias. Otra tradición afirmaba que Manco Capac y Mama Oello, aparecidos en el lago Titicaca, descendían y eran enviados del Sol.

Perdidos en el Norte los jeroglíficos, despedazados por los conquistadores los escritos mejicanos, y muertos los *quipocamayos*, depositarios de las tradiciones de sus pueblos y de sus reyes, es dificultosísimo practicar estudios serios sobre tan interesante materia.

Ni la escritura ni la tradición pueden proporcionar guías seguros al hombre de ciencia, que tiene, no obstante, en el estudio de los monumentos, un manantial fecundo de observaciones.

Si el lingüista ó el arqueólogo no encuentra en las huacas de los indios de América los papirus de los sepulcros de Egipto, reve-

ladores de misterios, más tarde leerá en las piedras de los monumentos incásicos, como en el bajo relieve de Nínive, el ladrillo caldeo ó la tabla de bronce del romano, orígenes, acontecimientos, tratados y leyes de razas absorbidas por la eternidad.

Pero no es solamente la pista de las emigraciones que el Asia envió á América, por el estrecho de Berhing ó por la vía del Atlántico, lo que debemos buscar en el destruído imperio de los Incas, al cual se refieren las páginas subsiguientes. Otra altísima enseñanza se desprende de los hechos que forman su historia, y chocantes y desconsoladores contrastes de la comparación de los conquistadores europeos con los conquistados americanos.

Una civilización anterior á la de los Incas, decaída, degradada por la división de las tribus, aparece dominada por la potencia organizadora de un caudillo, misionero de Buda, como alguien lo supone, ó inventor de un nuevo culto. El período de reorganización, que comprende los cuatro siglos de la dominación de los Incas y asimilación de los Curacas al rey y sumo

sacerdote del Cuzco, termina con un fenómeno de debilidad producido por el comunismo, implantado como sistema social. Absorbida la sociedad por el Estado, el hombre por la sociedad, y el Estado y la sociedad por el Inca, desaparecen las autonomías del pueblo y del individuo con Atahualpa.

El imperio de los hijos del Sol fué aniquilado por el sable de un puñado de soldados que tuvo la audacia por Providencia.

Muchos siglos antes de que los españoles penetraran en el Perú, conducidos por el propósito de ser ricos, formulado por Pizarro en la isla del Gallo, uno de los Incas conquistadores se negaba á destruir las cosas y los hombres adquiridos por él, porque de su conservación se prometía poderío y gloria. Aquellos que sin instrumentos de acero ó hierro fundían ó esculpían estatuas y erigían templos de piedra; los constructores del primer camino macadamizado é inventores de las postas; los agricultores que aprovechaban para sus sembríos las mesetas y las hoyas de las montañas, que cubrían de andenes desde la

cima al pie, utilizando en los regadíos el agua del torrente cercano ó del lejano río, aproximado por medio de acueductos á los lugares estériles; esos hombres extraordinarios, como los llama Prescott, entendían el derecho de conquista á la inversa que Europa.

Los conquistadores, cuya dureza describe el padre Las Casas, y confirma Zuasgo, enviado del cardenal Cisneros á Santo Domingo, adiestraron perros para amedrentar á los habitantes de la isla. Francisco Pizarro se acercó á los peruanos indefensos armado de lo que ellos creyeron el rayo del cielo. Hernando, su hermano, penetró en el templo de Pachacamac con la barreta del demoledor en la mano. Valverde se aproximó al Inca Atahualpa imponiéndole en lengua castellana, por medio de un intérprete traidor, que creyera en la Biblia y en los misterios de la religión de Jesucristo, cuyos verdaderos representantes en los primeros tiempos de la Conquista, fueron Bartolomé Las Casas, Toribio de Mogrovejo, Francisco Solano y Pedro Betancour. Los descendientes de los

conquistadores, nosotros que les juzgamos desde época más adelantada, no hemos hecho más ni menos que ellos por reducir los indígenas á la vida cristiana y por ende civilizada.

Las lecciones políticas y sociales que se desprenden del estudio del pasado de algunos pueblos de América, y de las semejanzas y contrastes apuntados, que prueban evidentemente que ni los conquistadores eran la encarnación de la cultura, ni los conquistados la genuina representación de la barbarie, reclaman el examen de las inteligencias que se sienten estimuladas por la noble curiosidad de la ciencia.

Si lo dicho no bastase para demostrar mi tesis en favor del progreso peruano en la época de la Conquista, un solo hecho lo probaría elocuentemente. Las ordenanzas del virrey Toledo fueron calcadas sobre la legislación tradicional de los Incas, compilada pacientemente en el espacio de veinte años por un erudito misionero.

La filosofía de la historia americana tiene en blanco la mayor parte de sus páginas.

Invito á mis lectores á estudiar la Amé-

rica física y la América moral, porque creo poder decir que su conocimiento proporciona una fuente fecunda de placeres intelectuales. De mí aseguro, que el afecto por ella aumenta á proporción que avanzo en el camino de la observación.

El hombre se siente crecer en medio de sus montañas. Las adustas formas de los Andes y sus graves perfiles, imprimen al carácter algo de su severidad, y en la mente algo también de sus grandes imágenes. Él, desde las altas mesetas, llama á la ciencia para que le alumbre con su antorcha el profundo sepulcro de los gigantescos y antiguos moradores de la gran cordillera, y consulta la historia para explicarse la vida y los fenómenos sociales de las tribus que poblaron los valles. Con la pupila clavada en el horizonte melancólico de la tarde, sigue el vuelo del águila, que en sus alas lo conduce á las esferas del pensamiento ó del recuerdo, según la situación en que su espíritu se encuentre. Pero sean cuales fueren esas impresiones, todas ellas son impresiones de montañas, bellas, solemnes, inolvidables.

¡América! ¡hermosa América! Tú serás mi sueño de la noche, mi afán en el día, mi amor de toda hora, y yo seré tu hijo y tu paladín, doquiera llevarme la marea de la vida! ¡Aspiro á pasar mis días en tu regazo, y á que mi sepulcro tenga por cruz, con la de mi fe, la de estrellas de mi cielo: la cruz del Sur!

Acabo de ver, de oir y de pensar; pero no traigo á mi obra un solo sillar de los que desprendió el pico del conquistador de los monumentos sorprendentes de América, y que, esparcidos en la vasta superficie del antiguo imperio, sirven de asiento en su pascana al indio meditabundo de las punas. Apenas puedo presentar páginas incoloras, hojas marchitas y polvo de sepulcros, humedecido con las lágrimas de una raza esclava. Pero los que sepan manejar el microscopio, descubrirán en esas páginas y en ese polvo, gérmenes de vida y de enseñanza.

Mucho me complacería que este rudimentario trabajo pusiera en ejercicio la ilustrada memoria, el claro entendimiento y la buena voluntad de los jóvenes estudio-

sos, á quienes estimulo también á fijarse en que es necesidad apremiante en América, que sus hijos conozcan y amen á los americanos.

---

## CAPÍTULO I

—

### LA COSTA

En una tarde del mes de Abril de 1873, me embarqué en el vapor *Aconcagua* de la Compañía Inglesa de Navegación del Pacífico, surto en Valparaíso, con la intención de visitar la Serena, Caldera, Arica, Tacna, Mollendo y Arequipa. Soplaba viento Norte al zarpar el vapor de la bahía, lo que importa decir que tuvimos balanceo y temporal. El joven capitán consultaba con frecuencia la carta náutica y un retrato. Dos rumbos diversos le señalaban esos objetos: el del mar el uno; el del cielo el otro.

Á poco andar advertí algo que siempre he observado con tristeza en esas casas cosmopolitas y heladas que se llaman hotel y hospital: mi nombre había sido sustituído por un número. Era un fardo más, inscrito

en el rol del buque. Pedí la llave del camarote que ocupaba para poner mi equipaje á cubierto de tentaciones, y vine en cuenta de que había perdido también la responsabilidad personal. Me exigieron en cambio de la llave algunas monedas, que quedaron como rehenes en poder del mayordomo.

El mineral de Caracoles y la costa del Perú carecen de carne, legumbres y agua. Estas imperiosas necesidades producen una gran corriente comercial de tercera clase, y aseguran á la empresa de los vapores pingüe venta de pasajes de igual categoría.

La carne, representada por bueyes en pie, va debajo del puente; las legumbres, en todos los rincones y galerías exteriores; la chicha, que suple honrosamente al agua, enfurecida ó fermentada, en los lugares más ventilados; y los mercaderes con las mujeres, los niños, el perro y el loro, acoplados al aire libre ó en los pasadizos. Hombres, cestos y barriles se codean familiarmente, sin que falten cacareadoras gallinas y vigilantes gallos, ó sea *relojes de pluma*, como los llama Murger, que se estrechan y pisotean á su vez en jaulas

de mimbres, revueltas con las mantas, toldos y farolillos de los emprendedores comerciantes. Babel, mosaico ó mesa revuelta tan original, no ha soñado ningún loco en su cuarto de hora de inventiva. Un día que me había desayunado con hojas de libro y de lechuga, agregué á aquella heterogénea muchedumbre muchos ochos y nueves del naipe social, que se barajaban por su cuenta en la primera y segunda cámara. California, Paraguay, Caracoles é Iquique, minerales de diverso género, pero que á la postre todos producen oro, han echado á rodar por el mundo millares de cuerpos sin alma, con cadenas que se ven de lejos y camisas que se huelen á la distancia. Las minas y la guerra inventan fortunas y caballeros de formación volcánica. Movimientos perpendiculares los hacen saltar del fondo á la superficie, donde se les echa de menos, al observarles, el zarandeo del tamiz de la escuela. La proximidad de un rico improvisado, es más temible que la de un alud vacilante y con tendencia á buscar el centro de gravedad, haciendo rápida escala en alguna cabeza. En los hoteles y

en los buques es donde él prodiga rumbosamente el humo en la atmósfera, los consejos en la conversación, el ruido en el bolsillo, los ronquidos en el sueño y el vino en los manteles. El peso más abrumador es el de los pesos.

La campana del cuarto de servicio, el gemido con que el marinero acompaña el esfuerzo para arriar ó echar la vela, semejante al quejido con que pretendemos aliviar el dolor que nos aqueja, y la luz del farol que se desliza por el estay del palo de proa, producen en la noche del Océano un efecto singular. Colocado el viajero entre dos inmensidades, se sentiría confundido, anonadado, si el ojo y el oído no le llevaran al cerebro emociones que le hicieran comprender su superioridad moral. Las pequeñas impresiones revelan al hombre su individualidad. El horizonte inconmensurable y el ruido descompasado, ó producen la comparación de lo inmenso con lo pequeño ó aniquilan la facultad de pensar. Oblígame aquella campana á reflexionar en el tiempo que no medí, y á medir el tiempo venidero, dedicado á la labor á

que me llama la meditación; aquel gemido manifiesta el esfuerzo de un hombre, en cuya condición jamás pensé, rodeado de frívolos placeres, que fueron el compendio de mis afanes; aquella luz, reproducida por una y otra ola, condúceme á pensar en las ideas viajeras, sujetas todavía al mástil del bajel que las conduce, impotentes para iluminar perennemente el cauce de la civilización. Y la estela y la espuma, me parecen en la noche del mar, huellas fugitivas de dichas desvanecidas, al avanzar un paso en el camino de la existencia.

La luna moribunda de los Incas, el último cuarto de la luna de los astrónomos, modelo de cierto estandarte del Oriente, me hizo soñar en mil y una noches, que no son cuentos del Asia. Vigilias, fiestas, ocios encaminados á buscar mejor ocupación y dulces horas, no me han producido lo que la fatiga del cuerpo y el reposo del alma, producen al labrador ó al minero encorvado por la tarea. Pero las aves que vienen y las que van, los celajes que se cruzan, el soplo del Sur que en zona superior pasa sobre el del Norte, que en rumbo opuesto

recorre una capa inferior de la atmósfera, todo, todo proclama en la naturaleza el choque de ideas encontradas, el constante movimiento, la eterna agitación.

Mientras así hablaba á solas conmigo, el día alboreaba, el vapor daba fondo; un puerto, edificios, chimeneas y fábricas se presentaban, medio á obscuras, medio alumbrados, y me obligaban á entrar en el terreno de las realidades cotidianas.

—¿Coquimbo? Sí, ese lugar es Coquimbo, puerto de la Serena, [1] ciudad de jardines, no distante, asiento de un Obispo, que bendice á honrados feligreses, agricultores unos, mineros otros; con un Juzgado que absuelve ó condena, y una Corte Superior que pone el punto sobre las íes de sus sentencias, ó borra, con buenas razones, la línea curva, que no debe existir en la geometría de la justicia.

¿Con cuántos fieles cuenta el Obispo? O, si es lo mismo, ¿cuántos fieles é infieles pueblan la Serena? Un buen cicerone me

[1] La Serena yace en los 29° 54′ latitud, y 0° 40′ longitud O., al E. N. E. del puerto de Coquimbo, situado á los 39° 57′ latitud y 0°, 47′ longitud occidental, en la extremidad sudoeste de una hermosa bahía.

responde que catorce mil, y sigue diciéndome que es capital de Coquimbo, y que Coquimbo es puerto por donde salen mar arriba excelentes cobres. La tierra de este Departamento, á pesar de hallarse en inmediata relación con los metales, no se ha endurecido, como se endurecen los hombres con la vecindad del amado becerro, pues llena de savia produce trigos blancos y tropicales lúcumas y chirimoyas, que forman el regalo de modestas ó lujosas mesas, demócratas todas, en cuanto á la igualdad que reina en los postres durante la estación de las frutas.

El infatigable narrador, que no quiere que nadie ignore la historia de la Serena, quien, como cada hijo de vecino, no se resignaría á cargar con aquella felicidad que Feuillet adjudica á los pueblos que nada tienen que contar, me refiere los hechos más prominentes de su vida. Fundóla Pedro Valdivia, conquistador de Chile, en 1544, sin contar con que en 1549, cayeran sobre ella los indios comarcanos, le arrimaran fuego y enviaran á mundo mejor las almas de casi todos los pobladores. Pero

como á constancia nadie ganaba á aquel varón, condenado á morir á manos de los poco hospitalarios dueños de la casa, que él gobernaba en nombre del Rey de las Españas, Valdivia volvió á fundarla en el mismo año, con el nombre de San Bartolomé; lo que no dejó de ser imprudencia, pues es sabido que este Santo, el día de su natalicio, deja salir á Lucifer de la cárcel infernal, para que eche una cana al aire; asueto que pudo ser de malísimas consecuencias en países de infieles. Teniendo en cuenta lo del incendio ó lo del diablo, se le concedió escudo, con castillo en campo de plata, con torreones echando llamas, y se le confirmó, indebidamente á mi parecer, el título de *Serena*, que le habían quemado los salvajes, en día de descomunal incendio. Atraídos por el olorcillo de la riqueza ó de los carbones, Drake en 1578, y Hawkis en 1594, intentaron, sin éxito, meterse en la Serena, como Pedro por su casa. Los bucaneros, que en el siglo XVII merodeaban en el Pacífico, se colaron en la Serena en 1680 y 1686. El primer año la incendiaron y saquearon, y el segundo quemaron la

iglesia de Santo Domingo, pero casi dejaron las colas en poder de los coquimbanos. Un temblor acaecido en 1730, redujo á escombros los edificios de esta ciudad, colocada entre dos fuegos. Pero como á la larga ó á la corta «á cada Santo le llega su día», y «no hay plazo que no se venza ni deuda que no se pague», la Serena recibió su carta de pago de manos del martirio, y su buen día de manos del tiempo. El mineral de Arqueros la llenó de pesetas, y un ferrocarril que la ligó con Tambillos y Coquimbo, le atrajo gentes laboriosas, y ambos arreglaron los desperfectos de indios y terremotos.

Agradecido por el servicio, saludé al narrador, y sin mentar la comida del vapor inglés, me eché en el lecho duro de mi camarote, recliné la cabeza en mi almohada de plumas de gallina, y me dormí hasta que el cañón de á bordo y la vocería de las mujeres del Huasco, me anunciaron que habíamos llegado á tierra de uvas. El ayuno no se dejaba sentir, que para resistir al *spleen* en salsa, ó sea á la comida de los vapores del Pacífico, me enseñaron á ser frugal.

Creo que no existen laboriosidad ni diligencia comparables á las del pueblo chileno. Era media noche, lloviznaba, y, sin embargo, la cubierta del vapor estaba llena de vendedores de granadas, pan casero y ayuyas. Es redundante agregar, y de uvas. Las uvas son para el Huasco, lo que los rosarios para Jerusalén: el primer artículo de su incipiente comercio. ¡Cuántas amarguras y cuántos sacrificios impone la pobreza! ¡Abandonar el lecho miserable en noche fría; exponerse á dejar el cuerpo sepultado en las revueltas olas, para recoger de mis manos, ó del de más allá, la moneda que quemamos convertida en cigarro, que arrojamos á la calle cuando nos parece poco aseada, ó tememos que se haya alojado en la faltriquera de algún apestado! Y esto, si el otro ó yo estamos de humor de parecer generosos, ó de regalarnos con una de aquellas magníficas granadas. Cuando no sopla buen viento y la bilis se halla revuelta, esa pobre mujer que esperaba ansiosamente el vapor, y con él la moneda de un desconocido, para comprar un pan y una

medicina para la madre y el hijo enfermos, torna á su cabaña con sus frutas, sus lágrimas, y la amarga pena de no poder aliviar á quienes padecen hambre y sufren dolores acerbos... Demos siempre limosna á los que de noche nos la demanden. Compremos siempre á los pobres lo que en la mitad de ella nos ofrezcan. Una limosna pedida y un negocio propuesto durante las horas del sueño, revelan aflicciones grandes, que deben ser consoladas. Cuando atendemos las necesidades que se ocultan en la sombra para pedir una limosna, ó á los pobres que se disfrazan con el título de negociantes, nuestros muertos y el alma de los que amamos, en nombre propio y en el de Dios, nos dicen: ¡gracias! El oído del corazón escucha la breve pero alentadora fórmula del aplauso de los buenos. Si el vicio la oyera, cuando en las grandes capitales la mano descarnada de una niña lo llama acosada por el hambre, el remordimiento y la vergüenza no procrearían deformes dolores en las casas de los pobres de Londres y de París.

En otro día y en otro puerto encontramos

otras gentes y otras costumbres. Caldera, la poderosa, se presenta á formar contraste con el Huasco, relativamente miserable. Es una villa cabecera del departamento del mismo nombre, con mil ochocientos habitantes, y un ferrocarril que termina en Copiapó. El departamento de Copiapó pertenece á la provincia de Atacama; contiene, ó contenía, treinta y nueve mil setecientos cincuenta habitantes; y confina con los terrenos boreales de Chile. La ciudad yace en los 27° 23′ longitud, y 0° 10′ latitud. Tiene, ó tenía, doce mil quinientos habitantes. Los contornos son áridos y secos.

El primer camino de hierro construído en la América del Sur, fué el de Copiapó á la Serena, que continúa por Pabellón y Chañarcillo. Este último lugar, es un mineral de plata, descubierto en 1832 por Juan Godoy, leñador. Sus productos se estiman en ochenta millones de pesos. La ciudad de Copiapó tiene buen caserío, iglesia elegante y lujosa plaza.

El departamento de Copiapó ha sido la California chilena.

El minero rico nació en Chile con el

descubrimiento de Chañarcillo. Bueno y educado, en algunos casos; avaro, sin mano de pintura, obra blanca, en otros; sus dineros, como los del sacristán, «cantando se vienen y cantando se van». Vive en Santiago, honra á la humanidad como pocos, algunas veces, y la deshonra como muchos, en variedad de casos. Aspira á ser diputado, escala de la senaturía, y es lo que quiere ser. Conozco mineros diputados, que más parecen diputados que mineros, y diputados mineros que siempre serán mineros. ¡Qué diantre! no á todos les es dado catear minas, y explorar las regiones de la ciencia política. El que tuviera fuerza para ambas empresas, sería minero dos veces, y si en alguna sacara la *cangalla* de la diputación, la cosa no andaría tan mal. Pero un minero rico y duro de testuz, no roba ni ideas. Esa tarea pertenece á los plagiarios.

El apir que pasa y repasa la bocamina con el cesto de metales al hombro; el barretero que horada la montaña, y el peón que chanca el mineral, desarrolladas las fuerzas por el rudo ejercicio de su industria, robus-

tecidos los músculos por el trabajo, dueños en una semana de lo que un gañán no consigue en doce meses, son, ó se tienen ellos, en el bazar del pueblo chileno, en la cuenta de gente de pro. ¡Poder de la plata, y lógico resultado de trajinar en minas! A quien anda entre ellas se le pega polvo de oro, como al cacique Gualavita, que inventó sin malicia la fábula del Dorado. [1] No es la trementina que aquel se untaba, sino el pelo de la dehesa lo que mantiene el resplandor de esa aristocracia. Según dicen ellos, la Virgen de Andacollo,[2] su patrona, y el tapete su enemigo, los despojan, aquélla el 25 de Diciembre, y éste á toda hora hábil para el juego, de cuanto les entra en el bolsillo, especie de tonel de las Danaides. El minero «es capaz de jugar el sol antes de nacer [3]».

[1] Entre los chibchas se hacían ofrendas á las lagunas, que eran sus santuarios. El día destinado por el cacique de la de Gualavita para ofrecer su sacrificio, se cubría el cuerpo de trementina, se polvoreaba con oro, invocaba á la cacica Bachúc, y se arrojaba á la laguna nombrada.

[2] Andacollo, santuario de la aldea así llamada en Coquimbo; es el templo de Chile que atesora más joyas en sus altares.

[3] Manera de exagerar en Lima la pasión de alguno por el juego. El dicho toma origen de un episodio de la Conquista. Leguizano, soldado de Pizarro, á quien tocó en el reparto de las joyas del templo del Cuzco, el disco de oro representando el Sol, lo jugó antes de amanecer el día inmediato.

Pero dicho lo malo, sea dicho también lo bueno: el minero es el Hércules del trabajo en la mitología de América.

La naturaleza nos convida á admirar una bella puesta de sol. Blanca es la bruma que se levanta en la serranía de la izquierda, pero es más alba la espuma de las rompientes. Todos los picachos de la montaña, parecen envueltos en tornasoles cobrizos. El gentílico Dios se ha convertido en ultramontano. La huella del sol, ardiente como la pasión, se disipa, fundiéndose en colores suavísimos. El crepúsculo es imagen de la tolerancia cristiana. La melancolía es el crepúsculo de la felicidad y del dolor. ¡Tibia, dulce, melancólica está la tarde!

Los reflejos del oro de Caracoles, llegan hasta Antofagasta, puerto boliviano, si no se ha equivocado el marinero encargado de las banderas. De Antofagasta al mineral, hay cuarenta leguas, que van á ser cruzadas con un camino de hierro, construído por una sociedad anónima, y valuado en millón y medio de pesos. Actualmente hay diez millas enrieladas y

veinte terraplenadas. Los niveles no presentan dificultad. El Gobierno de Bolivia va á construir otro ferrocarril de Megillones á Caracoles, estimado en la suma de siete millones de pesos, pagaderos en vales. El camino asciende hasta tres mil pies, y luego baja á terrenos planos. Ya se han terraplenado diez y ocho millas.

En este momento, una bailarina francesa, arruinada por varios cataclismos, levanta en Antofagasta, con la punta del pie, muchos y brillantes cóndores, que guarda en su bolsillo con contentamiento propio y de los que se los arrojan, dominados por el vértigo del cancán. ¡Y luego se dirá que la civilización no penetra en las soledades de América!

La mejor máquina de amalgamación de metales que existe en el mundo, se encuentra en estos parajes. Puede amalgamar cincuenta mil marcos mensualmente, y será manejada por el señor Krohnke, inventor de un procedimiento para aprovechar toda la plata del mineral, sin dejar nada en los relaves.

Las covaderas de Megillones, cerrillos de

formación volcánica, islas en otro tiempo, han producido á los gobiernos de Chile y Bolivia, cuatrocientas mil toneladas de huano.

Pero dejemos ese abono en donde fué colocado, porque ya brillan las luces de Cobija, envuelta ahora en las sombras. La suba de los cobres, desde 1856 hasta 1862, favoreció mucho á esta población, que con la baja de ese metal ha descendido también. Los tres ó cuatro mil habitantes que tuvo, han quedado reducidos á mil; el resto ha emigrado á Megillones y Antofagasta.

Poco que dejar y nada que llevar, tiene nuestro vapor. En marcha, para que el día nos sorprenda en otro lugar.

En la tertulia nocturna que, sobre la cubierta, formaban los pasajeros de tercera clase, se encontraban representados el paciente boliviano, el fastuoso peruano, el laborioso chileno y el imaginativo y acomodaticio argentino. El primero escuchaba atentamente, con la oreja en el diálogo y la mente en la yunga, los proyectos dorados del segundo, las ideas prácticas del tercero, y la leyenda romancesca del

cuarto. El peruano iba á recoger oro en las salitreras de Iquique; el chileno pertenecía á las cuadrillas de trabajadores de los ferrocarriles de Puno y Oroya; el argentino conducía ganados á la costa Norte del Pacífico; el boliviano tornaba á incorporarse á uno de los famosos escuadrones de caballería de su país. Todos representaban al natural las costumbres, la industria, el carácter y la tradición histórica de sus respectivas naciones; y todos, con excepción del boliviano, iban á modificarse en el medio social que les aguardaba. El peruano tenía que sudar el quilo en las horas de la siesta, y que renunciar á su tropical indolencia; el chileno iba á entregarse á sus anchas á la independencia del descendiente de los Incas, y á perder un tanto el hábito de la obediencia pasiva á la autoridad y al patrón; el argentino pampeano, desmontado del caballo é improvisado montañés, estaba condenado á morigerar sus costumbres, formadas en la escuela sin maestro de la libertad salvaje.

De los hombres de este grupo, el chileno

era el que iba á perder más al cambiar de hábitos.

La libertad del emigrante que aporta á las playas de Chile, ha producido en el hombre del pueblo la creencia de que la condición de extranjero lo autoriza para hacer lo que mejor cuadre á su capricho. Un chileno empleado en las oficinas salitreras de Iquique, reprendido por cierta mujer con motivo de la omisión del precepto de la Misa, en que incurría, respondió con mucha gravedad: — «Yo soy extranjero». La bien intencionada amiga se atrevió á pedir le explicase el sentido de su respuesta, y el taimado tornó á replicarle: — «¿Cuándo vió usted á ningún extranjero oir Misa chilena?...»

Favorecidos por la verdad, en algunas ocasiones, y despojados de razón en otras, los moradores de la costa y los habitantes del interior del Perú, achacan á los inmigrantes chilenos todos los delitos que se cometen en aquellos sitios. Algo parecido ocurre á orillas del Plata con los habitantes de ciertos barrios. «¡Ay! de aquel, decía el pasajero chileno del *Aconcagua*, que mató

un perro, porque, en un dos por tres, lo llaman y nos llaman mataperros».

Nuestro boliviano terminó por escuchar con indiferencia los proyectos económicos del peruano, y la crónica de los mineros de Copiapó y California, que con grave y pausada voz narraba uno de los moradores del norte de Chile; y, tal vez, por analogía de vida ó de aspiraciones, se mostró maravillado de las aventuras del payador y del soldado argentino, que refería el pastor pampeano, con los ojos clavados en las nebulosas del firmamento.

Corrientes bonancibles nos llevaron á Iquique, puerto y distrito de la provincia de Tarapacá, extremo Sur del Perú, que confina al Norte con Arica, al Este con Bolivia y al Oeste con el Pacífico. Sus minas de Santa Rosa y Huantajaya, el salitre y el bórax, la hacen una de las más importantes de aquella República. Es muy árido el aspecto general del territorio que ocupa. La pampa del Tamarugal contiene bórax, sal común y salitre. Se observa en ella el fenómeno del espejismo, juegos y caprichos de la luz, que engaña, como cada hijo de

vecino, para probar que no es tan hija de la verdad como se cree. [1]

El salitre, principal ramo del comercio de Iquique, en la actualidad, es una sal compuesta de ácido nítrico y de potasa. Se le encuentra en forma de agujas y de polvillo blanquinoso, y es de color algo gris, de sabor fresco, amargo y desagradable. Echado al fuego, arroja chispas. Se le emplea como abono en Europa; la medicina aprovecha algo de él, y en la composición de la pólvora entra cierta parte de esta substancia. El año pasado se exportaron más de cinco millones de quintales. Ha habido momentos en que el puerto de Iquique contenía ciento diez buques que cargaban salitre.

Un ferrocarril de doce leguas de extensión, perteneciente á los señores Montero hermanos, liga el puerto con las salitreras. Este camino unirá á Iquique con Pisagua, y recorrerá las oficinas salitreras en un espacio de ciento sesenta y dos millas. La

[1] Los mirajes son efecto de la refracción de la luz, y consisten en la reproducción en el aire de las imágenes de los objetos situados en la superficie de la tierra. La imagen representada en las nubes, puede duplicarse y triplicarse, según la posición de éstas.

pendiente de esta vía, será de cuatro y medio y cinco por ciento.

El estanco del salitre no ha sido bien recibido por los que se ocupan en su explotación. Parece increíble lo que sobre la materia se ha hablado. El estanco ha desestancado la paciencia de los que no trafican con ese artículo. Por mi parte, yo no quiero hablar de otro estanco que el de la sal, del cual, por orden de no sé quién, es administradora exclusiva la mujer limeña.

El día en que desembarqué en Iquique, tropecé con un chiste, apenas pisé la playa de las salitreras. Reinaba epidémicamente una fiebrecilla, y el pueblo la había bautizado con el nombre de *estanco*. Es de advertir que se acababa de estancar el salitre, principal ramo del comercio de Iquique.

Iquique cuenta con diez ó doce mil habitantes, que ocupan un caserío improvisado pero cómodo. El temblor de 1868 causó allí estragos de consideración.

Al anochecer, cuando zarpamos, el vapor estaba rodeado de capullos espumosos, producidos por la reventazón de las olas en los peñascos del puerto. Estos copos flotaban

como puñados de algodón, esparcidos en la superficie del mar. Era sensible la proximidad del Norte por el calor que sentíamos, y el aumento de fósforo en las olas. En algunos lugares las aguas parecían cubiertas de aceite. Formaban esas manchas aparentes, los cardúmenes que emigraban hacia el Sur.

Ya entrada la noche apareció la última sección de una luna pálida, que volvió á recordarme el estandarte de Mahoma, y, por asociación de ideas, la noche de Oriente, impregnada de voluptuosidad, madre de poéticos sueños.

Atormentado Pisagua por el terremoto de 1868, aun no se ha repuesto de tan tremenda desgracia. Alboreaba la mañana en ese puerto, cuando echó anclas y fondeó el vapor. Las olas del mar de Balboa, llevaban lejos, muy lejos, las ondas sonoras de la campana de la aldea, que llamaba á Misa de prima.

Balboa, sacrificado á la envidia de Pedrarias, celoso del empeño de Vasco por explorar el Perú, que un indio le había pintado con brillantes y dorados colores, descubrió el

Pacífico el día 26 de Septiembre de 1515, desde lo alto de un monte de Darien ó Panamá, y lo llamó «Mar del Sur», porque para encontrarlo fué del Norte al Sur; y «Pacífico» lo denominó Magallanes en 1520, porque al salir del estrecho austral, borrascoso y fiero para el navegante, encontróle en calma, como se halla ahora, reflejando en sus aguas dormidas el infinito del cielo.

El mar, «camino que anda», representa con su eterno movimiento el alma en perpetua agitación. La calma, el enojo, la fiereza, se amplifican entre sus horizontes. Bajeles y riquezas cruzan su superficie; monstruos y vegetaciones se revuelven en sus profundidades. Por encima de él cruzan las tormentas de la ambición, y debajo de él pululan los amores y los combates de los cetáceos. Sopla el huracán, el torbellino de los vientos, la tromba y el rayo se desencadenan contra el Océano, y el gigante indignado, pretende buscarlos en la elevada región del firmamento. Torna la calma, y sol, luna y estrellas se miran en su superficie, cual el alma en otra alma amada. Sus olas no arrancan ni una vegetación á la quilla

de las naves, ni una pluma al ala blanca del albatros. No sé si eres más grande ¡oh mar! cuando caos de aguas ó cuando cielo convertido en pavimento. ¡Tan imponente me pareces cuando empujando escuadrones de nubes revueltas y rompiendo cadenas de olas, sacudidas por la mano invisible del huracán, como dulce y solemne cuando me deslizo entre dos cielos, con estrellas bajo las plantas y estrellas sobre la cabeza!

---

## CAPÍTULO II

ARICA.— CATACLISMOS.— TACNA.— FERROCARRIL AMERICANO DEL SUD

La capital de la provincia de Arica es San Marcos: [1] ciudad antigua, de calles angostas, y hoy puerto mayor del Perú. En 1605 la arruinó un terremoto; en 1680 fué saqueada por el pirata Dampier; el 13 de Agosto de 1868, quedó otra vez reducida á escombros. El clima es malsano, porque reinan endémicamente fiebres intermitentes y pútridas, á las cuales se adjudica como causa las emanaciones del gran gramadal del Norte.

La parte del globo más castigada por los terremotos, ha sido, indudablemente, la comprendida entre el Mediterráneo y comarcas vecinas, el Asia Menor, el Cáucaso,

[1] Véase la *Geografia del Perú*, de Paz Soldán.

el mar Caspio y las montañas de Persia, ligándose, según Zurcher, Margolli y Campano, á la región volcánica del Asia Central, cuyo foco alimentador debe residir en los alrededores del lago Baikal. «Así, pues, se ve, dice un geógrafo, que una gran parte del continente asiático, está sujeta á los terremotos; mientras que el Africa, exceptuadas las costas berberiscas y del mar Rojo, se encuentra libre de ellos. En cuanto á la América, la cadena de los Andes, los países situados al Oeste de la misma, las costas del Golfo Mejicano y las Antillas, son las verdaderamente expuestas».

Los terremotos son producidos por la dilatación de gases debajo de la corteza terrestre. El enfriamiento de las capas inferiores los engendra y desarrolla, hasta que, elevándose, en virtud de su poca densidad, tienden constantemente á atravesar las capas superiores de la tierra. Un sabio geólogo inglés, Mr. Mallet, achaca los movimientos internos del globo á erupciones submarinas, que dando paso al agua por los conductos subterráneos hasta la superficie ígnea de la lava, producen las explosiones.

Su repercusión, en diversos sentidos, forma los terremotos. Poulett Scrope expone otra teoría. «Al recibir, dice, un exceso de calor del foco inferior, las masas minerales, profundamente situadas, aumentan súbitamente de temperatura, y producen, al dilatarse, desgarramientos sucesivos en las rocas adyacentes, ocasionando, al mismo tiempo, pulsaciones ondulatorias». Monsieur Danbrée, sabio catedrático del Museo de Historia Natural de París, admite que las aguas, meteóricas, como las oceanenses, no solamente penetran en las cálidas regiones subterráneas por extensas hendiduras, sino también por una lenta infiltración, resultante de la porosidad y capilaridad de las rocas. Alguien opina que los terremotos son grandes tempestades subterráneas, resultantes del choque de electricidades opuestas; mientras que otros los suponen ocasionados por la acción lunar sobre las masas líquidas de todo género que cubren una parte de la superficie del planeta, y que ocupan un gran espacio de su seno.

Los temblores se dividen en «verticales», «horizontales» y «ondulatorios». Los pri-

meros hunden ó elevan el terreno; los segundos lo mecen ó zarandean; los terceros, combinados con los primeros, revuelven, cual tromba marina, el agua del Océano, lagos, plantaciones, edificios, murallas y colinas, llevando á las alturas lo que está debajo, y arrojando al llano lo que ocupa la eminencia.

Los terremotos mayores que registra la historia en sus anales, son el que en 1476 sepultó la ciudad del Callao, con todos sus habitantes (más de cuatro mil), entre las aguas del mar, lanzando un gran navío sobre la carretera de Lima, á diez y seis metros de altura sobre el nivel del Pacífico; el de 1672 en la Jamaica, que en tres minutos cubrió con una capa de agua de diez metros de altura, más de dos mil quinientos de extensión, transportando algunos buques desde la rada al centro de la ciudad, entre ellos la fragata *Swan,* que fué á parar sobre el tejado de una casa; el de Lisboa en 1775, que causó la muerte de treinta mil habitantes, y la ruina de gran parte del caserío, siendo devorados el resto por el incendio subsiguiente; el de Calabria en 1783, que

trastornó una superficie de sesenta leguas cuadradas, destruyendo trescientas veinte poblaciones; el de Chile en 1794 [1], que se sintió en una extensión de *cincuenta mil* leguas cuadradas aproximativamente; el de 1822 en el mismo país, que elevó más de cincuenta leguas de costa, siendo esta elevación de un metro, cuando menos, en los puertos de Quintero y Valparaíso, y más considerable aun en el interior, en unas trece mil leguas cuadradas; y por último el del Perú y Ecuador en 1868, que sepultó ciudades, cambió el aspecto de dilatadas comarcas, é hizo brotar lagos sulfurosos. El autor que consulto, no menciona el cataclismo que destruyó á Pompeya, Herculano y Estabias, en el año 79 de la era cristiana, y causó la muerte del naturalista Plinio; el de Palermo; los de Centro América y Ecuador; el del archipiélago de Sonda, ocurrido hace poco; y el terremoto de Mendoza, acaecido el 21 de Marzo de 1861, que abrió ines-

[1] Refiriéndose á uno de los grandes temblores acaecidos en Chile, dice un cronista antiguo que «fué tal el empuje que trajo, que obligó á muchas personas á libertarse de los fuertes lazos del amor torpe».

perada tumba á más de doce mil personas.

Todos los cataclismos que han atormentado la costa del Perú, han sido terribles. Una plegaria de sus antiguos pobladores, conservada por la tradición, así lo demuestra. «¡Temblor! ¡no me lleves la carne!» es una súplica que expresa el último grado del terror.

Ignoro con cuál de esos terremotos está relacionada la historia de Ayarucho, que se refiere al origen del imperio de los Incas. La crónica relata que al desaparecer [1] las aguas del Diluvio, salieron de «Pacaritamba (posada que amanece), cuatro hermanos llamados Ayarmanco, Ayarcachi, Ayarucho y Ayarsanca, y sus respectivas mujeres, vestidos con ricas mantas y camisetas, llevando mucho servicio de oro, y

[1] Un estudio prolijo de las tradiciones peruanas, sería acogido con reconocimiento por los hombres curiosos, y daría lustre á las letras americanas. Hasta la fecha no lo ha intentado sino el escritor limeño don Ricardo Palma; pero sus trabajos se refieren sólo á la época colonial. Entre las tradiciones indígenas, se conserva una que recuerda el asunto de la Atala de Chateaubriand, narrada sencilla y elegantemente por el historiador Lorente. «La hermosa Cignar, hija de un cacique, prendada de Guayanay, prisionero de su padre, puso en manos de aquél un hacha, con la que él se libertó de los guerreros que le custodiaban. Los dos amantes se refugiaron en una isla, construyeron una cabaña en una llanura florida, y tuvieron numerosa descendencia».

mostrándose como señores de la tierra. Ayarucho, que era el mayor de estos hermanos, tenía una honda de oro, con la que tiraba piedras, que llegaban hasta las nubes y derribaban cerros. Sus hermanos, envidiosos de tanto poder, le hicieron entrar con engaño en una cueva, cuya boca cerraron inmediatamente con peñascos. Pero en aquel momento se estremecieron los Andes, y principiaron á desplomarse altísimos cerros. Asustados los fratricidas, huyeron á Tamboquiro».

Las personas ignorantes se explican los fenómenos naturales por medio de la fábula, ó los reputan en todo caso manifestaciones de la cólera divina. Pero las retortas del gran elaboratorio del universo, y la química del planeta, no son instrumentos manejables por el hombre, ni tampoco las armas de que Dios se vale para castigarlo á cada momento.

El terremoto de 1868, que arruinó á Arica, tuvo lugar á las cinco y media de la tarde. El mar empezó por escupir á gran distancia de la playa de arena, una fragata y un vapor de grueso porte; y luego, con

inmensa lengua cubierta de espumas, lamió la ciudad de San Marcos.

Las aguas se retiraron en masa compacta, y quebradas y subdivididas en olas, que saltaban como tigres famélicos, volvieron á despedazar los carcomidos cimientos. La irritación del mar tiene el carácter de un rencor omnipotente.

Refieren los habitantes de Arica, que súbitamente se sintieron derribados como por puñadas de invisibles manos, y que al levantarse del suelo, parecía que la tierra, semejante á un monstruo imprudentemente despertado, tratara de arrojarse sobre el firmamento, lanzando rugidos espantosos. Algunas personas, no pudiendo darse cuenta de lo que ocurría, «¿eh?» preguntaron gruñendo al misterioso enemigo; y á éste «¿quién eres tú?» ó «¿por qué me hieres?» del asombro y del enojo, respondió ¡temblor! la voz desesperada de un pueblo agonizante.

Las ruinas de Arica, circundadas de cerros arenosos y de huertas de frutales y de legumbres raquíticas, recuerdan los cuadros de Palestina, iluminados con tintas

verdoso-amarillentas, que se venden en las agencias de la Sociedad Bíblica de Londres.

La cima nevada del Tacora, pico volcánico de Bolivia, de más de siete mil pies de elevación, asoma en lontananza. Aquella venerable y blanca cabeza, contrasta con el aspecto adusto de las negras cúpulas de la cadena de los Andes, que en el primero y segundo término del cuadro, rodean al Tacora, como rodeaban á los patriarcas antiguos las compactas y abigarradas muchedumbres de las tribus hebreas.

Un camino de hierro [1] que se extiende por la playa y el costado de las chacras, conduce á la ciudad de Tacna. Esta vía es la salvación de los que, de tránsito para Bolivia, ó en viaje para Tacna, alojan en un hotel pomposamente denominado del *Universo,* pero que debería llamarse del mundo invisible. El sanguinario Broussais y sus secuaces, no han derramado tanta sangre de enfermos, como de sanos han chupado en aquella posta de la muerte los pequeños vampiros.

[1] Empezado en 1851 y terminado en 1854. Mide treinta y nueve millas.

Los americanos que recorren la América, tienen de común con el gato el cariño por el lugar en que nacieron. Uno de sus ojos, ojo de Heráclito, ve al través de lágrimas todos los pueblos que no son el suyo; el otro, ojo de Demócrito, ve al través de sonrisas todo lo que á su país pertenece, desde el jigote de la mesa hasta el campo de abrojos. La nostalgia que los domina, y que raras veces es la del genio, extiende el amarillento velo de la ictericia sobre los lugares que visitan. Confieso que he desertado de sus banderas. Por más que ame mis pampas, mi hermoso río, mi ciudad y mi hogar, siempre contemplo con ojos desprevenidos lo que encuentro en mi camino de viajero de las montañas y soledades de América. Todo lo bello me sorprende ó fascina, y me arranca palabras justicieras.

A mi derecha, en el corre del ferrocarril, llevaba un compañero que se sorprendió del alborozo con que le señalé, al caer la tarde, en las inmediaciones de Tacna, el fresco paisaje dominado por la cima helada del Tacora, cubierta en ese momento por una nubecilla blanca. El,

hombre de arenales y llanuras, creyó que cometería un delito de infidelidad, saludando aquel magnífico cuadro y la nube que lo coronaba, último y helado aliento del día, que se condensaba en las alturas, para incorporarse inmediatamente á la eterna nieve de los Andes.

Las cañas de azúcar, los plátanos, los granados y los algodoneros mecidos por el aura de la tarde, parecían inclinarse para dar la bienvenida á los viajeros que entraban en Tacna, y que fueron recibidos en la estación por un numeroso grupo de indios, grandes y pequeños, que se disputaron los equipajes y los abrigos, que en el brazo llevaban los asustadizos de las tercianas.

Tacna, sencilla, aseada y bulliciosa población, lugar de tránsito para los pasajeros bolivianos, y centro comercial de la Paz, entregada en ese día, 2 de Mayo, á la celebración del aniversario del bombardeo del Callao, me recordó los barrios antiguos de la ciudad de Montevideo. Algunas calles angostas dan á conocer el origen morisco-hispano de los primitivos pobladores, revelado á las claras por la arquitectura de

las casas y las celosías de los balcones.

Los hoteles, holgados, limpios y concurridos; el teatro, sencillo pero cómodo, las tiendas y almacenes, lujosos y provistos, la alameda, estrecha pero bien plantada de álamos y sauces, la inmigración extranjera, y el aseo y compostura de los naturales, preconizan cultura, progreso y cierto grado de riqueza.

El ir y venir de los indios, que charlan y charlan sin cesar; las indias con sus trajes nacionales y sus hijuelos cargados á la espalda; el incesante rodar de carros y coches, y los vendedores de sabrosas frutas y bellísimas flores, imprimen á Tacna un sello particular, que se viene á la memoria con frecuencia después de abandonarla.

Desde la alameda, son visibles el Tacora y los caminos de Torata, Sama y Moquegua. Hacia el Norte empiezan los huertos y las campiñas atravesadas por un río, que dos veces á la semana, [1] cuando á la ciudad

[1] Los indios llaman *mita* á la servidumbre del agua, que se les reparte por horas, como á todos los moradores de Tacna. Las indias, cuando las necesidades de sus plantíos lo requieren, luego que se les ha vencido el plazo, sustraen agua al vecino, formando taco con el propio cuerpo en las acequias. Por este medio, que no da lugar á cabeza de proceso, desvían la corriente en su provecho.

le llega el turno, pasa por ella á darle lo que á otros puntos acaba de repartir. El pino, el chirimoyo, el granado y el naranjo, ostentan en los alrededores de Tacna una lozanía tropical. A sus plantas, cual amigos de confianza, hermosas rosas de Alejandría, vistosos cactus, cedrones y algodoneros, exponen sus flores, tan diversas en colores como en formas, tan bellas como perfumadas, aguardando, sin esperanza, en aquel certamen de la naturaleza, que alguien conceda la palma á las unas sobre las otras.

Mi guía ponía mucho empeño en hacerme oir la quena; pero desgraciadamente, según me dijo, había sido prohibida por la policía. «Cuando el indio la toca ó la escucha, agregó, se apega á ese instrumento, y se desapega de la autoridad». Me explico ambas cosas, porque siempre he creído que la música de la quena, como el baile de los africanos, formado por movimientos de personas que, arrastrando cadenas tratan de romperlas, son reveladores del infortunio de razas esclavas, que se quejan incesantemente de sus implacables opresores. El indio debe tornarse huraño y fiero, cuando la flauta de

sus padres evoca ante sus ojos la imagen de su pasada grandeza, ahogada en las ondas rumorosas de la laguna de Manco-Capac y Mama Oello.

La ciudad de Tacna, además de ser un centro comercial de mucha importancia, es también un centro social, culto y hospitalario. Su población era mayor antes que la fiebre amarilla, reinante en 1869, alejara algunas familias.

Contemplando el nevado Tacora, bañado por la pálida luz de la luna, mi imaginación de viajero recorría la hermosa tierra escondida entre las montañas, en que asienta su planta el coloso, y pensaba que la mayor parte de sus productos yacían sepultados en las minas, las yungas y las selvas, esperando que la industria los arrastrara hasta las riberas del mar lejano.

Bolivia es la tierra del cobre y el hierro, del oro y la plata, del carbón y el salitre, del café y el cacao, del algodón y la caña de azúcar, de la cochinilla y la quina.

Rica como una reina del Asia, sus verjeles contienen las flores de los trópicos y los frutos del Paraíso terrenal.

Meditaba en su fuerza inerte, en su riqueza estéril, mientras el pueblo de Tacna, entregado al regocijo, cantaba himnos patrióticos, cuando una voz amiga, acertando á dar forma á mis pensamientos, vino á revelarme un proyecto grandioso.

Trátase de ligar las orillas del Plata con Bolivia y el Perú, por medio de un ferrocarril interoceánico, denominado «Americano del Sud», que partiendo del Rosario, en el río Paraná, recorra un espacio de trescientas veinte leguas hasta la Quiaca, en la frontera argentina, ciento noventa desde la Quiaca á la Paz, y ciento treinta desde la Paz hasta el mar Pacífico, en el puerto de Mollendo.

De esta línea de seiscientas cuarenta leguas de longitud, están en construcción ochenta y cinco de Mollendo á Puno, y ciento noventa y dos del Rosario á Tucumán.

El camino debe atravesar territorios de diversas zonas, sanos y poblados, sin indios en el plano, ni nieve en las alturas; recorrer las regiones carboníferas de las planicies altas; ser único canal de comu-

nicación y comercio para dos millones de hombres; conducir millares de inmigrantes á Bolivia, dar salida á los productos de Puno y del Cuzco; traer á los mercados del Plata las riquezas de la parte más rica del Pacífico, y estrechar con vínculos inquebrantables tres importantes secciones de la América que fué española, realizando, por medio de la industria, la alianza salvadora rechazada por una política miope.

Los niveles de la altiplanicie boliviana no presentan dificultades. Los puntos más elevados de la vía serían la plaza de Potosí, situada á cuatro mil ciento diez y seis metros sobre el nivel del mar, y la plaza de la Paz, que se halla á los cuatro mil ciento ochenta y nueve metros sobre la superficie del Pacífico.

Como se debe aprovechar la navegación del lago Poopó y el ferrocarril del Cuzco á Mollendo, la extensión del «Americano del Sud» disminuiríase en ciento cuarenta leguas, y el valor de la línea en veinte millones de pesos fuertes.

El costo del camino del Rosario de Santa

Fe á la Paz de Bolivia, ha sido calculado por el iniciador del pensamiento, que es el uruguayo don Eduardo de las Carreras, en cincuenta y cinco millones de pesos fuertes, de los cuales corresponderán veinticinco á la parte argentina y treinta á la parte boliviana.

Construído el ferrocarril de San Francisco, roturado el istmo de Suez, perforados los Alpes, terminado el camino de la Oroya, en vía de abrirse el istmo de Panamá, ¿por qué no ha de realizarse esta obra aconsejada por los intereses políticos y económicos de tres naciones? ¿por qué no hemos de ver á Buenos Aires convertido en el último punto de un plano inclinado, por el cual descenderán al Atlántico las riquezas del Perú y Bolivia?

El ferrocarril del Pacífico va á cambiar los rumbos comerciales de tres pueblos hermanos, derramando en los mercados del Plata, los imponderables tesoros de los valles ignorados, de las minas desconocidas y de las selvas vírgenes de los Andes.

Aquellos que en el momento presente se hallan entregados á las rudas labores de

la guerra, favorecidos mañana por la paz, se consagrarán con ahinco á esta tarea, ruda también, pero fecunda, recordando que todo afán tiene su corona.

El labrador que cultiva la tierra volcánica de Nápoles, á pesar de la lava y de las cenizas del Vesubio, que á cada momento cubren sus vides, esprime los racimos y llena sus ánforas de vino generoso.

La anarquía no ha de ser más poderosa que la erupción del volcán, ni ha de conseguir ahogar, siquiera momentáneamente, las ideas y las empresas, llamadas á engrandecer los pueblos, que ha tratado de amarrar como bueyes de labor al carro de sus conquistas.

¡Elevemos el corazón al que concedió todos los dones de la naturaleza al Perú y Bolivia, y después de pedirle que les conserve, como el mejor, su gloriosa independencia, hagamos votos porque el ferrocarril Americano del Sud, estreche con brazos de hierro la pampa y las montañas, el mar Atlántico y la cordillera de los Andes!

---

# CAPÍTULO III

MOLLENDO. — CAMINO DE HIERRO DE AREQUIPA.
PAMPA DE ISLAY. — MÉDANOS.
EL MISTI. — AREQUIPA. — TIPOS. — GANADOS.
CACERÍAS. — EL CUZCO. — RUINAS.

El puerto de Mollendo, situado entre los de Islay é Ilo, fué declarado principal, por ser el punto de partida del ferrocarril de Arequipa. El pueblo, agrupado en una roca inmensa y árida, no pasa de un puñado de casas endebles. Como el puerto está erizado de escollos, la reventazón de las olas, continuamente agitadas, impide con frecuencia el embarque y desembarque de mercaderías y pasajeros. El mar, manso y sereno á media milla, bravío y turbulento al llegar á la ribera, envuelve, bate y cubre de espuma la roca de Mollendo. El Pacífico es la imagen verdadera de las pasiones; hermoso,

mirado á la distancia; terrible, contemplado de cerca.

Á pocos pasos del desembarcadero, se encuentra la primera estación de la vía férrea, [1] cuya extensión es de ciento siete millas. El antiguo camino de herradura, mide, de Mollendo á Arequipa, treinta leguas de longitud. Los viajeros empleaban veinticuatro horas en recorrerlo. En este camino estaba comprendida la travesía de la llanura de Islay, cubierta de médanos de arena, entre los cuales era fácil perder el rumbo y el tino, lo que, en lenguaje del país, se llama *empamparse*.

El costado de la playa entre Mollendo, Mejía y Ensenada, es plano y arenoso. Todavía es perceptible la señal que dejó la mar en el desbordamiento ocurrido el 13 de Agosto de 1868. Las aguas invadieron como dos millas y ascendieron á una gran altura.

De trecho en trecho se encuentran gran-

[1] Consúltense respecto á esta obra los libros siguientes: *Ferrocarril de Arequipa*, de Bolivar Camacho; *Ferrocarriles del Perú, Descripción de la inauguración*, de Urizar Garfias; *Viaje de Lima á Arequipa*, por Larrabure y Unánue. El trabajo, decretado por el general Canceco y realizado durante el Gobierno de Balta, ha importado doce millones de soles. El contratista fué don Enrique Meiggs. Los ingenieros Blance y Echegaray dirigieron la obra.

des aglomeraciones de tierra blanquecina. Los naturales la suponen ceniza volcánica, pero en realidad es una espectatita que cubre casi todos los cerros inmediatos. El cloro del aire del mar la descompone, y el viento la arrastra después de desprendida. Esta tierra se parece á la caulina, que se emplea en la fabricación de porcelanas; pero carece de la parte plástica, necesaria para ese uso, que puede suplírsele con alúmino. [1]

Las dificultades del camino empiezan en Tambo, continúan en Posco y terminan en Cachendo. La gradiente es de cuatro y medio por ciento. El corte colosal de la cuesta del Cahuintala, formada por un archipiélago de cerros, franquea el paso á la locomotora, hasta la pampa de Cachendo. Todas las quebradas han sido niveladas con la piedra desprendida de las montañas.

Las estaciones de la pampa, Huagri, la Joya, San José y Víctor, están edificadas sobre la seca y cálida arena de Islay. En el lugar llamado Quishiruaní, se presen-

[1] Noticias del señor don Gualberto Valdivia.

tan nuevas barreras de piedra. El corte del Huasamayo, y una gradiente de cuatro por ciento, vuelven á abismar al ya asombrado viajero. Cuando el tren ha dejado á su espalda las estaciones de Uchumayo y Tingo, y penetra en el valle de Arequipa, se encuentra á dos mil trescientos veintinueve metros sobre el nivel del Océano.

Una fila de osamentas de animales, esparcidas en ambas veras del camino, advierte la inclemencia de esa región. El sacrificio de los obreros del progreso ha sido señalado con cruces, que recuerdan las peregrinaciones de la Meca. Aquellos sitios son una verdadera necrópolis del trabajo.

Un canal de agua dulce [1] sacado del río Chilli, en la altura de Uchumayo, provee á las locomotoras en las estaciones pampeanas.

Algunos grupos de naranjos y plátanos, deleitan la vista del viajero hasta la estación de Tambo.

La bruma del mar ciñe, como larga é

[1] Ha costado 1.800,000 soles, y suministra á Mollendo 350,000 galones de agua diariamente.

interminable banda de azulada gasa, el confín de la derecha. La transparencia vaporosa de este velo, contrasta con las macizas, obscuras, abruptas, salvajes montañas de la izquierda.

Al empezar la cuesta del Cahuintala, Calvario del progreso industrial en América, hay algunas canteras, en las que algunos picapedreros labran sillares. La piedra es una especie de trachite descompuesto, semejante al que se encuentra en la falda del Misti.

Al salir de Cachendo, aparece la trinidad imponente del sistema peruano: el Chachaní, á la derecha, el Misti en el centro, y el Pichu-Pichu á la izquierda. Las cúpulas centrales de los dos satélites del coloso, [1] miden, desde su base, dos mil seiscientos noventa y nueve metros. El reposado volcán, gigante de venerable y cana frente, está, según Peutland, en una posición astronómica que corresponde á los 16°, 17′ de latitud Sur, y á los 83°, 46′ y 22″ de longi-

[1] Véase la *Geografía* de Paz Soldán, *El Manual de Bañantes de Jura,* de don Juan Gualberto Valdivia, y el *Anuario Nacional* de Leubel.

tud occidental de París. Su nevado vértice domina sobre el nivel de Arequipa, una elevación de tres mil doscientos setenta y un metros. Hasta la fecha, nadie ha puesto el pie en la cumbre del truncado cono. El *soroche,* que es una enfermedad producida por la rarefacción del aire; el *surumpi,* que consiste en una inflamación de los ojos, que termina regularmente con la ceguera, ocasionada por el vivísimo reflejo de la nieve de los flancos de la montaña, y las escarpaduras y las rocas talladas á pico de la parte superior, han cerrado el paso á los exploradores, menos animosos que los compañeros de Cortés, que escalaron el Popocatepell, «para descubrir el secreto del humo», y poner pavor con su audacia en el ánimo de los indígenas. [1]

El Misti inmóvil, forma espléndido contraste con la movible pampa de Islay. [2] «Los médanos, dice Bolívar Camacho, nacen, cre-

[1] Los mejicanos contemplaron en estos hombres audaces, seres superiores, pues los vieron escapar ilesos de la mansión de sus malos jefes, aprisionados y tostados en el Popocatepell, según constaba de una supersticiosa conseja.

[2] Véase el poema pentasílabo del distinguido literato Juan de Arona, titulado *Los Médanos*, y las descripciones de don Mariano Felipe Paz Soldán, Miller y Schudy.

cen, andan, viajan y van á morir en la montaña. Nadie sabe cuando nace el médano, ni el sitio en que termina su carrera lenta, pero jamás interrumpida, porque como Jesús el Mago, anda, anda siempre. Supongo que al primer grano de arena se unió otro, y más tarde vino un tercero, y luego llegó el cuarto, por virtud de la fuerza de asimilación y unidad, que la naturaleza tiene con tanta igualdad distribuída en todo su imperio. Efectuada esta lenta acumulación, se forma una especie de montecillo de figura de media luna, la más natural en la formación de su marcha, porque el viento tiende á aglomerar la arena en el centro, peinando los extremos. Los cuernos de la media luna, están vueltos hacia el mismo punto; todas las espaldas de estos gnomos del desierto, dan hacia el mar, de cuyo seno salieron».

Las ondulaciones del desierto, y estos islotes movibles (los médanos), brillan heridos por el sol, como si estuvieran formados por grandes aglomeraciones de polvos de cristal. Uno que otro médano se inclina hacia la vía férrea, donde lo aguarda el

hombre para decirle: «de aquí no pasarás». El riel es la barrera que el obrero ha puesto al mar de arena del desierto.

La locomotora deja echada en la pampa la caravana de médanos, y penetra en el pequeño oasis de Víctor, mercado de uvas, higos, maíz y ají. Un grupo de mujeres la rodea, mientras ella apaga su sed, y detenida momentáneamente, piafa como un corcel árabe, ávida al parecer de lanzarse á la cuesta de Huasamayo, dividida por el brazo hercúleo del hombre de los Andes.

Debajo de una piedra, socavada en el centro y saliente en el extremo superior, se esconde el caminero, especie de incrustación humana en la roca viva. Delata su existencia, la banderola roja, clavada en un montón de gruesos guijarros. La garita ó el cancel del guarda, ostenta, en la parte superior, elevados cactus, de troncos delgados y ramas bifurcadas á la manera de los cirios en el candelero tenebrario.

En el fondo de las quebradas, una que otra pirca señala los lugares ocupados por los campamentos de los peones.

El río Chillí se despeña impetuosamente á la izquierda del corte, y al salir de Huasamayo.

*Chirí* ó *Chillí,* equivale en la lengua quichua á «región fría». Un camino que le costea, llámase *chilina,* corrupción de la *chirimán,* que en nuestro idioma quiere decir «camino de la región fría». Los naturales llaman *chilles* á los metales fríos. Está casi averiguado que ese camino fué el que siguió, hasta las riberas del Maule, el Inca Yupanqui, conquistador de Chile, detenido en este último punto por la indomable fiereza de los araucanos.

Don Manuel Vicuña, vecino de la ciudad de Arequipa, y constructor de una parte del camino de esa ciudad á Puno, observa que el nombre de Chile debe derivarse de la palabra *chirí* ó *chillí,* y creo bien fundada su pretensión.

Cuando el tren llega á Quishuarani, un vallecito precioso, cubierto de higueras y guayabos, explica prácticamente la abundancia de vendedores de frutas en la estación. Por entre los árboles asoman muchas y blancas cabañas, de techos cónicos, cons-

truídas á la usanza de las primitivas del imperio peruano.

Dos cerrillos, color de rosa el uno, blanquizco el otro, parecen los estribos de un arco derribado, y preceden á la entrada de la aldea de Uchumayo. En el fondo del valle descansan las cenizas de muchos obreros chilenos. Un cementerio rodeado de sauces, tumbas sobre las cuales extiende sus brazos la cruz, aves que cantan melancólicamente desde la cerca, pobreza, humildad, cierta luz de celeste gloria...

Ahora descúbrese el espléndido valle de Arequipa, tan fecundo como la Sicilia, el antiguo granero de Roma. El cauce del río Chillí, que corta el valle, es la aorta del corazón de Arequipa. Las acequias que lo sangran, riegan y fertilizan sus plantaciones. Corpulento el árbol, verdes los oteros, bien labrada la tierra, plantas y almácigas, ostentan á competencia su hermosura y su fecundidad. Se diría que Dios envió las semillas de la tierra de promisión, á aquel valle de dobles cosechas, del ciento por uno, pletórico de savia.

El Misti lo contempla como petrificado de

asombro. La calma y el silencio que rodean al volcán, magnifican su grandeza. La mudez del Misti es más imponente, que el ruido que formaban los herreros de Vulcano en las cavernas del Etna, ó que el hervor de la lava que salpica la campiña napolitana. Un surco, formado por la torrentera, abierta por las lluvias y las nieves derretidas, acentúa la fisonomía adusta del coloso. El sol corona con diadema de fuego al gran dominador de los Andes y del valle de Arequipa. *Mestizo* (Misti) lo llamaron en el expresivo lenguaje quichua, porque lo cubre la vegetación de las costas y la vegetación de las punas. La naturaleza le ha tejido un manto, en el cual repartió las mejores partes de su propia vestidura. Si algún día desaparecieran los pueblos que hoy lo admiran, el Misti quedaría en pie, como monumento fúnebre, para decir á las nuevas gentes, con más verdad que los sepulcros de los Faraones: «¡Yo soy trono de la eternidad: desde esta cumbre os contemplan los siglos que pasaron, sepultando razas, tribus y generaciones!» ¡Salud al dominador del valle de dobles cosechas,

del ciento por uno, del valle de Arequipa!

... Parecen mucho más reducidas de lo que en realidad son, las aldeas Congata, Tiabaya, Tingo y Sachaca (que escapó ilesa del último terremoto) si se las contempla en detalle, después de haber abarcado el conjunto del valle y admirado los imponentes perfiles del Misti.

Arequipa con sus glorias y sus desgracias, maltratada por los cataclismos en la misma falda del volcán, y el Cuzco con su antiguo esplendor y su decadencia presente, es lo único grande que á los ojos y á la imaginación puede presentarse, después de contemplar, desde las márgenes del Chillí, las torres cuarteadas de la primera ciudad y la estación del ferrocarril que va á llegar á las orillas del lago Titicaca.

La entrada de Arequipa trae á la memoria los pueblos de Oriente. De la misma manera, en el Cairo y Constantinopla asedia el fellah al viajero con súplicas y monturas.

La palabra Arequipa está formada por dos voces quichuas, *arí* y *quepay,* «sí, quedaos», que fueron la respuesta que el Inca

Maita-Capac, su poblador, dió al regresar de una campaña, á los soldados que, sorprendidos por la belleza del valle, quisieron detenerse á reposar. Los españoles ocuparon las chozas de los indígenas, próximas á la torrentera ó *lloclla* de San Lázaro. Estos buenos señores pidieron permiso á don Francisco Pizarro en 1539 [1] para fundar una villa, á lo cual accedió, encomendando la empresa á Pedro de Anzures.

Arequipa ha sido arruinada en trece ocasiones. [2]

Una tradición, referida por boca del Obispo Montenegro, asegura que el apóstol Santo Tomás estuvo en Arequipa, y que en esa época, muy anterior al cataclismo de Pompeya, acaecido durante el reinado de Nerón, descrito por Plinio el Joven, el Misti arrojaba lavas. Se supone que la trachite descompuesta, que todavía se encuentra y emplea en los edificios, fué formada por los despojos de esa erupción. El terremoto de 1868, que puso en actividad el

[1] Noticias de don Juan Gualberto Valdivia.

[2] En 1582, 1600, 1603, 1609, 1613, 1666, 1668, 1687, 1715, 1784, 1812 1821 y 1868.

Ubinas, apenas arrancó al Misti un poderoso mugido, proporcionado al pulmón y á la boca del coloso; pero el sacudimiento derribó la parte superior de todos los edificios, resquebrajó la «Compañía», edificada en el siglo XVI, cuarteó el ábside de la dórica y bella Catedral, conmovió los machones de San Francisco, y no dejó en los demás templos, estribo ni torre que no redujera á polvo. Hasta los meandros churriguerescos, esculpidos en los macizos frontones, se desenlazaron y esparcieron por el suelo.

La antigua Catedral de Arequipa, construída en la época de Carlos V, se quemó en 1844. Lucas Poblete, alarife de Arequipa, la reedificó, siendo de notar que este albañil no sabe leer; y es de admirar que no le pervirtiesen el gusto los modelos de la decadencia del arte español, debidos á Rivera y Churriguera, de que hay tantos ejemplares en Arequipa. Poblete fué dirigido por el señor Valdivia, dignísimo Deán de aquella Catedral.

El terreno volcánico de Arequipa y los pueblos de los alrededores, está lleno de

vertientes muy celebradas por sus virtudes medicinales. Jura y Jesús son los baños más recomendados.

Un dicho popular expresa con elocuencia el carácter de los hijos de Arequipa, cuna de muchos de los mejores pensadores peruanos: «Lima ríe, la Sierra llora, Arequipa piensa».

Los colegios de San Agustín y San Marcos, han disfrutado, y disfrutan, de una bien probada nombradía.

En las primeras horas de la mañana cruzan las calles de Arequipa los indios arrieros, que conducen de la sierra lanas, metales y cereales. El animal que emplean para carga es la llama, clasificada como sus congéneres la vicuña, el huanaco y la alpaca, de «camello americano».

Los Incas destinaban los machos de esta familia á los sacrificios del Sol. Su lana y la del huanaco, era empleada en tejidos groseros. Los vellones de la vicuña y de la alpaca, pertenecían á los reyes y curacas. Las vírgenes del Sol tejían las ropas del Inca, tan primorosamente que, según lo aseguran los cronistas, Felipe II usó en su cama

alguna de las mantas ó cobertores enviados á España por Pizarro.

Existe otra variedad de la familia del *auchenia* de los naturalistas, obtenida por el cruzamiento de la alpaca con la vicuña, llamada vulgarmente *pacovicuña.*

La llama, á pesar de que no puede soportar mucho peso, es por su frugalidad y resistencia, el animal más apropiado para carguíos en los lugares montañosos. El manso y humilde cuadrúpedo, pasa días enteros sin comer ni beber. La llama sufre todo, menos que le echen encima más peso del que puede ó quiere llevar; si se la carga demasiado, no hay fuerza humana que la haga caminar; se echa en el suelo y espera que la aligeren ó la maten.

Muy curiosa era la legislación de los Incas respecto de la llama y de la alpaca, especies domésticas del *auchenia;* pero más curiosa era todavía la manera de cazar la vicuña y el huanaco, especies silvestres de esta familia. Formaban con este fin un medio arco de cuerda, y le ponían de trecho en trecho jirones de telas de colores vivos. En seguida, más de cincuenta mil personas

formaban el otro medio arco para completar el círculo; y echándose á andar, estrechaban los animales comprendidos entre las cuerdas y los individuos. Los espantajos detenían á los tímidos cuadrúpedos, y entonces los mataban ó esquilaban. Llamaban *chaco* á esta cacería. Todavía se valen los naturales de un procedimiento semejante, para coger ánades y gansos en las lagunas. Les forman círculos con canoas, y estrechándoles, los arrojan á la orilla, donde los cazadores los matan á palos.

Los indios que frecuentan la ciudad de Arequipa, se cubren las piernas con un calzón corto, y la cabeza con sombreros de paja ó fieltro. Las mujeres, sumamente laboriosas, visten un faldellín estrecho, llamado *anaco,* acinturado con una faja de colores, de la cual suspenden una pequeña bolsa que contiene la *puchicana* y la coca. Llevan el cuerpo cubierto con una manta de vara y cuarta por costado, denominada *lliclla,* prendida en el pecho con el *topo,* cucharilla de oro, plata ó cobre, de paleta larga, redonda y puntiaguda; y usan en la cabeza, una *montera* que llaman *pana,* y que,

según Paz Soldán, es una especie de sombrero de dos hojas semicircular. Les he visto usar también grandes y caprichosos sombreros, cuyas alas formaban sombra al niño que conducían á la espalda, sujeto por medio de una faja cruzada sobre el pecho.

Estos trajes, salvo el género, discrepan poco, en cuanto á forma, con los que usaban antiguamente los indios, como puede verse en las ilustraciones de Rivero y Tschudi. Entre los Incas era señal de servidumbre la carga á la espalda, sin la cual no podían presentárseles sus súbditos. Reputada la mujer entre ellos como ser inferior al hombre, el hijo cargado á la espalda, simbolizaba la servidumbre de la esposa.

Los indios mastican continuamente la hoja de la coca mezclada con cal ó la ceniza alcalina de un arbusto espinoso. Esta preparación, tónica y alimenticia, se llama «llipta». El abuso de ese vegetal, les produce una especie de embriaguez sagrada. Cuando un indio está «cargado», sus compañeros no le molestan, y le dejan vagar sonriente y desatinado.

La excitación nerviosa que origina la

coca, priva al indio del sueño, y le presta una increíble locuacidad, y no menor actividad. La diligencia de los «chasquis», correístas, ha dado nombradía á los expresos oficiales del Perú.

Se cuenta que el Inca comía, cada veinticuatro horas, pescado fresco, cogido en el puerto de Chala, situado á cincuenta leguas del Cuzco.

En la sierra del Perú se toma un postillón de á pie por cada caballo. El indio precede al animal, le adelanta, lo espera echado en el lugar de la muda y lo vuelve á la posta.

El pueblo de «Tía Huanaco» (descansa huanaco), deriva su nombre de este imperativo, con el cual el Inca Yupanqui, sorprendido por la celeridad de un chasqui, le ordenó que se echara á descansar.

Los Collas, originarios de la mesa del Titicaca, el lago de seiscientas leguas de superficie, atraviesan á pie cordilleras y pampas, para ir á vender, á orillas del Plata, el puñado de hierbas medicinales que cargan en las alforjas.

La sombra viajera del indio, proyectada

por la luz en los farellones de la montaña, y los Andes inmóviles que la ven ir y venir, pasar y repasar, reproducen físicamente la alianza del eterno reposo con el eterno movimiento, señalada en un célebre verso de Fontanes.

El indígena del Perú, cual judío emigrante ó ave de paso perseguida, marcha y marcha siempre, como si estuviese condenado, en su perdurable derrota, á huir incesantemente del conquistador blanco.

He nombrado el Cuzco al penetrar en Arequipa, y la ciudad sagrada me reclama un momento de atención.

El pito de la locomotora de Puno, lo nombra también todos los días, al emprender su marcha hacia el lago depositario de la cadena de oro de Huaina-Capac.

El Cuzco, cuna y asiento del imperio de los Incas, «ombligo», en lengua castellana, era el punto por el cual debía recibir la vida el Perú, cual por ese cordón se alimenta el feto en el claustro materno.

La ciudad sagrada fué el centro del unitarismo de los Incas, tan fatal al pueblo que, con el último de ellos, perdió cabeza

y libertad. Del Cuzco partían sus grandes caminos, semejantes á las vías griegas y romanas. Ambos, el uno por la sierra y el otro por la costa, comunicaban la capital con el reino de Quito. El Cuzco fué en política, conquistas, monumentos y arte, la Roma del nuevo mundo.

Del Cuzco se sacó gran parte de los veinte millones de pesos del rescate de Atahualpa, y de los cuatrocientos millones de ducados [1] que produjeron los vasos, adornos machacados por la maza de Pizarro y fundidos por la codicia.

Este acto de vandalismo nos ha privado de ilustrativos estudios sobre el arte peruano, porque los objetos encontrados después, de alfarería la mayor parte, están destituídos de belleza artística é interés histórico.

Los templos y palacios de los Incas, eran los museos del Perú. El santuario del Sol, «inti», edificio de piedras labradas y unidas por procedimientos desconocidos, construído en el «coricancha», ó «barrio de

[1] Tschudi y Rivero.

oro», estaba rodeado de capillas. La nave principal, cuya gran puerta daba al Oriente, tenía en el fondo la imagen del Sol, inmenso reverbero de los rayos del astro, cuando éste asomaba por detrás de las montañas que circundan el valle del Cuzco. La capilla, recamada de plata, pertenecía á la Luna, «quilla», esposa del Sol. En las otras se reverenciaba al trueno y al relámpago, «yalpor», y al arco iris, «chuichi», cuyos colores copiaba el estandarte del monarca.

Había además, dioses históricos y provinciales, «huacas», y domésticos, «conopas:» estos últimos eran semejantes á los lares y penates de los romanos.

El sacerdote, augur como el mejicano, no ejercía la preponderancia de éste, parecida á la del culto de Isis y Horus en Pompeya.

El convento de las vestales del Cuzco, «acllahuasi», competidor en riqueza con los palacios imperiales, no proveía de concubinas al Inca, como pretende Prescott. Las reclusas en los conventos de las demás ciudades, eran las favoritas del soberano. Si alguna de las primeras quebrantaba el

voto de virginidad, se la sepultaba viva. La autora de las *Cartas de una Peruana*, incurre también en error, suponiendo vestal á su heroína Zilia, prometida de Aza, el mejor amado de los mortales, y el menos fiel de los hombres de América.

Todas las casas del Cuzco, aun las de mayor boato, eran muy bajas, porque los peruanos carecían de aparatos y aparejos para levantar las piedras. Las habitaciones no se comunicaban entre sí. Los cronistas antiguos refieren maravillas de los adornos de ellas, como también de los jardines de los edificios públicos, divididos en cuarteles, y cubiertos de plantas, frutas, flores y animales de oro y plata.

Los trabajos de filigrana, y las otras obras de joyería que hoy salen de los talleres del Cuzco, son un pálido reflejo de aquéllos, si se está á la historia.

Han pasado tanta magnificencia y tanto esplendor, y con ellos han desaparecido las posadas del Inca, «tambos», los baños y las casas de juegos, y también un imperio y tres razas, con centenares de tribus, que hablaban doscientos ochenta idiomas, desde

el Istmo de Panamá hasta el Cabo de Hornos.

La ciudad actual del Cuzco ha sido edificada sobre las ruinas de la de Manco Capac y sus sucesores. Las murallas españolas, encaramadas en los macizos y antiguos sillares de los Incas, parecen superfetaciones de mampostería.

El ferrocarril de Puno, no sólo va á llevar al Cuzco y á sus renombrados campos, la vida material. El conducirá también hasta sus ruinas, al curioso viajero, al historiador y al arqueólogo; y ellos, compulsando las crónicas de los pobladores europeos, publicadas desde Cieza de León y Garcilaso hasta Prescott y Tschudi, compararán en el mismo teatro de los sucesos las descripciones con los objetos, la reconstrucción literaria y artística, con la verdad ruinosa pero tangible de las alineadas y estibadas piedras, que han dejado en pie los cataclismos de la tierra y las armas de los conquistadores.

Se refiere que un gnomon colocado en el centro [1] de una circunferencia trazada en

[1] Prescott, Garcilaso y Rivero.

el área del templo del Cuzco y atravesada por un diámetro tirado de Este á Oeste, señalaba el momento de los equinoccios. Cuando la luz del sol bañaba en el mediodía toda la columna en derredor, sin hacer sombra alguna, los Incas saludaban la llegada de la luz equinoccial y decían que el Dios se apoyaba sobre la columna, en cuyo término le aparejaban silla de oro para que descansase.

La ciencia, que también es sol, tendrá en la capital de los Incas su fiesta equinoccial. Cuando no haya sombras en torno de aquellos monumentos, nosotros le rendiremos parecido homenaje al que los peruanos ofrecían en la ciudad de Quito, colocada en la parte más culminante de la tierra, bajo la línea divisoria del globo, donde los rayos verticales del sol no dan sombra alguna cuando el gran astro se halla en su meridiano.

Camino escabroso y escarpado es el camino del progreso, pero ¡qué importa! Aun cuando América no fuera tierra de montañas, sus hijos han aprendido á escalarlas. Ellos no cayeron en las simas, ni las eleva-

ciones los asfixiaron, ni la luz de la nieve los cegó. Llegaron á la cumbre con su fardo, descendieron á los valles con él, y en todas partes, los unos á los otros, se distribuyeron las semillas de la independencia. La epopeya guerrera preludió la epopeya literaria y científica, cuya aurora empieza á teñir de nácar y rosa las alturas de la gran Cordillera.

## CAPITULO IV

### La Ciudad de los Reyes

Perdónenme Pisco y sus granadas... Voy de prisa y me empeño en llegar pronto á la *Ciudad de los Reyes.*

Si al volver de una borrachera asiática, hallándome todavía bajo la influencia narcótica del opio, me hubiese encontrado, como por encanto, en la rada del Callao, habría adivinado al punto que navegaba en el puerto de Lima, la oriental capital americana.

La gritería de los «boteros», como en Buenos Aires los llaman, ó «fleteros», como en Chile denominan á los que se dedican á embarcar y desembarcar hombres y fardos, anuncia la proximidad de una población, que no puede ser otra sino aquella en que los negros hablan gramaticalmente, y

blancos, cholos, mulatos y zambos, botan al arroyo la sal y la hipérbole andaluzas.

Apenas habíamos fondeado, descendió sobre la cubierta del vapor una legión, con sus propuestas, sus nombres, sus renombres, y el mal disimulado intento de cobrar á los neófitos un sol, por lo que valía una peseta, á los más novicios dos, y á los intrusos la mitad del bolsillo.

Una de las primeras contrariedades que saltan á los ojos en los países ricos, es el valor reducido de la moneda. Pero luego que uno advierte la facilidad con que se adquiere, se la explica por la relación en que se halla el daca con el toma, y la cosa no parece tan calva.

No se encuentra ni para remedio fletero chalaco, que no haya sido rebautizado por sus congéneres. Los nombres de todos los seres de los diversos reinos de la naturaleza, han sustituído los de pila de aquel alegre gremio. Generalmente, los motes corresponden con algún rasgo característico del individuo caricaturado. Tuve á mis órdenes dos de aquellos bípedos: «gaviota» usaba medias rojas; «golondrina» no cami-

naba, volaba, describiendo curvas intermitentes. ¡Y qué piezas eran el tal *gaviota* y su asociado *golondrina!*

El Callao, primer puerto del Perú, fué tragado por las olas allá por el año de 1746, cuando gobernaba el virrey Manso, excelente amigo de la humanidad, que ganó, reedificando la sumergida ciudad, el título de «Conde de Superunda».

La ciudad del Callao es de forma triangular. Amurallada por el marqués de Mansara, fué baluarte de la resistencia española, encabezada por Rodil, y testigo, en 1826, del esfuerzo de Bolívar. El 2 de Mayo de 1866, volvió á ser testigo de gloriosas hazañas.

El movimiento comercial del Callao debe ser activísimo, si nos atenemos al muelle dársena que se está construyendo, y á la algarabía que en esta hora, siete de la noche, se percibe de un extremo á otro de la población.

Como en volandas condujéronme los mozos de cordel, á la estación del primero y peor de los ferrocarriles del Perú, en cuyo andén esperaban más de trescientas

personas la salida del tren de pasajeros.

Dejando en el tintero los percances del viaje, porque no quiero decir cosa que ofender pueda á la anciana y achacosa locomotora, que al tranco nos condujo, entramos en Lima humedecidos por una garúa de costa, de esas que calan los huesos á la sordina, justificando el deseo del antiguo coplero:

Del agua mansa
Me libre Dios...

Acabo de ver realizada una ilusión acariciada por todo americano. ¡He contemplado la ciudad morisca, de los jazmines en perpetua florescencia, sahumada con pastillas que sólo arden á los pies de las sultanas; archivo de romancescas tradiciones; asiento espléndido de una corte galante, que rendía espadín y tricornio, apenas percibía el crujido de una «saya», y descubría á la distancia los pliegues de un «manto», ó la silueta de una «tapada»; teatro de lujosas devociones, celebradas en templos de labrada piedra; arena bulliciosa de cabalgatas de opulentos señores, de renombradas lidias de toros y novillos;

palenque de controversias escolásticas y de dimes y diretes entre Obispos y Virreyes; sitio privilegiado en que el sol la echa de galante, y sólo asoma la faz cuando le parece que no hace competencia á los más hermosos ojos del mundo; madre de hijos ilustres en las letras y de hijas celebradas por su donosura sin par; patria de santos invictos, de sacerdotes esclarecidos y de líricos poetas; Lima, en fin, la opulenta matrona del Rimac, adornada con más joyas que las que Isabel diera por un mundo; coronada con más flores que las que Colón presintiera, cuando las brisas marinas le trajeron el perfume de la anhelada tierra!

. . . . . . . . . . . . . . . .

La iluminación de las calles de Lima manifiesta claramente los hábitos magníficos de sus habitantes. Si el sol es candil en país que formó parte de su imperio, el gas parece sol en la ciudad de Lima. La conducta del mayor de los astros y los buenos oficios del gas, traen á la memoria aquello de que «nunca falta un roto para un descosido».

Molido por el viaje y zarandeado por *golondrina* y *gaviota*, mi cuerpo había quedado más para echarse en la cama, que para ventearse en la calle, y es posible que hubiera dado en el muy duro y cuasi penitencial catre del hotel, si no me hubiera servido de acicate para tomar el camino del «Café Inglés» la tentación que me vino de beber una jícara del imponderable chocolate del Cuzco.

La campana gorda de la Catedral, que con voz de bajo llama á coro todas las mañanas á los venerables canónigos, despertóme al empezar el último domingo de Abril.

Mientras me aviaba para salir, revolví en la memoria mucha crónica de Lima, de la cual solamente traeré á cuento lo que á pelo venga. [1]

Don Francisco Pizarro, marqués de Atabillos, fundó la ciudad de Lima el 6 de Enero de 1535, día de la Epifanía ó de los

[1] Si mis lectores quieren conocer á Lima de pe á pa, y deletrearla también, recurran á un curioso libro, escrito por un hombre de espíritu, que es como mandado hacer para el caso. El libro se llama: *Lima. Apuntes históricos, estadísticos, administrativos, comerciales y de costumbres,* y su autor es don Manuel A Fuentes.

Santos Reyes. De aquí su título, y tal vez de la condición de magos de estos reyes, el que sus hijas sean magas también. «Quien lo hereda no lo hurta», y como «nobleza obliga», les viene de perilla el título de reinas á las que imperan en el valle del Rimac.

Parece que la palabra Lima deriva del nombre del ídolo que los naturales consultaban en este valle, y que era tan *locuaz* que de *hablador* lo trataban.

No falta tampoco quien asegure que el río es el charlatán, porque se le atribuye la maña de reproducir y de fingir conversaciones. No me inclino en favor de este parecer, pues si el río fuese como dicen, *chismoso* deberíamos llamarle. Para el caso de equivocación, por mi parte, permítaseme adelantar una reflexión, entre dos admiraciones: ¡está visto que ni los ríos escapan á la tentación de reproducir é inventar, en el siglo de los inventos y de las reproducciones!

Su Majestad don Cárlos V concedió escudo á Lima en 1537. En campo azul, tenía tres coronas de oro, sostenidas por

dos águilas, coronadas también. El Perú no lo perdió todo en su derrota. Si él proveyó de buenos lingotes de oro al soberano de España, el soberano le devolvió metal pintado y armas con este lema: «*Hoc signum ver regnum est*».

Lima tiene la forma de un triángulo isósceles, cuyo lado mayor se apoya en el río Rimac, que la divide en dos partes iguales. [1] Abierta al viento por el Sur y Occidente, la limitan los cerros al Norte y al Oriente. Ocupa una superficie de trece millones, trescientas cuarenta y tres mil seiscientas ochenta varas castellanas, pobladas por doscientos veintitrés mil seis individuos, [2] cuyos colores y combinaciones son los siguientes: blancos, amarillos, negros; blanco y amarillo, mestizo; mestizo y amarillo, blanco; negro y amarillo, chino cholo; chino y negro, chino prieto; prieto y blanco, chino claro; blanco y negro, zambo; zambo y blanco, mulato. La paleta social de Lima, contiene todos los colores del hombre. Las antiguas mura-

[1] *Lima*, por Fuentes.
[2] *Guía de Forasteros* para 1873 .

llas que la rodeaban, fueron construídas en 1683, por el virrey duque de la Palata, y después refaccionadas por el virrey Abascal. Eran de adobe de cinco á seis metros de elevación y tres de ancho, y tenían veinticuatro torreones.

Poseía Lima, y posee, mal contados, setenta y tres templos y capillas, cuyas torres y cúpulas le dan cierto aspecto oriental, porque recuerdan los minaretes de las ciudades moriscas.

Es imposible contemplar sin infantil curiosidad aquella extraña ciudad de Lima, la más interesante de todas las capitales de América.

El gusto morisco, aliado al español, degenerado por los engendros de Rivera y Churriguera, ha predominado en las construcciones de Lima. Ahí están atestiguándolo en los frontisficios de piedra, los calados, los arabescos, los ángeles, los demonios, las frutas y las flores, revueltos y desesperados, por buscar la colocación correspondiente á cada cual, lo que es de esperar que no suceda, ni aun en el caso de que un terremoto les conceda libertad.

Ahí está también la casa árabe, severa y pesada, cómoda y fastuosa, con sus celosías exteriores y sus cultivados jardines interiores.

Poeta el árabe, poetizaba su morada interiormente; aislado por carácter, el árabe incomunicábase exteriormente; conquistador también, el hogar del árabe era una especie de fortaleza. Separado del bullicio, él compensaba la zambra callejera con los placeres del *confortable,* como ahora se llama á la buena cama, á la buena mesa y á la buena casa, tres cosas que no se aperciben desde los zaguanes moriscos. Fuentes, jardines, galerías, columnas, arquitrabes, cornisas y follajes, se agrupaban en el encantado recinto de su adusta y obscura mansión.

Para que la semejanza entre Lima y los pueblos orientales, no consista solamente en el número y elegancia de las torres, que hacia arriba miran, y en las celosías, que hacia la calle salen, el color pardo de sus edificios, recuerda las casas del Cairo y Constantinopla.

El que por primera vez recorre las calles

de la Ciudad de los Reyes, se imagina acechado en todas partes por el ojo de una curiosa, madrugadora ó dormilona, que para el caso es lo mismo, oculta detrás de las celosías de sus balcones. Cuando esta preocupación se viene á las mientes, quien camina descuidado modera el paso, se acomoda las ropas, endereza los ojos al sitio que mejor le cuadra, y empieza á forjar mil historietas, que supone pasadas ó desarrollándose detrás de las rejas y de los velados cristales de las atalayas limeñas.

El misterio de las habitaciones y el nublado casi permanente del cielo, armonízanse en la ciudad de las pálidas bellezas americanas.

La Catedral, fundada por Francisco Pizarro; la Merced por su hermano Hernando; San Francisco, contemporáneo de la ciudad, con el célebre claustro de los jazmines; San Pedro, orgullo de ebanistas y arquitectos; Santo Domingo, tumba de Santa Rosa, son, si mal no recuerdo, los principales templos que visité en mis primeras incursiones por Lima. Todas estas iglesias deben haber sido museos de pin-

turas, y de excelentes pinturas, pues es sabido que los buenos maestros españoles, entre otros Murillo, mandaron algunos de sus lienzos á esa parte de la América.

Como de pinturas se trata, diré que Lima tiene dos coleccionistas de importancia: el señor Dávila Condemarín y don Manuel Ortiz Zevallos. El primero es dueño de un museo de pinturas y objetos de los antiguos peruanos: el segundo tiene en su casa sevillana, modelo de estilo en el género, una galería formada por más de mil piezas.

El Museo Nacional no cuenta en su coleccion de curiosidades, la mitad de los objetos que posee el señor Condemarín: éste, el Museo Nacional, toda la América del Sur, y pocas capitales europeas reunidas, no podrían ostentar una selección de cuadros parecida á la del señor Ortiz Zevallos. Clasificada [1] por los señores Jeckel y Oñate, resulta de su estudio, publicado, que aquélla es una de las escasas maravillas artísticas que se conservan en poder de particulares. El señor Ortiz Zevallos la ha

[1] El Catálogo de la Galería formado por el señor Jeckel, corre impreso.

formado sobre la base de la que dejaron los marqueses de Torre Tagle, y otros mayorazgos enlazados con su familia. Dos grandes colecciones obtenidas por él en Italia é Inglaterra, completaron esta inapreciable galería. Miguel Angel, Rafael, Ticiano, Correggio, Leonardo de Vinci, Dürer, Rubens, Poussin, Velázquez y Murillo, tienen en ella representantes de su genio. La colección pertenece á las escuelas antigua cristiana, y después toscana, de Umbría y después romana, milanesa, paduana y ferraresa, parmesana, boloñesa y sectarias, alemana, flamenca, de los Países Bajos, francesa, inglesa, española é hispano-peruana.

No se visita impunemente la casa de Torre Tagle. Al bajar sus escaleras se siente el vértigo de la admiración, y dentro de la cabeza algo como la danza loca de todos los habitantes del paraíso cristiano, mezclados con los héroes de la fábula antigua; de todas las razas conocidas y de toda cuanta belleza, desde la griega hasta la etiope, ha producido la tierra.

Pero vamos á otra parte, porque si aquí

nos detenemos, este capítulo resultará parecido á la vida de Juan Soldado, que, como dice la antigua canción, «es muy larga de contar».

«La Beneficencia de Lima», cuya dirección está confiada á caballeros que, como don Manuel Pardo, revelaron mientras la administraron, talentos organizadores, tiene una renta anual de setecientos mil soles. Esto explica, en «la ciudad de los contrastes», como llama á Lima la señora Gorriti, el lujo de los asilos, casas de huérfanos, manicomios y hospitales. El dolor mitigado por el consuelo, ha perdido en ellos su fisonomía tétrica. El dolor consolado tiene aire de familia con la felicidad. Actualmente se construye un hospital, llamado del «Dos de Mayo», completo bajo el triple punto de vista de la higiene, del arte y de la utilidad. Es digno de figurar entre las primeras obras de la transformación material que se opera en la antigua Ciudad de los Reyes; porque Lima, como Santiago de Chile y Buenos Aires, pasa en estos momentos por un período de febril mejoramiento.

La destrucción de las murallas de Lima, vendidas por la Municipalidad, ha permitido construir un camino de cintura y una alameda de astrapeas, que lleva el nombre de «Meiggs». Esta alameda, un nuevo camino de hierro al Callao, un ferrocarril urbano de circunvalación, y el establecimiento de tranvías en las calles principales, cambiarán completamente la faz de Lima, que en la actualidad no es tan bella como interesante.

La Universidad de San Marcos, establecida en 1551, el Instituto Naval Militar, la Escuela Normal Central, el Colegio de San Carlos, fundación de 1770, con cátedras de Filosofía, Matemáticas y Jurisprudencia, la Escuela de Santo Toribio, y la Escuela «Dos de Mayo,» de reciente creación, son las principales casas dedicadas á la enseñanza, que es de pública voz y fama, demanda reformas fundamentales, que empezarán por dotarla de profesores aptos para desempeñar su elevado ministerio.

El Colegio de los Sagrados Corazones, establecido en el antiguo convento de Belén, fundado en 1604 por doña Paula Pilardo,

es, indudablemente, un gran plantel de enseñanza para señoritas. Guiado por dos de sus más inteligentes discípulas, visité esta casa, que con su elocuente silencio, su poética capilla, obra maestra de antiguos arquitectos y escultores, y su elegante jardín, sombreado por naranjos, chirimoyos y cinamomos, inspira afición al estudio y al trabajo.

Desde las bóvedas de Belén se dominan los alrededores de Lima, las huacas esparcidas en el valle del Rimac, los sembrados y cabañas de los labradores, y los lejanos vapores del mar, en que se bañan Chorrillos y el Callao.

De mala traza y mezquino es el teatro Principal de Lima, construído en 1601, reedificado en 1660 y de propiedad del Hospital de San Andrés; pero, en las noches de función de gala, se convierte en una joyería colosal, lo que, por otra parte, no es mérito suyo, sino riqueza de las limeñas.

Una alameda pequeña, pero poética, forma el paseo de los Descalzos. En el fondo se halla el convento de los que, por sus letras y virtudes, son reputados los bene-

dictinos de América. A los costados del convento, algunas iglesias pequeñas, medio ocultas entre grandes árboles, completan el paisaje, y le imprimen lo que en Lima llaman *carácter romántico*.

Me pareció admirable el antiguo salón de grados, perteneciente á la Universidad de San Marcos, en que actualmente funciona la Cámara de Diputados. Los retratos de santos, reyes y catedráticos, colocados en triples hileras y ennegrecidos por el humo en que el tiempo se convierte, presiden las deliberaciones de los padres conscriptos, y contemplan ceñudos á los que reciben el bonete doctoral.

La sala del Tribunal de la Inquisición, pertenece á los senadores de la República. La techumbre es de madera obscura y primorosamente labrada.

Hállase la estatua ecuestre de Bolívar, fundida en bronce, en la plaza llamada de la Inquisición. Separados por pocos pasos el uno de la otra, y formando uno de los grandes contrastes de Lima, vense el Palacio de la Exposición de 1872, y la Penitenciaría, fundada por el mariscal Castilla,

dirigida por el señor don Mariano F. Paz Soldán, y edificada por el ingeniero Mimey. El primero, valuado en dos millones de soles, construído bajo la hábil dirección de don Manuel A. Fuentes, es por su arquitectura, parque, jardines y cultivo, la mejor obra de su género en Sud-América. No puede decirse otro tanto del edificio de la segunda, palacio también en su género. La Penitencīaría de Buenos Aires es superior á ella. En la gran plaza que da al frente de los edificios nombrados, álzase el monumento en honor de Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo, esculpido en mármol de Carrara por cincel italiano. América, colocada á los pies del marino, se alza con imponente actitud, al despojarla el descubridor del velo que todavía la envuelve, y presentarla á Dios en el cielo, y á Fernando é Isabel en la tierra.

He visto varias veces junto las gradas del monumento, algunos indígenas cargados por la coca, ó inspirados por el jugo de la vid, que saludaban enfáticamente á la bella india, rodeada del esplendor de la juventud.

El recuerdo de esos indígenas, me con-

duce hasta el pueblo del Perú. No voy á observarlo en detalle; es decir, á contemplar la chola que monta á horcajadas su mula campesina, la negra *picantera* del mercado, y la mulata *misturera* de los portales; voy á detenerme frente al grupo formado por la abigarrada muchedumbre que se agolpa en la plaza de toros, á presenciar el capeo de á caballo, y las proezas de lidiadores españoles y mestizos, asociados momentáneamente para barbarizar el reposo del domingo. Empieza y acaba la corrida, como todas las corridas de toros. Cholas, negras y mulatas, fuman entre tanto; y negros, mulatos, cholos y chinos, gritan á la sazón por todos lados. ¡Qué vocear el de los vendedores! Ahí va uno llevando un mazo de pequeños ramilletes; ahí pasa otro cargado de dulces y fiambres, asociados familiar y democráticamente en un azafate; ahí cruza un vendedor de chinos y hermanas de Caridad recortados en papel; ahí atraviesa el que expende la papeleta de la corrida, plagada de coplas; ahí ¡Dios nos asista! se presenta el Ganímedes escanciador del Pisco. ¡Qué

barullo! ¡Qué zalagarda! ¡Qué codazos y qué arrastrar las *eses!* Ninguno dice ¡Jesucristo! cuando el toreador peligra: *¡Jesucristísimo!* gritan con voz estentórea. Han sustituído el *¡lo va á matar!* prosaico y usual en todas partes, con un gracioso y expresivo: *¡Lo va á volver ánima!* Silbidos, juramentos, requiebros á mozas buenas y malas, pisotones, riñas, trompadas, lágrimas, risas, carcajadas, confusión, caos, respondedme: ¿no es verdad que el espíritu de los conquistadores todavía vaga en estos mundos de América?

Belleza, sentimiento y arte me conducen... ¿dónde?... ¿Al lugar en que reposan los muertos, espléndida morada que les levantara en 1807 el virrey Abascal? ¿Al sitio del eterno reposo, representado por los Andes inmutables y silenciosos que lo rodean? No: ¡paz á los muertos en sus urnas cinceladas! Busquemos á los vivos, al buscar espíritu, sentimiento y arte.

La mujer de Lima, esbelta, pálida como la azucena, tiene ojos sin par, boca y pies inverosímiles, labios delicados, que subrayan la ese y modulan bellas palabras siem-

pre que los mueve una sonrisa. Su manera de andar es gracia exclusivamente limeña: ella se envuelve en el celebrado manto, como, modelo de una Academia, no la envolviera un profesor de plástica. No me parece tan graciosa la Noche de Pradier, embozada en las sombras, como la limeña entre los pliegues de ese manto precioso, casi proscrito por las modas europeas, perejiles de cintas, y churrigueresca inspiración de modistas francesas, enloquecidas por la danza nacional que les revuelve el seso.

La bondadosa hospitalidad de la mujer de Lima, ha formado, y continúa labrando, el pedestal de la fama que preconiza en todo el mundo, las excelencias de la Ciudad de los Reyes. Si alguna vez desapareciera de la faz de la tierra la opulenta capital del Perú, el espíritu de las mujeres que la sobrevivieran, bastaría para atraerle población y riquezas.

El hombre limeño, dotado de imaginación vivísima y de exquisita galantería, lleva una ventaja á los de las otras Repúblicas sud-americanas; no pregunta al

extranjero la opinión que sobre el Perú ha formado, ni encomia lo que de puro recomendable salta á la vista. Su conversación es reposada ó excesivamente ligera. El limeño conoce, habla y escribe el idioma, con elegancia y corrección.

Lima proporciona materia de estudio al hombre curioso, con la noble curiosidad de la historia y del romance. No dicen mucho exteriormente ciertos callejones enlodados, palacios resquebrajados, iglesias injuriadas por los terremotos. Pero si se quieren deletrear esas páginas de piedra, veréis un grupo de conjurados que desfila cautelosamente porque va á matar á Pizarro; un Obispo que sale acalorado de Palacio, donde ha reñido con un Conde orgulloso; un santo que emprende peregrinación al desierto; un virrey que se desliza de tapadillo á quemar lisonjas y pebetes de Potosí á los pies de una chola; un noble grave y encorcelado que llama á la puerta de un garito, disfrazado con honestas tocas; una corte, en fin, tiesa, empolvada, buena y mala, espléndida en saraos y fiestas de santos, remedo fiel de la antigua corte de España.

Cuando por la noche recorría las lejanas calles de Lima, me imaginaba morador de la toledana ciudad de los romanceros españoles. ¡Alto! parecía gritarme un matasiete, desde la reja en que pelaba la pava, y percibía el ruido que, al chocarse, formaban resplandecientes y bien templadas tizonas, desenvainadas por trovadores que tan bien manejaban la espada como el laúd, con que ablandaban hierros y corazones. Aquellas tortuosas callejuelas, con un nicho en el centro, una imagen dentro del nicho, y

Sin más luz que la que alumbra
Una imagen de Jesús,

recordábanme las cuitas de los embozados galanes, terror de intransigentes padres, y mito amable de niñas dadas á historias caballerescas.

Lima es la ciudad de los contrastes que se llaman pasado y presente, templos y capillas, religión é indiferencia, lujo y pobreza, blancos y negros, fealdad y belleza, luz y tinieblas, Asia y Europa, Africa y América.

¡Y Lima es, para quien como nosotros halló en ella un amigo en cada conocido, una familia en cada hogar, una ciudad inolvidable, la capital en que ha asentado su trono la tradicional y caballeresca hospitalidad española!

---

# CAPÍTULO V

## SANTA ROSA DE LIMA

El siglo XVI, primero de la fundación de Lima, fué para el Perú fecundo en santidad.

Entre la aparición del santo obispo Mogrovejo, y la llegada al Perú de Francisco Solano, verdaderos amigos de los indios, nació Rosa de Santa María, el último día de Abril, mes de las flores, del año 1586. Fueron sus padres españoles y honrados, epíteto que se omite cuando se trata de españoles, excepción hecha de algunos reyes y de mayor número de cortesanos. Gaspar Flores y María Oliva, llamáronse los afortunados consortes que recibieron del cielo abundante merced, con una hija de tan levantado corazón. Un arranque de la madre, inspirada por el

cielo, en el sentir del biógrafo Bermúdez, y no la lluvia de rosas que generalmente se cree que dió lugar á su canonización, fué origen del nombre con que es conocida; nombre que sustituyó al de Isabel, que llevaba por llamarse así su abuela materna. Viéndola doña María en la cuna, fresca y encendida como las rosas de la primavera, *Rosa* te has de llamar, exclamó arrebatada. Al administrarla el Sacramento de la Confirmación, colocándola bajo el patronato de Santa Rosa de Viterbo, le fué puesto el nombre del agrado de doña María de Oliva.

En el poema heroico de don Luis Antonio de Oviedo, dedicado á los méritos de nuestra Santa, publicado en Madrid el año de 1711, se lee esta cuarteta:

Su abuela el nombre de Isabel procura
Que se le imponga, y otro el cielo ordena,
Que el artífice en su obra soberano
Puso el *me fecit* de su propia mano.

Rosa, en edad temprana, escuchaba en su modesta casa la lectura de la vida de Santa Catalina de Sena, que todas las noches hacía el arcabucero español don Gaspar

Flores. El espíritu dúctil de la virgen, cual maleable cera que se adapta á la forma del objeto á que se aplica, identificóse con el carácter de aquella mujer esclarecida, y, á ejemplo suyo, consagró al Señor el alma pura y el cuerpo inmaculado. A los cinco años dió principió á su carrera santa, fruto de cristiana educación, acrisolada en los combates de la vida, que vencedora la condujeron al cielo por el camino del amor y del sacrificio. La Mística, exaltándola de una manera suave, devota y extasiadora, la compensó superabundantemente de sus grandes dolores, y acercóla á la Divinidad, de quien fué vidente como los antiguos Patriarcas.

No pretendo engolfarme en los misterios profundos de la vida de Rosa: apenas intento diseñar su carácter, antes de inclinarme reverente, en presencia de las humildes pero elocuentes ruinas de su sencilla morada de Lima, señalada, actualmente, con el número 157, en la calle de «Santa Rosa de los Padres».

Pocos viajeros al saludar là morisca Lima, adornada con las flores de sempi-

terna primavera, olvidan que la ciudad deseada cuyos umbrales huellan, fué cuna de una santa hermosa, compendio perfecto de todas las prendas cristianas; y bien sea por señalar contrastes, ó por la razón que apunta Francisco Bilbao, en su estudio sobre la vida de la ilustre hija de América, el hecho es que todos visitan respetuosamente el reducido teatro en que brillaron sus virtudes.

«Las alturas sobresalientes de la humanidad, escribía Bilbao, son los santos y los héroes, que como las torres de los templos ó la bandera de la patria que flamea, son los primeros y los últimos objetos que reciben y conservan la luz del sol».

Rosa fué una sensitiva celestial. Desde los primeros momentos de su existencia, sintióse enamorada de su divino Autor; y por el mero hecho de amar, empezó á respirar el ambiente de la inmortalidad. El afecto que Rosa consagró al Señor, fué semejante al amor que profesó á Jesucristo, el inflamado corazón de la santa de Avila. Amor santo y desinteresado, no tenía en cuenta el cielo prometido, ni el

temor de las penas que aguardan á las almas pecadoras: el objetivo de ese amor consistía en una correspondencia ejemplar al sacrificio consumado en el Calvario por el Redentor del hombre. Rosa exclamaba á cada momento, como Teresa de Jesús, con el alma y la mente puestas en el divino amado:

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Santa Teresa de Jesús fué un alma mística y una pensadora sublime: su vida preséntanos el edificante y admirable espectáculo de una estrechísima alianza del sentimiento religioso con una inteligencia altísima, perennemente inflamada en honor de la Divinidad.

La hija de Avila lee un día en la *Vida de los Santos*, que los moros sacrificaban impiadosamente á los cristianos: apodérase de su corazón la sed del martirio, convence á su hermano, pequeño como ella, de que deben morir por el nombre que llevan; lo arrastra fuera de la casa paterna, y ambos

se aventuran en uno de los inmediatos pero desconocidos caminos. ¿Dónde va?... Ella no lo sabe: sólo se da cuenta de que debe salir á encontrar el martirio. Algunos años después, ya mujer y reformadora de las reglas relajadas de los conventos de España, ora, medita, piensa, imagina, escribe y pulsa la lira. Sus libros y su correspondencia epistolar, patentizan la claridad de su ingenio y la generosidad del Numen que le dispensaba los favores más altos. Un solo rasgo pinta el corazón de esta mujer:—el demonio es para ella, «*un desgraciado que no puede amar*».

Santa Rosa de Lima no poseyó prendas de la misma ó parecida valía, excepto el corazón devorado por el fuego de la caridad. La vida de esta mujer no encierra ningún rasgo de valor ó timbre parecido á los que acabamos de recordar; ningún hecho que manifieste en ella la existencia de una mente superior. Tan meticuloso era el espíritu de nuestra heroína, que es fama que por temor de faltar á alguno de los deberes de la regla, no se atrevió á tomar el cándido velo de la monja dominicana.

Rosa no poseía ciencia, pero era educada; no conocía la música, pero pulsaba instrumentos y se acompañaba los apasionados cantos que dirigía á su Creador. El amor es un gran educacionista, que cual ninguno desarrolla los nobles sentimientos y las mejores facultades de la criatura humana. La tierna palabra de Rosa deslizabase como mansa y cristalina corriente, cuando narraba la vida y pasión de Jesucristo. No hay homilía comparable á una sencilla relación del Evangelio, hecha por una mujer sensible. Los versos de Rosa no eran estrofas estrictamente sujetas á la pauta del arte: eran la expresión melódica de los raptos de un alma que adivinaba que el verso dice más acertadamente que la prosa, aquello que en el alma resuena, más que como palabra articulada, como vago é indefinido murmullo de la música de las esferas superiores. Si Rosa hubiera poseído la suave lengua de Tomás de Aquino, no se habría dirigido al Señor en el habla acentuada de Santa Teresa. Si la música es el lenguaje del alma, el italiano es la lengua de la música. Cuando el verso se

negaba á expresar con sus delicados matices la ternura mística del corazón de Rosa, ella apelaba á la música, en cuyas armónicas ondas, como sobre las alas de un ángel, veía elevarse al cielo su hermosa plegaria.

Al contemplar desde el pequeño huerto del hogar paterno las aves reunidas en las copas de los árboles, saludando en coro la aparición del sol, ó verlas remontarse y perderse en el azul sereno de la atmósfera, Rosa se lamentaba de no poder cantar como ellas, y, sobre todo, de no poder seguir su vuelo hacia el firmamento. En trances semejantes, confiábales mensajes dirigidos al cielo. Tan vivo era su deseo de encontrarse en el seno de su amado, que algunas veces desconfiaba de la eficacia de todos los medios que acercan la criatura al Creador. ¿Buscaba la soledad para mortificar sus oídos y sus ojos? Buscaba la soledad para estar á solas con Cristo. ¿Mortificábase el cuerpo, bebía hiel y vinagre, se alimentaba con las hojas amargas de la granadilla, para castigar ó humillar las pasiones, fieras que humildes durmieron siempre á sus pies? Bebía hiel

y desayunábase con hojas acerbas, para sufrir mortificaciones análogas á las que padeció el Redentor. Ella probaba los dolores físicos y paladeaba los goces morales de su amado, para calcular, y si posible fuera, para medir el afecto divino con que Jesús amó á los hombres; y sufría y gozaba con el Maestro de las Gentes, para compensarle de alguna manera los sinsabores que le produjeron en los momentos memorables de la Pasión, el abandono de sus discípulos y las afrentas del pueblo escogido. Rosa esperaba todas las noches la amable visita de Jesús; y cuando la extática no le veía á su lado, manifestábase celosa de otra alma *que se lo entretenía*. En momentos tales experimentaba el agudo dolor de la ausencia. ¡Cuánto padecía entonces! ¡Ah! la duda es el microscopio del dolor. Cierto día acertó á ver, en el fondo de su jardinillo, un mancebo hermoso que la hablaba de otra dicha y de otro amor, amor y dicha que no apetecía su corazón. Para resistir al fascinador prestigio de esa imagen deslumbradora, invoca al ausente, lo llama con voces del alma, y la ilusión se desvanece cual bruma

leve, disipada por la inesperada presencia del sol estival. El verdadero amado de Rosa la asiste, y ella se lamenta de que la haya abandonado en cuita tan peligrosa. Rosa no experimenta consuelo, sino cuando escucha una voz interior que la pregunta: «¿Piensas, Rosa, que vencieras si yo no te asistiera?» — «Dame tu corazón», le decía constantemente una voz semejante á esa voz; y Rosa consagra al divino dueño su juventud, su belleza, su caridad; á aquel que es el único capaz de medir los abismos del amor. La vida de Rosa, vida de austeridad y penitencia, á pesar de que ella era inocente y pura cual las flores del campo, fué el perfecto modelo de la mancomunidad de sacrificios, que debe existir entre las almas consagradas al cielo y el Redentor del humano linaje.

Acabamos de conocer y admirar el alma de Rosa; conozcamos y admiremos ahora el bien labrado vaso que la encerraba. «Delgada de cuerpo, dice Francisco Bilbao, talle esbelto, su andar es majestuoso. En su marcha revela la fuerza y la tranquilidad del espíritu que lleva. Su cuello delicado, sus-

tenta una cabeza del tipo de las vírgenes que Murillo poetizó con su pincel; la elipse de su rostro, la bóveda espaciosa de su frente y las curvas suaves de su perfil, muestran una fisonomía que conserva toda la electricidad, todo el magnetismo de las organizaciones privilegiadas. Sus ojos, bajo dos cejas arqueadas. que siguen la armonía de las protuberancias de su frente, son negros, grandes, sombreados por largas pestañas, luminosos, húmedos por el abundante fluido magnético, que el amor hacía saltar de su corazón á su rostro. Los ojos de Rosa eran una palabra de amor y de pureza, centellantes y grandes como son el sentido y la revelación física de la caridad y del amor. Su boca apretaba unos labios delgados, que la habitud de la meditación habían concentrado, y que cuando se abrían se asemejaban al arco de la flecha, prontos á lanzar la palabra como el rayo. La parte frontal de su cabeza, que es el organismo inteligente, no era la más desarrollada. La parte central, sus ojos, sus mejillas, su nariz, su color suave, matizado y encarnado, revelación de la parte moral, era lo

que más sobresalía de su expresión. La parte inferior, la boca, la barba, las quijadas, que son las manifestaciones de la sensualidad, eran deprimidas y fugaces, así como sus pies pequeños, que parecían hacerla deslizarse sobre la tierra. Manos cortas, blancas, torneadas, franqueza en sus movimientos, cabellera negra y abundante, una elevación en la parte superior de su cabeza, que es el órgano de la veneración, el cerebelo y la nuca deprimidos, eran los rasgos que completaban su apariencia. El tono de su voz era nervioso y estallaba como los saltos de su corazón». Este retrato debe haber sido dibujado en presencia del que de la santa pintó, después de su muerte, el artista italiano Angelino Medoro, cuya copia fué enviada á Roma, quedando el original en el santuario y casa de nuestra heroína, donde actualmente puede verse.

Rosa de Lima, llamada de Santa María cuando ocurrió su muerte, cerró los ojos á la luz de la tierra el 27 de Agosto de 1617. La última enfermedad de la dichosa limeña, proporciona una prueba más que agregar á

las muchas que manifiestan la conformidad de su vida con la de Jesús. Durante sus postreros momentos, aquejóla también la divina sed que atormentó al Salvador, durante la agonía del Calvario. El misterioso *¡sitio!* del Cristo, fué una de las más significativas palabras que él pronunció en la cruz. Á proporción que los dolores de Rosa se hacían más acerbos, ella exclamaba con mayor vehemencia: *¡Sed tengo!* Hasta el postrer momento de su vida, Rosa experimentó la noble é inextinguible sed, que atormenta las almas aquilatadas para el sacrificio.

Rosa luchó veintiséis días con la enfermedad y con la muerte. La ausencia parcial del calor vital, la agitación de los pulmones, el aliento que parecía faltarle á su cuerpo, cansado del combate, el corazón entorpecido, la reducida influencia del cerebro sobre los extremos, la laxitud de los nervios de la lengua, el globo del ojo casi desquiciado, el amoratamiento del rostro, el hielo de las manos, y el sudor pegajoso de la agonía, anunciaban la proximidad de su muerte. Pero de improviso,

ella que había anunciado la hora y el momento de su tránsito, incorporábase, y desaparecían los síntomas mortales. Un nuevo soplo de vida retemplaba los gastados resortes de aquella organización superior, y arreciaba el dolor que, como afilada espada, traspasaba su pecho. Rosa, cual los portentosos luchadores mentados por la fábula, adquiría nueva fuerza siempre que, desplomándose, medía con su cuerpo la longitud de su lecho de martirio. Llegó, por fin, el momento en que desviándosele hacia abajo el labio inferior de la boca, y producido el gesto característico de la muerte, apareció en las empañadas pupilas de la santa, aquella lágrima concentrada, que desde el seno materno guardamos en el fondo del alma, para humedecer nuestro último paso sobre la tierra, y que es hermana de la primera con que bañamos los umbrales de la vida. La madre que nos expulsa de su seno, enjuga la una, y esa otra madre que nos recibe en el suyo, absorbe la última.

Prestemos oído para escuchar el estremecimiento de la madre-tierra, próxima

á recibir en sus entrañas el cuerpo desfallecido de Rosa, que acaba de expirar.

La noticia de la muerte de la santa cundió aceleradamente por todos los ámbitos de Lima, y la casa de los señores de la Masa, donde había ocurrido, fué invadida por el pueblo, conocedor de sus virtudes. La muerte no había alterado las facciones de Rosa: parecía sonreir al amado, á cuyos pies había depositado la lámpara que, cual vestal cristiana, mantuvo encendida mientras vivió. Lima acababa de perder su hija más ilustre en los anales de la santidad, y nadie lloraba la ausencia de su gentil espíritu, porque todos abrigaban la esperanza de que él se cernía, como Numen tutelar, sobre la ciudad querida, en que los ángeles mecieron su pobre cuna.

El Padre Lorenzana, confidente y director de Rosa, así lo entendió, pues exclamó como elevado en un rapto: «¡Oh Rosa hermosísima! ¡Oh santa mía, hija muy querida de mi corazón, á quien venero y he venerado por tus virtudes! Dichosa tú que estás viendo á Dios cara á cara, y gozando los premios y coronas tan mere-

cidos de tus ayunos, mortificaciones, cilicios, penitencias, oración y pureza! ¡Dichosos los padres que tal hija tuvieron! ¡Bendita la hora en que naciste á este mundo! ¡Dichosa tú mil veces, hija feliz de mi padre Santo Domingo! Ahora gozas de la visión beatífica y presencia de tu Creador. Ha sido tu preciosa muerte, como tu vida, vida de santa y vida de ángel, pues nunca afeaste tu pura alma con mancha de mortal pecado, con lo que jamás perdiste la gracia primera que tu Salvador te comunicó en el Bautismo. Virgen pura y casta, con tu angélica vida en la tierra has entrado en el cielo. Sigue al Cordero inmaculado, sigue sus pasos por doquiera que camine, y recibe la corona eterna que merecen tus virtudes. Pásmese Lima al verse conmovida sin que nadie la moviese, sólo por honrar á una virgen desvalida, hija de padres pobres, que mientras vivió, solicitó tanto el retiro y olvido de todos, con lo que se cumplió el oráculo del cielo que sería glorioso su sepulcro!» [1]

[1] Palabras citadas por Bermúdez y Bilbao.

Rosa fué sepultada con gran pompa en el templo de Santo Domingo, de cuya orden era hermana tercera. Urbano VIII, instado por las autoridades, nobleza y pueblo de Lima, ordenó, el 22 de Mayo de 1625, que se formase el proceso para su beatificación, proceso que continuó tramitándose en el reinado de Alejandro VII, y que concluyó con la canonización de Rosa, acaecida durante el pontificado de Clemente IX, año de gracia de 1668. El nuevo mundo presenció alborozado la elevación á los altares cristianos de su santa, condecorada después con el título de *Patrona de ambas Américas.* Las cenizas de Rosa yacen en el templo de Santo Domingo de Lima, en un sepulcro de alabastro primorosamente esculpido, erigido en las inmediaciones de la capilla de Santa Catalina de Sena, su maestra y modelo desde la más tierna infancia.

El temblor que en 1868 derribó la mayor parte de las poblaciones peruanas de la costa del Pacífico, destruyó también el santuario de santa Rosa, que comprendía debajo de sus bóvedas la casa paterna,

el huerto y la ermita en que ella oraba. Él también guardaba el retrato y los instrumentos de mortificación de nuestra heroína. Penétrase por la puerta principal, en el reducido patio de la casa, con un pozo en el centro, é inmediato á él un frondoso espinillo, cubierto de aromas el día de mi visita. A la derecha hállase el nuevo templo dedicado á la santa. Todavía permanecen en pie las habitaciones de doña María de Oliva y el dormitorio de Rosa; y en el fondo del patio vese la ermita, que más parece armario que morada de criatura humana. Una puerta, con rejilla de madera, desde la mitad, franquea el paso al jardinillo, rodeado de una galería baja, y con el pavimento dividido en cuarteles, que ahora contienen algunos rosales.

La pobreza de la casa, la humildad del jardín, y la santidad de los recuerdos, produjéronme un efecto inesperado. El hogar con sus encantos, la familia con sus tradiciones, el pasado con sus memorias y sus lágrimas, acudieron á mi imaginación. Rosa, tan obediente á sus padres,

tan cariñosa con sus hermanos, tan caritativa con los pobres, había visto deslizarse allí los primeros é inolvidables días de una existencia angelical. Se me representaba la madre arrodillada en un ángulo de la alcoba, rodeada de sus tiernos hijos, rezando el Rosario todas las noches, ó sentada, en el centro de la habitación, leyéndoles la *Vida de los Santos*. Vi á la pequeña Rosa distribuyendo limosnas á los pobres, trabajando primorosas flores, ó, de pie, junto al autor de sus días, el recio Gaspar Flores, señalando en el empolvado pergamino, las letras del abecedario que él le enseñó á conocer. No olvidé en ese momento pasajero, la agitación de los dueños de aquella casa derruída, en las enfermedades de Rosa, ni la pena de Rosa en los días de estrechez que sufrieron sus padres; las luchas que soportó resignada en las horas que pasó, presa del escrúpulo, pálida, abatida, atribulada, orando fervorosamente. Escuché la voz de los teólogos explicando sus éxtasis, clasificando los raptos de su espíritu, y vi á Rosa, púdica y silenciosa, salir de su albergue,

alumbrada por las primeras luces del alba, en dirección al inmediato templo, cargando el cuerpo sobre las delicadas plantas, acentuando el paso, para evitar que de su brevedad los transeuntes dedujeran el reducido tamaño de sus pies, al parecer infantiles.

La apartada infancia es para el alma náufraga, playa remota, en que el corazón reposa un momento y lava sus heridas con las lágrimas del recuerdo. También regamos con llanto sus pálidas arenas, al inclinarnos á recoger con la memoria, los bellos días, así como, cuando niños, alzamos en la ribera conchas y caracoles marinos. Hojas secas del árbol paterno, ó flores marchitas del rosal de nuestro jardín, parécennos entonces las páginas de los libros que nos recuerdan la cartilla en que aprendimos á leer. ¡Primeras y dulces imágenes de la vida! ¡Hogar, familia, infancia os llevo conmigo! ¡Marchando con vosotros, el polvo que levanten mis pisadas en la dolorosa vía, no me obscurecerá el ambiente, porque como brisas benignas, disiparéis las sombras de la senda escabrosa!

Antes de abandonar la ruinas de la casa de la santa americana, en aquel pulverizado hogar, del cual fué amante fiel y espléndido ornamento, la pedí con fervor que me conservara la memoria de la inocente infancia.

Los grandes ojos de que Dios dotara á Rosa, pueden reflejar la inmensidad del cielo y las miserias de la tierra.

¡Contemplando con ellos á los que aquí padecen, contemplará también á Dios, de quien somos hechura, y hacia el cual nos dirigimos con el paso vacilante con que Pedro atravesó, en noche tormentosa, el agitado mar de Galilea!

---

## CAPITULO VI

—

### La tumba de Francisco Pizarro

El cuadro del malogrado pintor peruano don Luis Montero, representando el momento en que la Coya y concubinas del último Inca, penetraron en el templo de Cajamarca, demandando que se las dejase morir, como las mujeres del Malabar, y según la tradicional costumbre de su nación, sobre el cadáver del esposo y señor, descrito por mí cuando empezaba á escribir de corrido, imperfecto, bajo el punto de vista arquitectónico, falso, también, en cuanto á los tipos de las peruanas, encierra tres figuras colosales por la expresión y la verdad con que caracterizan el siglo XVI. Atahualpa, Valverde y Pizarro; son esas tres imágenes, valientemente concebidas y valientemente tocadas. Valverde, representa á lo vivo la

fe del capellán de los conquistadores, con palabras de paz en los labios y la espada al cinto. Atahualpa, pino derribado por el hacha de los conquistadores, es el cadáver de una raza extinguida; Pizarro, esforzado sin ostentación, fuerte como el destino, que venció momentáneamente, alianza formidable de la carne con el hierro, es el soldado audaz que humilló un imperio con sólo quererlo. Más que hijo de sus padres, hijo de sus obras, pues aquéllos ni lo envolvieron ni lo educaron, se formó á su capricho, tal cual él imaginaba que debiera educarse el hombre. Sangre de loba como los fundadores de Roma, debió mamar el soldado fiero y valiente hasta la exageración, cuya planta secó la hierba en los campos de Cajamarca.

Pero al mismo tiempo que infunde pavor su actitud en aquel trance, brilla no sé qué luz en su frente, que revela que Pizarro, héroe de epopeya, no encerraba en su corazón la hiel de Carbajal, el *Demonio de los Andes*. Esclavo de la gloria que le daría nombre, satélite de la fortuna que le daría riquezas, sus buenos instintos no

fueron encaminados en la edad propicia para imprimir al carácter el sello de la bondad viril.

Contemplando muchas veces en Buenos Aires el cuadro de Montero, pensaba en el alma de Pizarro y también en la estructura que la encerró. La elegancia corporal del conquistador y su bella y plástica actitud, despertaron en mí la curiosidad de conocer lo único que de él guarda la tierra en que fué asesinado. Los huesos suelen explicar los misterios del alma ó el secreto de la vida de los hombres.

Sabido es, por demás, que los conquistadores del Perú devoráronse los unos á los otros. De los trece compañeros de Pizarro, cuya pista ha seguido Ricardo Palma, ninguno terminó su carrera naturalmente.

Al iniciarse la conquista, Pedrarias mató á Balboa; Pizarro á Almagro; el hijo de Almagro á Pizarro; Gasca á Carbajal.

Escapó con vida el Licenciado, porque la prudencia le aconsejó salir á tiempo y dejar en pie la *mita,* combatida por el Padre Las Casas, y origen de la muerte de Blasco

Núñez, antecesor del clérigo político, que quiso dar en tierra con la esclavitud de los indios, por orden de un rey débil y transigente, á quien no tenía cuenta ponerse mal con los encargados de la hacienda americana.

El marqués de Atabillos, cayó, el 26 de Junio de 1541, bajo el puñal de un grupo de sus enemigos, capitaneados por Almagro, vengador de su padre. Pizarro, advertido de la conspiración, esperóles en su palacio, actual residencia del Gobierno de la República; y luchando contra todos, cayó trazando en el suelo, con el índice de la ensangrentada mano, una cruz, sobre la cual exhaló su postrer aliento, aquel que tan grande había mostrado tenerlo.

Un negro fiel á él, y una negra fiel á su esposa, recogieron el cadáver, lo envolvieron, y, según dice Prescott, lo sepultaron en el lugar más obscuro de la Catedral de Lima. Palma, el explorador de crónicas, asegura que fué enterrado en el patio de la misma iglesia, llamado, de los naranjos. «Sus restos, escribe Paz Soldán en su *Historia de la conquista del Perú,* fueron

trasladados en 1607 á la nueva Catedral, al lado de los del sabio y digno virrey Mendoza».

Eduardo de la Barra, en un elegante artículo publicado hace algún tiempo, expone varias dudas sobre la autenticidad de la momia de Pizarro, conservada en el panteón de la Catedral de Lima. Apoya su incertidumbre en autoridad tan respetable como la del señor Lastarria, á quien le fué enseñada con estas palabras: «Ese canónigo es Pizarro». Á mí no me preocupa gran cosa el dicho del guía, pues es sabido que pocos de los del gremio saben lo que afirman. Lo que sobre la remoción de estas cenizas cuenta la crónica, y lo que á su respecto dice el señor Fuentes, quien asegura que solamente el cráneo se hallaba en los sepulcros de los canónigos, prestan asidero á la desconfianza con que ahora se escucha al cicerone de la Catedral de Lima, que asegura formalmente que aquellos carcomidos huesos fueron la cárcel soberbia del alma altiva del conquistador del Perú.

Me inclina en favor de la creencia de Palma, además de la razón enunciada,

que no habiendo amado nadie á Pizarro, ni abrigado ninguno la intención de conservar sus despojos, como lo revela el estado en que se encuentran, la fábula no habría valido la pena de ser urdida. Además, las proporciones del esqueleto y ciertos rasgos del cráneo, estudiados por Barra, que acusan el antiguo dominio en él de una voluntad de hierro, afirman la opinión de los que sostienen que esos huesos pertenecieron al marqués de Atabillos.

Silenciosa y solitaria estaba la histórica Catedral el día que vi cumplido el deseo que concebí á orillas del Plata y junto al cuadro de Montero. Mis pasos, precedidos por los de mis compañeros, guiados por el sacristán, resonaron los unos en pos de los otros debajo de la bóveda del obscuro santuario. Bajamos lentamente las gradas del panteón, alumbrado por una vela de cera, y nos acercamos al arco que sostiene, con otros muchos, el pavimento que sirve de techumbre á la cripta, última morada de los canónigos de Lima. Debajo del medio punto, extendido, secos los huesos, despedazado el ropaje, reposa el marqués de

Atabillos. En las cuencas de los ojos anidan gusanos, que van y vienen de un punto á otro del esqueleto, ó se detienen en los pómulos de lo que fué rostro. Nadie espanta con un soplo esos gusanos, que han convertido en suntuosa morada la estructura de la muerta majestad. Toda ella, piel, carne, músculos, pertenece á la nada, pues nada es una miriada de gusanos.

Al penetrar en la húmeda y sombría catacumba, recordé la invocación que el maestro italiano pone en los labios de Carlos V, dirigida á los manes del emperador Carlomagno: *¡O sommo Carlo!*

Para perdonar al uno y al otro, á Carlos V y á Pizarro, como el rey del drama de Víctor Hugo á su rival Hernani, sería menester, con entonación semejante á aquélla, invocar, en vez del sumo Carlos, á los reyes de América, y con ellos á sus mártires generaciones. El espectáculo de la miseria del vencedor, les arrancaría, indudablemente, la inspiración generosa del perdón y del olvido.

Aun no habíamos salido de la sepultura de la Metropolitana, cuando sentimos pasos

sobre nuestras cabezas, y percibimos el desfilar mesurado de muchas personas. Primero un murmullo, y luego el eco cadencioso y melancólico del canto llano, nos anunciaron que los canónigos empezaban en el coro el oficio de Vísperas.

Tomé por plegaria en favor del conquistador del Perú y marqués de Atabillos, la lejana salmodia, y con el pensamiento y el corazón pronuncié aquel «¡Dios te perdone!» que nadie profirió, según el cronista Gomara, cuando don Francisco de Pizarro, pidiendo confesión, cayó en tierra sobre la cruz ensangrentada que trazara en el pavimiento con la desfallecida diestra.

Al abandonar el panteón, fuertemente impresionado por los recuerdos del pasado y el espectáculo de las vanidades desvanecidas, busqué el cuadro de Montero. En ese famoso lienzo volví á encontrar á Pizarro. La mágica evocación del artista me convenció de que el conquistador había existido... Después de contemplar sus cenizas desconfíase de la verdad de la historia que describe al hombre y cuenta su vida. Se le supone mito de la imaginación ó una som-

bra, que, cual cadáver del Cid Campeador, hubiera salido del sepulcro á librar batallas contra crédulas greyes, amedrentadas por la leyenda de un gigante adverso é invencible, empeñado en abatir su orgullo nacional.

# CAPÍTULO VII

—

## Pachacamac. — El Dios y el Templo. El valle de Lurín

Refiere la historia del Perú que Francisco Pizarro, después de haber aprisionado á Atahualpa, envió á su hermano Hernando á la ciudad de Pachacamac, situada sobre el mar, á unas cien leguas de Cajamarca, y asiento del único templo de la divinidad única que en el país adoraban los naturales, antes que los Incas levantasen en sus inmediaciones el santuario que consagraron al Sol. Cubierto de oro el primero, parece que el Inca cautivo aconsejó á los españoles aquella expedición, que debía hacerles dueños de una gran parte del rescate que les había prometido.

Á pesar del ascendiente que los Incas ejercían en las tribus que les obedecían ciegamente, no lograron arrojar á Pacha-

camac del corazón de los habitantes del Perú, los cuales venían de todas partes al santuario á consultar los oráculos de la divinidad. Al pie del templo se elevaba en aquella Meca [1] ó Jerusalén del nuevo mundo, la ciudad de los peregrinos.

Después de algunas semanas de penosa marcha, llegó Pizarro á la ciudad de Pachacamac. Detenido en la puerta del templo por los guardianes, los rechazó diciendo: «que él no había venido de tan lejos, para que un sacerdote indio le impidiese el paso». Seguido de su gente penetró en la capilla, situada en uno de los extremos del monte, y que era el verdadero santuario, donde, según el entender de cierto cronista, el demonio departía con los sacerdotes peruanos. Volvieron éstos á intentar disuadirle del temerario empeño, y es fama que en el mismo instante tuvo lugar un terremoto, que no puso pavor en el alma esforzada de los conquistadores. Por el contrario, derribaron la puerta de turquesas y corales, y entraron en la

[1] Prescott.

capilla, llena de piedras preciosas esparcidas, y con el pavimento cubierto todavía con los despojos nauseabundos de los últimos sacrificios. Viendo los naturales que Pachacamac no fulminaba sus rayos sobre los extranjeros, se inclinaron ante ellos y les rindieron homenaje. Arrancado el ídolo del templo, éste fué derribado más tarde.

Posteriormente, sobre el lugar que él ocupó, una cruz abría los brazos, como para estrechar los huesos insepultos del cementerio de Pachacamac.

Francisco Pizarro, libre de los cuidados de la guerra, festejó en la ciudad de los peregrinos, la visita de Alvarado, el compañero de Cortés.

Calchuchimac, primer general del imperio en el reinado de Atahualpa, [1] acusado de fomentar el alzamiento de los indios, se arrojó en la hoguera exclamando: *¡Pachacamac! ¡Pachacamac!*

¿Quién era este Dios, así honrado y así invocado, en un templo y en una ciudad que llevaban su nombre?

[1] LORENTE.

Según las tradiciones, [1] los antiguos peruanos reconocían un ente supremo llamado *Con,* sin forma humana, espíritu invisible, omnipotente, que llenaba el universo como el aire y la luz. Autor del mundo permaneció satisfecho de su hechura, hasta que los hombres se entregaron á todo linaje de abominaciones. *Con,* convirtió entonces al hombre en bestia, y en erial la tierra habitada. *Pachacamac,* heredero de *Con*, reconstruyó la sociedad y reengendró al hombre, quien en señal de gratitud le erigió un templo, sobre un montículo á orillas del Pacífico, desde cuya cima se dominan los dilatados horizontes del Océano.

Los indios creían que existía un espíritu maligno, *Supay,* adverso á *Pachacamac,* «el que da vida y anima al universo», y [2] contrario también al hombre, pero inferior en poder á la benigna divinidad.

El culto de Pachacamac prevalecía en las masas: la religión del Sol no era el culto verdaderamente popular. Su caudillo no se atrevió á negar ni á *Con* ni á *Pachacamac:*

[1] Rivero y Tschudi.
[2] Paz Soldán.

los reconoció hijos del Sol y hermanos suyos, formando con ellos una trinidad emanada de su gran lumbrera.

Los indios presentaban sus hijos á Pachacamac, y cuando escalaban cuesta empinada ó montaña escabrosa, deponían su carga y lo adoraban como dispensador de la fuerza, consagrándole pelo de las cejas, la llipta [1] que mascaban, un puñado de tierra, ó una piedra. Con diversa significación, ó como simple señal de su tránsito, el indio acumula todavía piedras en los desfiladeros, y arroja en los flancos de las montañas salivas impregnadas de coca y ceniza de espinos.

Esta tradición, de acuerdo, hasta cierto punto, con los libros mosaicos, y la analogía de ciertas ceremonias religiosas de los peruanos, con las del culto cristiano, indujeron á los sacerdotes de los primeros tiempos de la conquista, á contemplar en ello perversas maquinaciones de Luzbel. Acosta, Herrera y Cieza de León, son de ese parecer. Otros autores suponen que algunas

[1] Paz Soldán.

prácticas religiosas de los peruanos, eran como resabios del verdadero culto propagado en América, por los apóstoles San Bartolomé y Santo Tomás. El Obispo Montenegro, en su *Itinerario del Párroco de indios de América,* [1] supone al último, quince ó veinte años después de la muerte de Jesucristo, predicando el Evangelio al pie del Mistí.

Refiere Lorente, que los Incas, en el día correspondiente á nuestro dos de Noviembre, conmemoraban sus muertos y colocaban frutas y flores sobre las «huacas». Garcilaso refiere que había en el Cuzco una cruz cuadrada de mármol blanco. Opina Rivero, «que sería erróneo sacar de estas cruces, inducciones sobre la conexión de la religión peruana con la cristiana, porque la cruz es figura sencilla y fácil de representar en el dibujo y la escultura». [2]

Sin inclinarme en favor de ninguna de estas opiniones, consignaré aquí que un vaso de barro, sacado de una huaca de Trujillo, que existió en mi poder, tiene en

[1] Edición de Amberes, 1698.
[2] *Antigüedades peruanas.*

ambos lados una imagen de la cruz, que no puedo reputar simple dibujo, porque en la parte superior de ella hay una cinta, lo que induce á creer que ese signo había sido considerado como símbolo ú objeto digno de aprecio y veneración.

El culto de Pachacamac, más aproximado á la religión cristiana que el de Manco Capac, nos demuestra la existencia de una civilización anterior, cuyos orígenes se pierden tal vez en el seno misterioso de otra civilización.

En la isla de Macaby, sepultado en el huano, á ochenta pies de profundidad, acaba de descubrirse un ídolo esculpido en madera, prueba evidente de un arte anterior y más adelantado que el que presidió á la formación de los objetos conocidos y clasificados. Es perceptible que fué labrado con buril, en madera, material poco usado por los Curacas, y que al artista no le eran desconocidos el estudio de las líneas, ni el lenguaje del gesto. Representa al hombre, considerado como potencia física y moral.

He visto en una colección de antigüeda-

des, un ídolo formado por una lámina de oro recortada, no clasificado por ninguno de los arqueólogos que han estudiado los monumentos peruanos. Fué encontrado dentro del huano en la isla de Guañape, [1] y pertenece á un período artístico más embrionario aún que los conocidos. Su forma es parecida á la de las cajas mortuorias de los egipcios.

Como se ve, es difícil establecer correlaciones ciertas sobre la religión y cultura peruanas, desde que cada vez que se remueve un poco la tierra de las huacas ó el huano de las islas, se descubre el rastro de una generación desconocida.

Vencido el rey de Cuyasmancu, señor de los valles de Pachacamac, Rimac, Chancay y Shamán, Pachacutec, el Inca triunfante, se apoderó del templo de Lurín. Pachacutec, que se decía celoso guardador de su palabra, [2] aun cuando adoptara como símbolo de su firmeza, el vaso que apuraba con su humillado adversario, pidiéndole después

[1] Me fué regalado por don Enrique Meiggs. El señor Ramondi opina que es un objeto inestimable.
[2] Lorente.

de colocarlo sobre una piedra que no le tocase, ni moviera, porque él no lo movería ni tocaría en prueba de ser formal lo pactado, no era tan tolerante, que si bien aparentemente respetase el culto de Pachacamac, no le tendiera asechanzas, que sus sucesores cultivaron corrompiendo á los sacerdotes. Éstos, en la época de su decadencia, fabricaron un ídolo informe, que materializó la espiritual concepción de Con y Pachacamac.

No falta quien crea que el último de los Incas, Huayna Capac, no abrigaba la creencia de Manco Capac; y que, por el contrario, suponía que el Sol tenía otro señor mayor, [1] «porque si él fuera el supremo, una vez que otra dejara de caminar y descansar por su gusto». Aparte de que hay algo que brilla más que el sol, y que está sobre el mismo sol, y haciendo notar de paso que los Incas no tenían idea de la fijeza de aquel astro en el centro del universo, apunto aquella duda como un indicio de que al iniciarse la conquista espa-

[1] El P. Acosta.

ñola, decaía el prestigio de la religión de Manco Capac, y de que ella se ponía en los últimos tiempos de la monarquía, en el carril de las creencias de los Curacas, adoradores de Pachacamac.

Las ruinas del templo, los despojos de la antigua ciudad, y la alianza en ella realizada de dos civilizaciones diversas, me condujeron hasta el célebre lugar, verdadera necrópolis de razas, religiones y recuerdos.

La antigua ciudad de los peregrinos, fundada á siete leguas de Lima, se hallaba situada al pie de un montículo coronado por el templo, en las inmediaciones del pueblo de Lurín. Tenía á su costado izquierdo, el río del mismo nombre, y al Noroeste la Mamacona, laguna de agua dulce, así denominada, quizás por estar inmediata al convento de las vestales, regido por matronas ancianas, conocidas con ese nombre, cuya misión consistía en educar las vírgenes del Sol, que con los nobles, dirigidos por los amautas, eran los únicos seres humanos que recibían enseñanza en el imperio de los Incas, en lo cual

les aventajaban los mejicanos, pues educaban las clases alta y media de la sociedad.

El cerro cónico que ocupaba el santuario de Pachacamac, mide cuatrocientos cincuenta y ocho pies de elevación. [1]

Á dos millas de la ribera del mar, asoman los agudos picos de tres islotes, separados de la costa por el cataclismo del siglo XV, llamados Farellones, Santo Domingo y Pachacamac.

El viajero entra en la pampa de la Tablada, luego que deja atrás las casas y los huertos de Chorrillos, los grupos de guarangos de sus cercados, los plantíos de cañas y los sembríos de alfalfa. Una cadena de cerros pelados, que forman una inmensa curva, rodea la pampa. Cuerda de este arco, es el mar Pacífico, cuya presencia advierten, desde lejos, los vapores azulados que se elevan en el confín de la derecha.

El gallinazo camaronero, atisba desde los postes del telégrafo de Pisco, al caminante que cruza la llanura, al indio leñador

1 RIVERO.

que arrea sus burros, á la mujer que conduce al mercado de Chorrillos, frutas del valle y amancaes de los cerros.

En los terrenos salitrosos resbala el casco de la bestia, que se hunde más allá en el arenal, cubierto de torcaces y santa-rositas. Uno que otro depósito de agua estancada, nutre las raíces de los juncales esparcidos en todas direcciones.

Caminando casi siempre bajo un cielo nebuloso, contemplando las montañas embozadas en azules brumas, y descubriendo á través de las escotaduras de las de primer término, uno y otro pico, que se suceden escalonados en el fondo del cuadro, se deja á la izquierda el Manzano, la quebrada de la Leña, el Lusicasco, el Pacca y el Caringa, y se tropieza con las ruinas inmediatas al puente del río de Lurín.

Pulverizadas por el tiempo, colaborador del hombre en la obra de destrucción, ellas no presentan siquiera rastros de la grandeza que los historiadores adjudican á algunos de los edificios de Pachacamac.

Una gran huaca cerraría el paso á las cabalgaduras, si los descendientes de los in-

dios peruanos entendieran que los sepulcros de sus antepasados, son tan respetables como las tumbas colocadas á la sombra de la cruz. Pero los huacas son sepulcros de infieles, y los difuntos que las ocupan no se aparecen á los vivos. Aquellos huesos de Lurín, en el sentir popular, son huesos sin ánima.

Los monumentos fúnebres de los peruanos, montículos de tierra de forma irregular ú oblonga, eran atravesados por galerías cortadas en ángulos rectos. Sepultábase los muertos con la provisión de bebidas y objetos que se suponía podían necesitar antes de entrar en el segundo período de su existencia. Colocados en cuclillas, en la actitud de quienes reposaran esperando, el viento seco y cálido en algunos parajes, y las substancias minerales en otros, momificaban los cadáveres. Los cuerpos de los Incas y de las Coyas eran los únicos que se embalsamaban, para colocar los primeros en sus canceles del templo del Sol, y las segundas en el de la Luna, inmediato al gran santuario del Cuzco.

La indigna avaricia especuladora, y la noble curiosidad científica, han removido los sepulcros peruanos, rompiendo la envoltura de los muertos y dispersando las cenizas á la faz del cielo. La gran huaca es un verdadero Gólgota: parece un almácigo de calaveras. Ella recuerda aquel campo que contempló Ezequiel, cuando el Señor le ordenó que llamara al espíritu de los cuatro vientos, sobre los huesos áridos que lo cubrían.

«Tahuantisayu», la tierra, dividida por los Incas en cuatro regiones, correspondientes á los puntos cardinales de la rosa de los vientos, «Antisayu», «Contisayu», «Collasayu», y «Chinchasayu», debía gemir y enviar lágrimas del Este, del Oeste, del Sur y del Norte para humedecer y aplacar el polvo que se levanta de aquellos huesos, desmenuzados por los cascos de los caballos.

La india de América que colocaba el cadáver de su hijo en las ramas del arce florido, le cubría de jazmines y exprimía en los labios descoloridos del niño la leche de sus fecundos pechos, ha tenido su gran

poeta en el mundo antiguo. El nuevo continente todavía no ha producido el bardo del dolor, que entone elegía inmortal sobre sus imponentes ruinas y sus tumbas profanadas.

En ese campo de la muerte, vi vagar al Inca, la frente ceñida con el «llautu» rojo, adornado con las plumas del «coraquenque», meditabundo, como quien calla un inmenso y santo dolor, temiendo que le profane el ambiente, y le contemplé también apoyado en el cetro de oro, con que hundiera el cerro de Guanacaure, los ojos fijos en el mar, contemplando el camino que trajeron los conquistadores.

El sol, que en la fiesta del «Raimy» encendía, en el fondo de un espejo de metal, el algodón que renovaba anualmente el fuego de las vestales, iluminó el grandioso cuadro que ante mis ojos se desenvolvió, luego que ascendiendo por la rampa natural que pasa junto al perfil del templo de Pachacamac, pisé la meseta que le sirvió de pedestal.

Extendíase á la espalda la serranía árida, la población viva de Pachacamac, y el

humo de sus hogares, que se abría paso por entre las copas de los árboles; á la izquierda, el valle de Lurín, sonriente como una mañana de los trópicos; á la derecha, en la falda del cerro, las ruinas del templo del Sol, del palacio de las vírgenes y de la muerta ciudad de los peregrinos; al frente el mar, el infinito...

Pisaba el lugar que en otro tiempo ocupaba la puerta del santuario, abierta al Oriente, de donde viene toda luz... El Océano Pacífico parecía acariciar, con sus mansas y espumosas ondas, los sembrados del oasis de Lurín. El plátano esbelto, la cimbradora caña de azúcar, el árbol del café, el perfumado chirimoyo y el lustroso naranjo, protectores de la yuca y del algodonero, sombrean el opulento valle. La torre del templo de Lurín, blanca como un espectro aparecido en noche tenebrosa, domina el vasto cuadro, y presenta al viajero su elevada cruz, para recordarle el mayor de los sacrificios en aquel «Haceldama» de Sud-América.

En este momento reconstruí imaginariamente la ciudad, y contemplé al dios de

Pachacamac, semejante al de los Aztecas [1], pero con un culto más perfecto, porque éstos no alcanzaron á concebir la idea de la unidad, que los peruanos acataron en un ser benigno, cuya noción, desarrollada progresivamente, debía conducirlos á la concepción perfecta del Todopoderoso de los cristianos.

Medité en las idealidades políticas que precipitaron en la nada al imperio peruano, y en el grosero materialismo que destruyó naciones mansísimas, monumentos sorprendentes, industria adelantada, grandes esperanzas.

En esa hora concebí lo que me es imposible traducir, y á mis lectores toca adivinar.

Mientras tanto el sol declinaba y era necesario partir.

Uno de los guías me presentó maíz fresco, que plantado y cultivado, produce como el trigo encontrado en los sepulcros egipcios, tejidos de algodón ordinarios, y un cráneo cogido en una de las sepulturas del Cementerio.

[1] Solís, Robertson y Prescott, *Conquista de Méjico.*

En los cráneos de las tres razas principales que poblaron el Perú, — Chinchas, Huancas y Aymaraes, — se observa una anomalía osteológica, consistente en la existencia de un hueso interparietal. El doctor Bellamy fué el primero, según lo aseveran Tschudi y Rivero, en sus *Antigüedades Peruanas*, que hizo notar este fenómeno, característico de los animales rumiantes y carnívoros. El cráneo que existe en mi colección, es perfectamente igual al de un niño de diez ó doce años de edad, perteneciente á la tribu de los Chinchas, dibujado y clasificado en la publicación citada. La constancia del fenómeno puede observarse en otros dos cráneos, tomados al acaso, y que conservo con el anterior. En uno de estos cráneos se advierte una depresión muy notable, practicada indudablemente por medio de tablillas, con el objeto de prolongar la cabeza; operación muy generalizada, que atrajo, en el siglo XVI, sobre los que la practicaban, la censura de la Santa Sede.

Emprendimos el regreso cargados de recuerdos y de reliquias, por la playa

de Conchán. Caminábamos sobre la resaca del mar. La marea, que «buscaba sus nidos de la noche», cubría de momento en momento la húmeda vía, con una ola indolente pero inmensa, que al retirarse rellenaba de espuma las huellas de las cabalgaduras que habían precedido á las nuestras, y salpicaba las balsas de totora y los chinchorros, abandonados por los pescadores, en las piedras esparcidas en el linde de la playa.

Al desviarnos, aproximándonos á las primeras chozas de Chorrillos, humeantes en aquel momento, el viento producía murmullos melancólicos en las cañas de azúcar. Parecióme que remedaba la voz de la soledad y de la noche, y que al despedirse del día, recordara el constante desfile hacia la muerte de todo lo que rueda con el globo de la tierra...

# CAPÍTULO VIII

## La Quena

La flauta de los indios peruanos, inspirando á la fábula, ha despertado universal interés entre los que leyeron, ú oyeron referir que la quena reproduce con sus melodiosas lamentaciones el milagro de Amphión, porque obliga á la fantasía á reconstruir el abatido imperio de los Incas y sus pulverizados monumentos.

Cuenta la crónica oral, [1] que cierto joven peruano, apellidado Camporreal, hijo de español y de india, se enamoró de doncella descendiente de los conquistadores. Lo que la naturaleza ó el destino unió, fué separado por la arbitraria voluntad de los hombres. Los padres españoles de la virgen

[1] La señora doña Juana Manuela Gorriti ha sacado de ella una interesante novela titulada *La Quena*. El nombre del héroe y algún incidente de nuestra relación, son tomados de esa obra

peruana, entendieron que los amantes no podían llamarse esposos por la desigualdad de sus cunas. Alejado Camporreal de Lima, se le hizo saber que su prometida había dejado de amarle, enlazándose voluntariamente con un apuesto caballero.

El desdeñado galán abrazó, en su desesperación, la carrera del sacerdocio. Transcurrido algún tiempo, regresó á Lima, donde, en un día señalado en los anales del infierno, volvió á encontrar en su camino á la ingrata que le traicionara. Celebrando en un templo, al volverse al pueblo para decir á los fieles: «El Señor sea con vosotros», la mujer infiel le respondió con su inteligente y atractiva mirada: «tú serás conmigo». Desde aquel momento, despertóse en el pecho de Camporreal la dormida y fiera pasión.

La casualidad descorrió el velo que había enlutado la vida del sacerdote. Acudió la tentación, atraída por el amor, y Camporreal fué perjuro á sus sagrados votos. Nunca mayor tempestad destrozó el alma de un hombre amante de la virtud.

Pero Camporreal amaba más que todo á

María, quien para él era acabado compendio de lo bello y de lo bueno. Vencido él y vencida ella, ambos se dejaron deslizar por el plano inclinado en que la fatalidad los colocara. Camporreal y María, huyeron á las montañas y les pidieron asilo.

Establecidos en una pobre é improvisada cabaña, pasaron algún tiempo gustando un amor mezclado con la hiel de los remordimientos. La mano de la desgracia señaló á la muerte el apartado lugar en que ellos habían burlado la saña de sus perseguidores. El alma de la infortunada peruana, al abandonar la tierra, arrastró consigo la razón del más infortunado Camporreal, y el avaro no quiso desprenderse de su tesoro.

Aquel amante dantesco sacó del lecho el helado cuerpo de María, lo colocó en el banco de tosca piedra en que ella acostumbraba sentarse, ocupó el sitio de la derecha, y formó el propósito de presenciar la lenta descomposición del cadáver.

Durante las fúnebres veladas que con la muerta pasó, compuso un canto, no imitado ni imitable. En cada estrofa consignó la metamórfosis de una de las gracias de

María, operada por la disolución de la carne, que iba desprendiéndose gradualmente de los huesos.

Luego que el cadáver quedó reducido á un blanco y descarnado esqueleto, él formó con una de las tibias una flauta; y con ella, después de sepultados los despojos de María, evocaba el alma de su amante en la noche callada ó rumorosa.

Eran tan desgarradores los sonidos del fúnebre instrumento, que los pastores de las cercanías, percibiendo lamentos emanados de una región misteriosa, abandonaron sus humildes cabañas. La música y las palabras del canto de Camporreal, son conocidas en el Perú con el nombre de *manchai-puitu* [1].

Tal es la crónica de la quena, sueño de alguna fantástica imaginación.

La quena existía en el Perú mucho antes de que los españoles pensaran en conquistar el imperio de los hijos del Sol. Nadie ignora tampoco, y esto explica el origen de la leyenda, que los romanos tenían una

[1] *Manchai-puitu*, ó sea *el cántaro aterrador*.

flauta llamada *tibia* [1], de la cual, por analogía de forma, se tomó el nombre con que hoy es conocido el hueso inferior de la pierna humana.

La quena, fabricada, generalmente, con una caña peculiar de las montañas del Perú, mide media vara de largo y dos tercios de pulgada de diámetro. Abierta por sus dos extremos, con la embocadura formada por un resorte en forma de rectángulo, pero cuyo lado superior está eliminado y el opuesto á éste cortado, como en los clarinetes, hacia el interior y en forma de chaflán, tiene cinco agujeros en la parte superior y uno al costado, por cuya razón sólo produce semitonos fúnebres. [2]

Los indios introducen, algunas veces, una parte de la quena en un cántaro de barro, horadado exprofeso. Por medio de esta operación, las melancólicas voces de la flauta americana, adquieren una resonancia y una tristeza imponderables.

El *Yaraví* ó *Haraví*, que se canta acompa-

[1] Véase los *Estudios Fisiológicos* de Mr. Williams Hugues.
[2] Véase la *Geografía* de Paz Soldán.

ñado por la quena, existía también en la época de la dominación de los Incas. El nombre de esta composición es derivado del de Haravicus, «inventores», con que eran conocidos los elegíacos poetas peruanos.

La desgarradora tristeza del yaraví, proviene más del presentimiento del destino adverso que guardaba á la raza de los compositores, que de esa especie de nostalgia que domina á los poetas que se creen peregrinos en la tierra. La indolencia y melancolía de los antiguos indígenas del Perú, puede achacarse á una causa parecida á la que produjo el abatimiento de los hombres en el milenio.

El presentimiento de la esclavitud ó de la muerte, arranca lágrimas á los débiles, mientras los fuertes se aprestan para luchar ó esperan el golpe fatal sumergidos en indolente reposo. Es conocido el vaticinio de Viracocha [1]. Cuando Huaina-Capac fué advertido de la llegada de los españoles al Perú, recordó inmediatamente que había sido anunciado que en el reinado del duo-

[1] Véase la *Historia del Perú*, por Lorente.

décimo Inca, el imperio sería conquistado «por hombres blancos y barbudos».

Un escritor peruano dice que la música y el canto de la quena, son gemelos del *Super flumina Babilonis* del pueblo hebreo. El americano, á semejanza de los hijos de Sion, ha cantado y ha llorado su cautiverio en sentidas estancias, mezclando sus lágrimas con las aguas del lago Titicaca y con las ondas del río Apurimac. Eco de aquel quejido del Profeta,—«contemplad y ved si hay dolor semejante al dolor mío»,—lanzado desde las barbacanas de Jerusalén, es el triste y desgarrador acento de los haravicus, repetido de generación en generación, en las profundidades de las *yungas* y en las alturas de las *punas*.

«La música del yaraví, escribe Paz Soldán [1], es por término menor, pasando muy rara vez al mayor, en cuyo caso el grave bemol, el dulce sostenido y el agradable becuadro son los que entran en su composición, que admite prodigiosas apoyaturas, oportunos ligados, calderones y los más

[1] *Geografía del Perú.*

primorosos trinos. Casi no tiene un compás determinado, ni arreglado á los principios estrechos de la música, aunque hay algunos de tres por ocho, seis por ocho y tres por cuatro. Se puede decir que son caprichos ó fantasías musicales. Consiste su principal mérito, en la estrecha y admirable armonía que guarda la música, que llaman la *tonada*, con los versos, que tienen el nombre de *letra*. Las penetrantes y sentidas notas del yaraví, llenan el alma de mil inexplicables tormentos, hasta cierto punto dulces y gratos, porque nacen del amor».

En Bolivia se cree, generalmente, que la música de *La Traviata* ha sido inspirada por algunos de los yaravíes más populares de esa República. Muchas personas ilustradas se adhieren á este parecer, asegurando que los principales motivos de la ópera nombrada, son americanos; lo cual no debe maravillarnos, si recordamos que *Aida*, última partitura del maestro Verdi, ha sido escrita sobre aires populares del Egipto, recogidos por un italiano residente en el Cairo.

Los tocadores de quena ejecutan dúos

inolvidables para el que es capaz de percibir, dentro de tan imperfecto instrumento, el alma sollozante del indio triste. Una de las quenas lleva el canto y otra el acompañamiento, ó la primera hace una especie de reclamo, al cual responde la segunda á la distancia.

Es imponderable la sensación que produce el diálogo de las flautas, cuando se le escucha en la montaña, áspera como el camino de la vida, y en una noche nebulosa como el destino del músico desdichado. Pero aun mayor y más imponderable efecto, produce el monólogo de la flauta americana.

El dúo nos inclina á pensar en el dolor compartido: el monólogo es la querella del solitario sin consuelo. Estos monólogos suelen partir del corazón del indio errante ó del alma del amante traicionado. El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas: el segundo suplica á Pachacamac, «el que da vida y anima al universo», ó á la luna, púdica amada del padre de los Incas, que le devuelva el corazón de la mujer, á quien pretende levantar

en la montaña un altar, adornado con flores de amancai, y perfumado con resinas de sus selvas tropicales.

La música de la quena no encuentra atmósfera propicia, ejecutada á la luz del día: es música de la noche, del misterio y de la soledad.

Yo la escuché por primera vez al pie del nevado Tacora.

El agua de una acequia murmuraba no sé qué historia de la lejana vertiente, y los insectos formaban con sus zumbidos una especie de vibración de cuerdas formadas con hilos de luz. Se aspiraba un aroma tan leve, tan delicado, como el perfume que dejan tras sí las vírgenes que pasan adornadas para la fiesta. En el azul firmamento brillaba la luna, muestra transparente del reloj de los amantes, despojada por las hadas buenas del horario que indica las divisiones del tiempo, pero que siempre marca el momento de la cita.

Era uno de esos instantes en que la memoria recuerda, detalle por detalle, la historia de largos y melancólicos días; instantes que nos dejan el alma herida ó la

frente cubierta de nieve. En las alturas del recuerdo cae nieve incesantemente; y el hombre pierde en ellas la voz, como al tocar la cima de la encumbrada montaña, después de una ascensión fatigosa. Mudo, cual todos los que en la noche, á la luz de la luna, con los ojos puestos en los Andes, y el pensamiento fijo en el amor de la patria, recuerdan y se lamentan en silencio, comprendí entonces que la voz de la quena es la voz de los dolores íntimos, la única voz capaz de expresar fielmente las amarguras de la ausencia, del peregrinaje y del olvido.

---

# CAPÍTULO IX

## CHORRILLOS

Chorrillos, situado á orillas del mar, á tres ó cuatro leguas de Lima, fué en tiempo no remoto un pueblecito de pescadores. Convertido más tarde en el Baden-Baden de América, progresó rápidamente, y vió llegar hasta las cercas de sus jardines, los rieles de un camino de hierro, y la locomotora que no cesa de traerle visitantes y curiosos de todas partes.

Nadie ignora en el continente, que Chorrillos es un sitio cubierto de palacios, y preocúpanse los que de él tratan, oyendo llamar *ranchos* á sus espléndidas moradas.

El mote de los palacios de Chorrillos, tiene por origen la costumbre de llamar rancho á la antigua habitación chorrillana.

Cuando los limeños empezaron á veranear en Chorrillos, eran verdaderos ran-

chos los albergues de bañistas y paseantes.

Las cabañas de totora fueron desapareciendo paulatinamente, pero quedó en pie la costumbre de clasificar de *ranchos* las casas del lugar.

Ley es, y no ley como quiera, la convención de la costumbre, buena ó mala, que contraemos de hablar como nos da la gana.

Ya no se conocen las cosas por sus nombres, ni los nombres tienen que ver nada con las cosas.

El agua de Chorrillos, ó del Chorrillo, es considerada como antídoto para varias enfermedades, y el clima repútase inmejorable para algunas dolencias del pecho y del estómago.

Deducidos el clima y el agua, que con la salud no tienen rencillas, lo mejor de Chorrillos es su posición geográfica. La plaza principal no disuena en medio de los palacios que la rodean, lo que no es decir poco, tratándose de una plaza campesina; y sea escrito de paso, lo que no es malo, ni tampoco bueno, es el hotel que, reputado de primera categoría, hace pagar su fama á peso de oro.

Paréceme que he procedido con ligereza al decir, «lo mejor de Chorrillos es esto ó aquello», antes de hablar del malecón y de contemplar la rada de una noche de luna, cubierto el muelle de mujeres hermosas, é inundado el espacio con las armonías de millares de voces primaverales.

Pero ¡otra indiscreción!... Lo mejor de Chorrillos es «el mártir José Olaya», como llama el pueblo á un hombre, salido de su seno, cuyo busto colocado en una columna de mármol, mira con ojos sin luz el dilatado horizonte del mar. Las arqueadas cejas y la expresión enérgica de la boca, manifiestan un carácter de bronce, material empleado en la reproducción que de Olaya se ha hecho á las generaciones que le han sucedido y sucederán.

José Olaya, pescador chorrillano, era un indio con músculos de hierro y aliento de patriota, que hubiera ahogado entre sus brazos el poder español en América, si en forma de gigante lo hubiera encontrado en su camino.

Encerrados en Lima, allá por el año de 1819, los nativos que conspiraban para

dar entrada á la revolución de la Ciudad de los Reyes, Olaya era el intermediario entre aquéllos y la esforzada escuadrilla de Chile, fondeada á la sazón en la isla de San Lorenzo, frente al Callao.

Nuestro héroe salvaba á nado la distancia marítima que separa á Chorrillos del Callao, y llevaba y traía mensajes. Sorprendido por los contrarios, Olaya despedazó con los dientes la correspondencia y tragóse los despojos. Sufrió tormento y murió víctima de su fidelidad, y esclavo de lo único que podía avasallarle en los momentos en que su alma voló al cielo de los mártires: ¡del honor!

Razón tenía para decir que lo mejor de Chorrillos es el mártir José Olaya; á lo que agrego ahora, que lo mejor que ha podido hacer Chorrillos es esculpir en bronce la lección de fidelidad y de firmeza que legó á los americanos tan humilde hijo del pueblo.

Como de paso va la cosa, pasemos, después de consagrar recuerdo y admiración á ese héroe, obscuro en la historia, como tantos otros anónimos y heroicos mártires amasados con la misma levadura.

Las casas chorrillanas son muy hermosas. Pero, con perdón de los artífices, no alabo la elección de sus modelos.

Abomino la arquitectura ciudadana trasplantada á los sitios consagrados á la pereza estival. Pesadas columnas y veredas de piedra inglesa, no cuadran en el frontón de un albergue rural. Me place más la casa suiza y el pabellón de cualesquier nacionalidad, colocado en medio de una arboleda, y con las puertas y ventanas cubiertas de jazmines y madreselvas. Las hojas, la sombra y el misterio, forman los más bellos adornos de la casita en que una mujer, rebosando vida, rivaliza en colores con las rosas encarnadas, ó en la que habita una pulcra Julieta, rodeada de ángeles de Murillo, en medio de blancos rosales.

Tratándose de costumbres campestres, pienso en otra en desacuerdo con mis aficiones. ¿No es verdad que no se armonizan con los árboles y las flores, brocados, sederías y tocados de pluma? Un sombrero de paja de anchas alas en juvenil cabeza, recuérdame el quitasol rústico, formado por una hoja de plátano, con que un pintor ha

cubierto á Virginia y á Pablo, extraviados en el bosque de palmeras de las Pamplemusas.

La blanca ó pintada muselina, es la tela ideal para vestidos campestres. Un corte elegante, una cintura de seda en su flexible tocaya, una rama de glisina ó una rosa en la cabeza, completan ese traje, que forma la alianza de las nubes con las gasas.

Las casas de Chorrillos tienen una especie de galería exterior, que se cierra con una cortina de hilo listado, dividida por la mitad. Esta hendidura, las más veces picarescamente entornada, deja columbrar una hamaca suspendida, y dentro de ella, reclinada ó mecida muellemente, la dueña de un pie pequeño, tan curioso de ver la calle, como el transeunte de verle á él. Las voces cadenciosas, y el cuchichear de las niñas, en media pero alegre voz, estimulan la curiosidad, que puede conducirnos á morir por la oreja, como el padre de Hamlet. Yo no he puesto la mía á tiro de sátira limeña.

Detrás de un cerro de Chorrillos, rematado con una cruz, está el *Salto del Fraile,* lugar donde un religioso, si la tradición no miente, fué tentado por cierta mujer. El monje eludió el compromiso, salvando de un tranco el espacio que entre una roca y la base de aquella eminencia, dejó el cataclismo que las ha separado. Parece que murió allí, y que desde la época de ese acontecimiento, el mar se enfurece siempre que ve faldas, lo cual debe suceder á menudo, porque el sitio es uno de los predilectos de las niñas de los contornos.

Penosa es la ascensión y peor el descenso del cerro, escarpado y cubierto de espesa capa de tierra, que se levanta con las pisadas de los viandantes. El lugar de la tentación compensa todas las fatigas y molestias. La fresca brisa templa el bochorno de la caminata, y la vista del mar convida á vagar por los mundos imaginarios de la fantasía. Allí tienen lugar alegres almuerzos, y los convidados levantan la chispeante copa en honor de la gracia y la hermosura.

Chorrillos proporciona á los bañistas, bellas é inolvidables horas.

Por una rampa artificial, se desciende á los baños situados debajo del malecón. Animados grupos de niñas, seguidas de sus criadas, conductoras de ropas y sombreros, suben y bajan, vienen y van en diversas horas del día.

La temperatura de Chorrillos es mucho más templada que la del Callao.

Siendo Chorrillos una pequeña ciudad de palacios, y asiento, aunque momentáneo, de gentes acomodadas, siempre se encuentra en buenas condiciones higiénicas.

El gallinazo, emigrado de Lima, no tiene ocupación en Chorrillos.

La elegante población de Chorrillos está alumbrada á gas. No creo que le convenga luz tan brillante. La noche del campo tiene un encanto especial, alumbrada por agonizantes faroles y azuladas estrellas.

Los ojos se niegan á recibir, en la estación del calor, fuertes impresiones luminosas, y parece que, como fatigados de la del

sol, nos pidieran les aliviáramos del peso de la luz artificial. Es verdad que hasta la luz puede ser carga; y es indudable, también, que á los aldeanos no les van pintadas las modas que para las capitales inventa la sastrería de París.

# CAPITULO X

## El Ferrocarril de la Oroya [1].—Antigua agricultura de los peruanos.

Las provincias de Pasco y Jauja forman los distritos ganaderos de la República del Perú.

La primera posee abundantes vacadas y rebaños de lanares, y exporta en grandes

[1] Entre este papel y los ojos del lector, interpónese la sombra de un muerto ilustre... Enrique Meiggs, el amigo del Perú, fué el enviado del Norte al Sur, para revelar lo que puede y lo que vale el esfuerzo humano.

Meiggs ha sido en Chile y el Perú, el plenipotenciario del trabajo y de la civilización norte-americanos. Aprovechó las fuerzas vivas del país, utilizó el brazo de sus hijos, transformó cien pueblos, cosechó una fortuna inmensa, y la derramó á manos llenas en los mismos surcos que él abriera al progreso. Meiggs proyectó dos monumentos, erigidos con las piedras del Cahuintala,—el uno consagrado al sudor del pueblo,—el otro á la sangre de los que murieron en la empresa...Mientras el Perú le consagra una columna en la Oroya, y graba su nombre en el Misti, constituyéndole en el único monumento capaz de conmemorar dignamente el triunfo alcanzado por Enrique Meiggs sobre las fuerzas imponderables de los Andes, pidámosle á Dios, los que le amamos, que le conceda, con la inmortalidad, corona de más valía que la que la América puede colocar en las sienes de su estatua, ó discernirle la historia, al pasar revista á los benefactores del continente de Colón.

cantidades cecinas de carnero. En ella se producen perfectamente los frutos de tierra y costa, como el maíz, la alfalfa, el trigo, la cebada, abundantes maderas y la preciada cascarilla. Hállase en su demarcación el célebre cerro de Pasco, mineral de plata que constituye una de las fabulosas riquezas del imperio de los Incas, tenido en el viejo mundo por el más famoso, después de los de Méjico y Potosí.

Jauja ha sido llamada *la despensa de Lima*, por el sabio Paz Soldán. Dueña es también de numerosos ganados, y produce el camote, la yuca é innumerables frutas.

Pero lo que hace de este lugar una verdadera especialidad, es su clima saludable y benigno, panacea de las enfermedades del pecho.

El ferrocarril que busca la cabecera del Amazonas, va á reducir á seis horas el peligroso y fatigoso viaje de seis días, que era necesario hacer para respirar la salud en sus hermosos y fecundos valles.

Las aguas del Lauricocha y el cerro de Pasco, acaban de escuchar el ruido acompasado de los trenes que faldean los Andes, y

el grito de triunfo de la locomotora, que confunde su aliento con los vapores de las nieves eternas, haciendo flamear las banderas de sus guías á diez y seis mil pies sobre el nivel del Océano Pacífico.

Nos encontramos en el ferrocarril de la Oroya, que es la vía que conducirá á la costa del mar los minerales de Pasco, los ganados de Jauja y los cereales de Chanchamayo.

El camino empieza en el Callao, atraviesa la Cordillera, y va hasta la Oroya, siguiendo la margen derecha del río Rimac, por la quebrada que baja de la sierra á la costa. Los Andes miden en la Oroya más de cuatro mil ochocientos metros de elevación. [1]

La pendiente de la quebrada, suave en la parte baja, vuélvese áspera progresivamente, excediendo en algunos puntos al cuatro por ciento. El ferrocarril asciende sin dificultad hasta la base de la cumbre, que atraviesa por un túnel de tres mil metros de longitud. La perforación de la

[1] Datos tomados de la Memoria del Ingeniero en Jefe, don Ernesto Malinowski. Véanse también el *Informe sobre la exploración de los valles de Pasamayo y Rimac,* por Edmundo Roy, y un artículo «El Ferrocarril de la Oroya», publicado en el segundo y tercer número de la *Revista de Lima,* debido á la pluma del doctor Octavio Pardo.

angostura del Infiernillo, tiene más de una milla de extensión.

La locomotora recorre los terrenos bajos hasta un poco más adelante de la fábrica de pólvora: un relleno y un corte la introducen en los terrenos altos de cultivo. La pendiente aumenta sensiblemente en las inmediaciones de San Pedro. Desde Chocica, situada á dos mil ochocientos pies sobre el nivel del mar, hasta Cochacra, situada á cuatro mil ochocientos ochenta y ocho pies sobre la superficie del Pacífico, faldéase un barranco, inmediato al río. En este lugar comienzan las grandes dificultades del camino. En un espacio de ochenta y ocho kilómetros, la quebrada lleva una pendiente que pasa, como se ha dicho, del cuatro por ciento.

El tren ladea los cerros que forman el costado de la quebrada, evitando los puntos de retroceso (excepto en los sitios en que no ofrecen inconvenientes), por medio de tornamesas, que ponen la locomotora en la delantera. Se sube desde Cochacra hasta San Bartolomé, pintoresco pueblecito que domina el valle, y dando una vuelta se fal-

dea los cerros de la izquierda del Rimac, hasta llegar á las inmediaciones de Surco, donde da una vuelta completa, por medio de dos puentes y dos túneles, y asciende, en seguida, á la quebrada de Puchuschano. Entre Surco, población indígena, y Matucana, el tren sigue por los cerros de la orilla izquierda.

Gañada la altura del río y atravesado éste por una puente, la locomotora vuelve á tomar la margen derecha del Rimac. Las asperezas mayores de la vía, se hallan entre Matucana y San Mateo.

Atravesada dos veces la quebrada (y es de advertir que nos encontramos ya á diez mil quinientos treinta pies de elevación), el ferrocarril huella una de las orillas del río Parac. La quebrada tiene una caída de cuatrocientos veinticinco metros en un espacio de seis mil ochocientos de elevación, á cuyo pie el agua pasa por entre dos murallas de cerros casi verticales, en un sitio llamado Infiernillo. Merced á la quebrada de Parac, que en uno de sus costados ofrece una falda suave, se ha conseguido salvar las dificultades de la caída.

Estos obstáculos han requerido varios túneles: el mayor medirá mil ochocientos metros, y será abierto en la piedra viva.

Pasada esta parte del camino, éntrase en la quebrada del río Blanco. El espacio comprendido entre San Mateo y la Oroya, contiene abundantes vetas metalíferas. El trazado recorre las faldas de la izquierda, hasta enfrentar la hacienda de Bella Vista, desde donde gana la altura del río.

De Bella Vista á Casapalca, aun cuando las dificultades no impresionan mucho á la simple vista, el trabajo ha sido muy dificultoso. La quebrada presenta una pendiente bastante regular, pero que pasa de cuatro por ciento. Para reducir la gradiente, es necesario que el trazado, volviendo atrás, aproveche una meseta que forma el terreno en Chicla, y atravesar la quebrada por medio de un viaducto, hasta ganar la playa de Casapalca.

Este lugar hállase inmediato á la cumbre de la Cordillera. Escogido el paso de Piedra Parada, y siendo muy escarpada la cuesta desde Casapalca á la cumbre, es indispensable penetrar antes en la quebrada de Anta-

garanga, ganar altura y regresar por medio de una vuelta hasta frente el mismo Casapalca, para faldear en seguida los cerros y llegar al punto elegido.

Uno de aquéllos, obliga á atravesar la quebrada de Piedra Parada, por medio de un viaducto, hasta llegar á un llano pequeño, donde principia el túnel. Para desaguar los trabajos con facilidad, es necesario dar al túnel, desde su centro, dos pendientes opuestas.

El punto culminante del camino, se encuentra en la mitad de ese túnel, y á cuatro mil seiscientos cuarenta y ocho metros sobre el nivel del mar, á la altura de las nieves eternas, hasta ahora no holladas en los Andes por la locomotora.

Luego de atravesar la Cordillera, cesan las dificultades de primera magnitud. Hasta la Oroya, los cerros son de una suavidad, clasificada de extraordinaria. [1]

El asombroso camino de la Oroya, mide ciento treinta y seis millas, ha sido presu-

[1] **Los estudios de este camino han sido practicados por los señores Malinowski, Slindle, Paz Soldán, Carrera y Lastarria. Su contratista fué don Enrique Meiggs.**

puestado en veintisiete millones y seiscientos mil soles, pagaderos en bonos del seis por ciento de interés; tendrá cinco túneles y treinta puentes, y la obra durará seis años.

Entre los puentes, descuella el de la quebrada «Verrugas», así llamada, porque en ese hermoso lugar cúbrese el cuerpo de verrugas, enfermedad que, según Lorente, invadió á los conquistadores, en su segunda expedición, en el puerto de San Mateo.

Se ignora la causa que produce este mal, porque el agua de la vertiente de «Verrugas», no contiene ninguna substancia dañina.

El puente de hierro que atraviesa la quebrada, mide seiscientos pies de largo. La columna central tiene noventa metros de elevación.

El túnel de «Cuesta Blanca» (llamada así por el color de la piedra caliza de que está formado), abierto á pico en la roca, parece labrado por los cíclopes moradores de las cavernas del Etna. Como este túnel es muy espacioso, y está dividido por un corte, la luz lo baña en todas partes. Una tinta

ligeramente azulada, tiñe la bóveda de aquel grandioso claustro.

Desde que se sale de Lima, el camino presenta mucho interés. «Siguiendo, dice Mr. Crémier, citado por el señor Concha en su *Viaje á Jauja,* el río Rimac hasta Matucana y San Mateo, el terreno es estratificado, y hasta el último punto compuesto de pórfido abigarrado. Se conoce que un brusco solevantamiento ha causado un completo trastorno en las estratas, cuya dirección é inclinación no es posible explicar de un modo general, por su constante variación».

El Rimac, hablador como el ídolo de su valle, corre en el fondo de la quebrada, y á uno y otro lado de la vía férrea abundan sauces, molles y guarangos, de frescos y variados matices.

Los inteligentes señalan al pasar los estragos de los rodados ó «galgas» que se desprenden de las alturas, y las huellas de los «huaicos», ó avalanchas de barro, que tanto han contrariado á los obreros de la vía de la Oroya.

Los pequeños caminos trazados por los

cascos de las mulas, empleadas en las faenas, ciñen la base de las montañas.

Por los mismos, ó por otros más escarpados, atraviesan sin cesar las recuas que van ó vienen de la Oroya.

Desde algunas eminencias, adviértese la espiral del camino: los rieles envuelven la montaña como dos culebras de hierro paralelas.

Pero, lo que indudablemente hace más interesante este camino, no es la obra del día presente, ni el paisaje montañoso, sembrado de pinabetes y bloques erráticos.

Reclaman en él mayor atención y estudio, las ruinas de los sembríos de los Incas, repartidos en los andenes que cubren las montañas de la izquierda del Rimac.

De estos andenes, semejantes á los de Vizcaya, deriva Miller, el nombre de la Cordillera de los Andes, que Prescott supone tomada de la palabra «anta», que significa «cobre», y que dice le fué dado aludiendo á las ricas minas de ese metal que ella posee.

Los Incas cubrían los cerros de planta-

ciones, practicando trabajos colosales, pues es sabido que los envolvían en tierra vegetal, abonada después por medio del «huanu», cuyo uso conocían.

En los lugares muy áridos, construían hoyas, que mantenían la humedad propicia á la vegetación.

«Llevaban su inteligencia en la materia, dice un historiador, hasta construir terrados, cuyas diferentes elevaciones, produciendo el efecto de la mudanza de latitud, ofrecían, en regular graduación, los frutos tropicales y los productos templados del Norte».

A pesar de esto, apenas conocían el arado, porque semejante nombre no merece la estaca que empleaban en la roturación de los terrenos.

El Inca inauguraba anualmente las faenas agrícolas con un arado de oro, según refieren Rivero y Lebrum, dando con ello ejemplo de laboriosidad á sus súbditos.

Cuando se empezaba á labrar la tierra de los soberanos, toda la nación entonaba cánticos que endulzaban las faenas.

Los peruanos acomodaban el trabajo al ritmo, según escribe uno de los historiadores de América.

Su estribillo era la palabra «haillí», que significa «triunfo», y equivale al «excelsior» del norte-americano.

La yuca, el plátano, el maíz, el magüey, la quina, la coca y el ají, que les servían de moneda, constituían los principales productos agrícolas del Perú.

Manco-Capac propagó y mejoró la agricultura, desde su aparición en el valle del Cuzco.

La tierra, según Acosta, fué dividida en tres partes: una para el Sol, una para el Inca y otra para el pueblo.

El producto de la primera, era empleado en el sostenimiento de los templos, el de la segunda en el del rey y servidumbre, y el de la tercera pertenecía al pueblo.

Al contraer matrimonio, todo peruano, de acuerdo con la ley que le obligaba á tomar esposa, recibía un topú de tierra, medida arbitraria, cuyo producto era suficiente para alimentar á dos personas.

Cada hijo varón daba derecho al padre

para poseer otro topú; la hija mujer, habida en matrimonio, no le aportaba sino medio topú.

En el Perú labrábanse primero las tierras de la deidad; en seguida las de los ancianos, enfermos, viudas y huérfanos; después las del pueblo, y por último, las de los jefes inferiores y del Inca.

«No puede imaginarse, escribe el historiador Prescott, una ley agraria más completa y más eficaz que ésta».

De los sembrados de que venimos hablando, no se conservan sino los andenes.

Su extensión demuestra, á la simple vista, que el imperio de los Incas debía ser uno de los más poderosos de la tierra.

Lorente calcula su población, arbitrariamente, porque no se conserva sino la memoria del primer censo, que levantó el Inca Sinchi-Rocca, en más de diez millones de individuos.

En medio de aquellas ruinas, asoman algunos sepulcros.

Inexplicable efecto producen en el ánimo del viajero, esos despojos del pasado, y la gran vía por la cual se va ahora á la Oroya,

cimiento del suntuoso edificio de la venidera prosperidad nacional.

En las huacas, tambos de la muerte, los indios hacen una pascana misteriosa.

Siempre me ha interesado vivamente la actitud en que se encuentran los cadáveres peruanos.

En cuclillas, la cabeza inclinada sobre el pecho, apoyados los codos en las piernas, parece que esperaran reposando. En los monumentos egipcios, vestigios petrificados de la grandeza faraónica, sus moradores duermen. Pompeya es una gran tumba improvisada por el Vesubio. Cuando el aire penetra en ella, sus pobladores, según dice un arqueólogo, vuelven á morir en presencia del que la visita. El indio americano soporta la acción de la luz y del aire, revela con su imponente silencio grandes desgracias, y espera...

Pero ¿qué espera? ¡La justicia del cielo y de la tierra!

He ahí las ruinas de sus huertos, de sus acueductos, de sus cabañas...

El genio americano ha removido la necrópolis de una raza que presintió su ruina

y la cantó con sus haravicus; que lloró con la quena su querida libertad, su amada pacarina, el puente de Maita-Capac, el camino de Huaina-Capac, el templo del Sol...

He ahí á América abriendo los cimientos del porvenir sobre las ruinas del pasado.

Los muertos esperaban en sus sepulcros, abiertos por los cataclismos, un acontecimiento que devolviera á la patria el esplendor de su grandeza profanada.

El ferrocarril de la Oroya es la resurrección del genio y de la grandeza de América.

¡Que él sea igualmente la resurrección de su adelantada agricultura!

Si lleva y trae productos cambiables, debe conducir también inmigrantes á los lugares despoblados. Si coopera á aumentar la fortuna del hacendado, debe contribuir también al mejoramiento social del mitimae del Inca.

A este precio obtendrá el Perú nuevos y fabulosos caudales.

Aun cuando él haya enajenado el abono, debe repartir á sus hijos la tierra sin abonar.

Las lágrimas del indio de la mita, no fecundan los campos.

En proporción de su amargura, está la sal que contienen.

Sir Arturo Young, notable viajero y escritor del siglo XVIII, decía, hablando de la agricultura en Francia: «Dad á un individuo un jardín en arriendo por diez años, y os devolverá un desierto. Dad á un individuo la propiedad segura de una roca, y os devolverá un jardín».

---

## CAPITULO XI

### El Perú

El imperio peruano abrazaba en tiempo de los Incas, mayor extensión que el mejicano, pues se extendía á lo largo de la costa del Océano Pacífico, desde el río Tumbes hasta el Maule de Chile, y comprendía como dos mil quinientas millas.

Sus límites actuales, arreglados al *uti possidetis* de 1810, son, al Norte, el Ecuador y Nueva Granada; al Sur, la quebrada de Tocopilla ó Duendes, casi en los 21° 32′ de latitud; al Este, el imperio del Brasil y la República de Bolivia, y al Oeste, el mar del Sur.

Una población de dos millones cuatrocientos sesenta y un mil noventa y nueve habitantes, ocupaba en 1873, según la *Guía* de Cabello, esa vasta comarca, dividida en tierras bajas y tierras altas, ó sea

las de las costas y las de la Cordillera, con los valles pertenecientes al sistema de montañas, llamado peruano por los geógrafos.

La riqueza de sus minerales de cobre y hierro, de oro y plata, ha servido de punto de comparación para encarecer la fortuna fabulosa de hombres y naciones.

El descubrimiento de las huaneras y salitreras del Perú, mantuvo, y mantiene, la prosperidad material de esa tierra privilegiada por la naturaleza.

Merced á la variedad de sus climas, ella posee también las producciones de todas las zonas del globo, entre las cuales se enumeran las hierbas medicinales más apreciadas, y las más ricas substancias tintóreas, como también el maíz, la cebada, la yuca, el camote, el algodón, la caña de azúcar, el plátano, la morera, la palma, el cedro y el algarrobo.

La yunga, el temple y la puna, forman, en el orden en que han sido nombrados, la base, el centro y el extremo de una línea perpendicular, que recorre todos los grados de calórico, correspondientes á las diversas latitudes del globo.

Imagínese el lector un vasto espacio del planeta erizado de conos, surcado por profundas hendiduras, y cruzado por ríos que parecen mares; con arenales inmensos y bosques asombrosos, dominadas las llanuras por cerros piramidales, y amenazada la selva por el vómito del volcán; la tempestad á las plantas de la montaña, la nieve en las gargantas, y la más espléndida luz iluminando la frente de granito de los Andes; aquí, la nube del desierto oriental; arriba, el trueno del Sinaí, y más allá, el resplandor de las cumbres altísimas del Himalaya; en un punto, rebaños que huyen del hombre, como la vicuña y la llama, y en otro, guaridas de fieras, como el jaguar y el cuguardo, que le acechan: las mariposas de los trópicos libando las flores de una primavera perdurable, y la culebra y la serpiente arrastrándose debajo de arbustos revestidos de sempiterno verdor; lagos cubiertos de insectos zumbadores, y arroyos colmados de ánades y cisnes blancos; en la costa, líneas tortuosas y monótonas, trazadas por eminencias arenosas, y hacia el interior, formando

horizontes lejanos y escalonados, alturas cubiertas con la vegetación del Paraíso; nidos de águilas en los picachos que perforan las nubes, y nidos de hombres en el fondo de los valles; el condor midiendo con su vuelo ordinario las cúspides de cuatro mil metros de altura, ó elevándose hasta las punas, situadas á seis mil novecientos metros; imagínese, decía, el lector los contrastes magníficos y asombrosos de ese país, adherido á la columna vertebral de la cordillera que se extiende desde el Atlántico hasta la América Rusa, y aun no habrá podido concebir su magnificencia.

Vea y escuche un momento más.

En medio de aquellos perfiles adustos y solemnes, de aquellas profundidades aterradoras, siguiendo las ondulaciones del sistema peruano, encontrará á los seiscientos metros sobre el nivel del mar, el límite del cacao y del café; á los ochocientos cincuenta y nueve, la región de los cardos y gramadales; á los dos mil el término de la chirimoya y de la piña; á los dos mil doscientos veinticinco, la del cactus peruviano y las plantas tuberosas;

á los dos mil novecientos, el de las cascarillas de Humboldt; y á los tres mil trescientos, en la ceja de la Cordillera, el desamparo y la esterilidad.

Prosiga el lector la ascensión imaginaria, y hallará á los tres mil novecientos metros de elevación los rastros de la vizcacha y la vicuña, y á los cuatro mil novecientos, las guaridas de la alpaca y de la llama.

Un esfuerzo más, y alcanzando hasta los cinco mil quinientos metros, descubrirá las regiones de los criptógamos y de las punas, que dominan todas las zonas recorridas.

El cerro de Pasco, el pico de Schama, el Pichu-Pichu y el Mistí, quedan á las plantas de algunas de esas zonas, ó se empinan sobre otras de las que componen la comarca peruana.

Los picos fantásticos de la Cordillera, contemplados durante la noche, parecen las góticas agujas de templos fabricados por cíclopes. El órgano, el trompetero y el avión dejan oir sus voces en el interior de la colosal estructura, que produce en

la tempestad ruidos aterradores, reforzados por los imponentes acentos del Ucayali, del Amazonas y del Océano Pacífico.

Pero... separemos los ojos de la naturaleza y volvámoslos á otra parte.

Iniciando el movimiento emancipador de la América del Sur, el Perú no podía permanecer en tutela.

Sus antecedentes nacionales y la fuerza propia de que disponía, estimulada por el ejemplo de los Estados Unidos, hiciéronle comprender que debía emanciparse.

En el año 1805 se conspiraba en el Cuzco, y la fortuna era adversa á Ubalde y Aguilar.

Acababa de terminar el año 1809, y comenzaba el de 1810, que comprende la aurora y el día de nuestra emancipación.

La España, luchando por su independencia amenazada, daba á los americanos, dice un historiador, ocasión y ejemplo.

Cuando el movimiento revolucionario estallaba en la Paz, en Buenos Aires, Santiago, Caracas, Quito, Bogotá y Nueva España, Lima se sentía conmovida por el sacudimiento eléctrico que recorría toda la América.

Tacna en 1811, Huánuco en 1812, y el Cuzco en 1814, intentaron romper las cadenas del Perú.

Pero Pumacahua, Angulos y Béjar, cayeron vencidos en la última de esas ciudades, la más histórica del imperio de los Incas.

La victoria de Chacabuco en 1816, y el triunfo de Maipo en 1818, que afianzaron la independencia de Chile, prepararon la expedición libertadora del Perú.

El 7 de Septiembre de 1820, el general don José de San Martín desembarcaba en la Bahía de la Independencia, y el 8 tomaba á Pisco, dando principio á esa grande y gloriosa campaña, terminada con el abandono de la capital por Laserna.

El Libertador penetró en la Ciudad de los Reyes, y después de consultar los votos del clero, la nobleza y el pueblo de Lima, hizo jurar su independencia el 28 de Julio de 1821.

Las campañas de Junín y Ayacucho, coronadas por la victoria, y la capitulación de Rodil en los castillos del Callao, el 5 de Enero de 1826, cierran el período de la lucha de la independencia, y colocan al

Perú en el ancho y despejado camino de la República.

Al jurar la independencia en Lima, el Libertador formuló claramente el programa político de la nación redimida.

«El Perú, dijo, es desde este momento libre é independiente, por la voluntad general de los pueblos, y por la justicia de su causa, que Dios defiende».

Si recorremos la historia de esa República, veremos que ella ha pasado por todas las peripecias consiguientes á los pueblos que aceptan cualesquier forma de gobierno, sin estar preparados para aplicarla.

El Perú ha sufrido las contrariedades y ha disfrutado de las ventajas inherentes á las naciones ricas.

Pero en medio de los intereses personales de los ciudadanos, y de las aspiraciones absorbentes del militarismo, él ha conservado incólumes los principios democráticos, distinguiéndose por la liberalidad de sus leyes, por el amor al progreso moral y material, por su hospitalidad al extranjero, y por haber declarado hermanos á todos los americanos.

El hombre, llamado á aprovechar los bienes que le ofrece la pródiga naturaleza del Perú, labra, en estos momentos, sus minas, siembra sus valles, y rotura sus montañas. Parece una empresa irrealizable la de acercar los lejanos y hermosos oasis á las costas áridas azotadas por el mar. Pero el filo del hacha en la selva, y el filo del pico en la montaña, empiezan á abrir caminos al comercio y la civilización.

El Perú, que ha cantado en festines que recuerdan las fiestas romanas, y llorado en tribulaciones que traen á la memoria las querellas fratricidas de Huáscar y Atahualpa, ha aceptado con fe la tarea de cultivar el corazón y la mente del ciudadano, levantando con robusto brazo la enseña salvadora que lleva por lema estas palabras: *Educación y trabajo.*

Mientras se erige escuelas, entrégase al servicio público, estudian, contratan y concluyen treinta y ocho ferrocarriles.

Hase ejecutado el caudillaje en las calles de Lima; pero su cabeza es mezquina ofrenda en el altar de la patria, que no

vive de cultos sangrientos. La mayor gloria del Perú, consistiría en decapitar la ignorancia en la escuela, enseñando á los ambiciosos que el poder no pertenece á los que lo codician, sino á los que lo merecen.

Ese pueblo, empeñado en espiritualizarse, porque sabe prácticamente que el materialismo es su ruina, desde que suplanta la idolatría del sol del firmamento, por la del sol de oro, debe preocuparse de resolver el triple problema de sus deberes para con Dios, la patria y sus semejantes.

La inmigración, pero la inmigración libre y honrada, que mejora las razas y la producción de la tierra, tiene en el Perú grandes riquezas que adquirir y una elevada misión que desempeñar, poblando lo que está desierto y convirtiéndose en vehículo de ideas.

El Gobierno del Perú, antes de lanzarse á establecer periódicamente la corriente inmigratoria, debe inspirarse en los reglamentos que los Incas dictaron á sus mitimaes.

Todo hombre es una peculiaridad del

sitio de su nacimiento: el que abrió los ojos en la puna, no es apto para el trabajo de la yunga.

Por eso aquellos buenos salvajes, al transportar de un punto á otro del país un pueblo conquistado, ó el grupo de individuos necesario para cultivar un lugar, enviábanlo á sitios análogos al que dejaba ó al en que había nacido.

El inmigrante, cuando venga de su propia cuenta, puede habitar donde mejor le cuadre; pero cuando venga llamado por la autoridad pública, no se cometa la imprudencia de enviar pastores á los terrenos agrícolas, ni agricultores á las tierras de pastoreo.

Debe preferirse también la familia, que se vincula á la tierra extranjera por el hogar, al hombre aislado, que siempre es vagabundo.

El movimiento social que se está realizando en el Perú, y que será coronado por el triunfo, exige algo que enunciaré con la simple fórmula de mi pensamiento, dejándolo aquí, en la última página, para que

sea lo primero en la memoria de los que leyeren este libro.

¡En honor de la especie y de la libertad humanas, es necesario abolir en el Perú el inquilinato de asiáticos!

---

# APÉNDICE

## LIBROS QUE PUEDEN CONSULTARSE SOBRE EL PERÚ

*Mémoires historiques sur l'ancien Pérou,* por el licenciado Fernando Montesinos. — París, MDCCCXL. — Biblioteca Americana del señor don Gregorio Béecher.

*Historia natural y moral de las Indias*, compuesta por el Padre Joseph Acosta, religioso de la Compañía de Jesús. —Sevilla, 1590. — B. A. de B.

*La Crónica del Perú*, nuevamente escrita por Pedro Cieça de León, reino de Sevilla, edición de Rivadeneira. —Madrid, 1853. — B. A. de B.

*Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, por A. Humboldt. —París, 1816. —B. A. de B.

*Ensayo político sobre la Nueva España*, por el Barón A. de Humboldt.—París, 1827.—B. A. de B.

*Histoire de la découverte et de la Conquête du Pérou*, por D'Agustín de Zárate.—París, 1842.—B. A. de B.

*Historia General del Perú*, por el Inca Garcilaso de la Vega, primera edición, MDCXVII.—B. A. de B.

*Voyage dans l'Amérique Méridionale*, por Alcide D'Orbigni.—París, 1835.—B. A. de B.

*Colección de las obras del venerable Obispo de Chiapa, don Bartolomé de las Casas.*—París, 1822.—B. A. de B.

*Historia de la Conquista del Perú*, por Prescott.—Madrid, 1853.

*Historia de la Conquista de Méjico*, por Prescott.—Madrid, 1853.

*Memorias del General John Miller.*—Londres, 1829.—B. A. de B.

*Antigüedades Peruanas*, por Rivero y Tschudi.—Viena.

*Los Incas ó la destrucción del imperio del Perú*, por Marmontel.—París, MDCCLXXVIII.—B. A. de B.

*Cartas de una Peruana.* *** — Valencia.

*Historia de la Conquista del Perú*, por Enrique Lebrún.—Barcelona, 1862.

*Historia antigua del Perú*, por Sebastián Lorente.—Lima, 1860.

*Lima*, por Manuel A. Fuentes.—París, 1867.

*Vida de Santa Rosa de Lima*, por Bermúdez.

*Vida de Santa Rosa de Lima*, por XXX.

*Vida de Santa Rosa de Lima*, por Oviedo.

*Vida de Santa Rosa de Lima*, por Francisco Bilbao.

*Volcanes y terremotos*, por Zurcher y Margolli.—París, 1867.

*Ferrocarril de Arequipa*, por S. B. Camacho. —Lima, 1871.

*Estudio del doctor don Vicente F. López, sobre las razas arianas del Perú.*

*Geografía del Perú*, por don Mateo Paz Roldán. —París, 1862.

*Lecciones de Geografía*, por Lastarria y Tornero.—Valparaíso, 1858.

*Atlas Geográfico del Perú*, por don Mariano Felipe Paz Soldán.—París.

*Examen de las Penitenciarías de los Estados Unidos*, por don Mariano F. Paz Soldán.—Nueva York, 1853.

*Los Médanos.*—Poema pentasílabo, por Juan de Arona.—Lima, 1869.

*Viaje de Vieja*, por Concha.

*Un viaje á Arequipa en 1872*, por E. Larrabure V. Unanue.—Lima, 1872.

*Descripción de la inauguración del ferrocarril de Arequipa*, por A. Urizar Garfias.—Lima, 1872.

*Sueños y Realidades*, por doña Juana Manuela Gorriti.—Buenos Aires, 1865.

*Aguas termales de Jura y de Jesús*, por don Gualberto Valdivia.—Arequipa, 1872.

*Exposición de Lima en 1872*, por don Francisco A. Fuentes.—Lima, 1872.

*Tradiciones*, por Ricardo Palma.—Lima, 1872.

*Archivo Boliviano*, por don Vicente Ballivián.—París, 1872.

*Informe de D. E. Malinowski, sobre el ferrocarril de la Oroya.*—Lima, 1869.

*Informe de don Edmundo Roy, sobre la exploración de los valles del Pásamayo y del Rimac.*—Lima, 1869.

*Catálogo de la Galería de pinturas antiguas de Manuel Ortiz de Zevallos.*—Lima, 1873.

*Catálogo del Museo y Pinacotea del señor don José Dávila Condemarín.*—Lima.

*Estadística de Lima*, por don Manuel A. Fuentes.—Lima.

*Guía de Forasteros de Lima para 1873*, por Cabello.—Lima, 1873.

# INCAS DEL PERÚ

Un manuscrito del siglo XVI, da la siguiente razón del reinado de cada soberano del Perú:

| INCAS | DURACIÓN DE SU REINADO<br>AÑOS | ÉPOCA DE SU MUERTE |
|---|---|---|
| Manco Capac. . . . . . . | 36 | 1054 |
| Sinchi Rocca. . . . . . . | 30 | 1084 |
| Lloqque Yupanquí. . . . | 30 | 1114 |
| Maita Capac. . . . . . . | 38 | 1152 |
| Capac Yupanquí. . . . . | 42 | 1194 |
| Inca Roca.. . . . . . . . | 52 | 1246 |
| Yahuar Huaccac. . . . . | 35 | 1281 |
| Viracocha.. . . . . . . . | 52 | 1333 |
| Pachacutec. . . . . . . . | 52 | 1385 |
| Yupanquí.. . . . . . . . | 40 | 1425 |
| Tupac Inca Yupanquí. . | 45 | 1470 |
| Huayna Capac. . . . . . | 50 | 1520 |
| Huascar.. . . . . . . . . | 8 | 1528 |
| Atahualpa.. . . . . . . . | 2 | 1533 |

## GOBERNADORES DEL PERU EN LA EPOCA COLONIAL

### Durante el reinado de Carlos V

Francisco Pizarro, en lucha con el Inca y Almagro, de 1534 á 1541.

Vaca de Castro, en lucha con el joven Almagro, de 1541 á 1544.

Blasco Núñez Vela, en lucha con la Audiencia y Gonzalo Pizarro.

García, en lucha con Gonzalo Pizarro, de 1545 á 1549.

La Audiencia, en 1550.

D. Antonio de Mendoza, de 1550 á 1551.

La Audiencia, de 1551 á 1555.

D. Andrés Hurtado de Mendoza, que fué nombrado al fin de este reinado, continuó gobernando en el siguiente.

### Felipe II

D. Andrés Hurtado de Mendoza, de 1555 á 1559.

D. Diego de Acevedo y Zúñiga, de 1559 á 1561.

La Audiencia, en 1561.

D. Lope García de Castro, de 1561 á 1567.

D. Francisco de Toledo, de 1567 á 1580.
D. Martín Enríquez, de 1580 á 1582.
La Audiencia, de 1582 á 1584.
D. Fernando de Torres, de 1584 á 1590.
D. García Hurtado de Mendoza, de 1590 á 1596.
D. Luis de Velasco, que fué nombrado en 1596, continuó gobernando en el reinado de Felipe II.

## Felipe III

D. Luis Velazco, hasta 1604.
D. Luis Acevedo y Zúñiga, de 1604 á 1605.
La Audiencia, de 1606 á 1608.
D. Juan de Mendoza, de 1608 á 1615.
D. Francisco de Borja, de 1615 á 1621.

## Felipe IV

La Audiencia, en 1621.
D. Diego Fernández de Córdoba, de 1621 á 1629.
D. Luis Francisco de Cabrera, de 1629 á 1639.
D. Pedro de Toledo y Seiva, de 1639 á 1648.
D. García Sarmiento y Sotomayor, de 1648 á 1655.
D. Luis Enríquez y Guzmán, de 1655 á 1661.
D. Diego Benavídez, de 1661 á 1666.

CARLOS II

La Audiencia, hasta 1667.
D. Pedro Fernández de Castro, de 1667 á 1672.
La Audiencia, de 1672 á 1674.
D. Baltasar de la Cueva, de 1674 á 1678.
D. Melchor de Linán y Cisneros, de 1678 á 1681.
D. Melchor de Navarra y Rocaful, de 1681 á 1689.
D. Melchor Portocarrero, Conde de la Monclova, entró á gobernar en 1689: continuó á la cabeza del Virreinato hasta el siglo y reinado siguiente, aunque ocurrió el cambio de dinastía.

FELIPE V

El Conde de Monclova, hasta 1706.
La Audiencia, algunos meses en 1707.
D. Manuel de Oms y Semanat, de 1707 á 1710.
D. Diego Ladrón de Guevara, de 1810 á 1816.
D. Diego Morcillo, 50 días.
D. Carmine Nicolás de Caracciolo, de 1716 á 1717.
D. Diego Morcillo, de 1719 á 1724.
D. Luis Armendóriz, de 1724 á 1736.
D. Juan Antonio de Mendoza, de 1736 á 1745.
D. José Manso de Velazco, Conde de Superunda, que entró en 1745, gobernó en los reinados siguientes.

### Fernando II

El Conde de Superunda.

### Carlos III

El Conde de Superunda, hasta 1761.
D. Manuel Amat, de 1761 á 1775.
D. Manuel Guirior, de 1775 á 1780.
D. Manuel Jáuregui, de 1780 á 1784.
D. Teodoro Croix, que entró en 1784, continuó gobernando en el reinado siguiente.

### Carlos IV

D. Teodoro Croix, hasta 1790.
D. Francisco Gil de Lemos, hasta 1796.
D. Ambrosio O'Highins, de 1796 á 1800.
La Audiencia, por algunos meses.
D. Gabriel Avilés, de 1801 á 1806.
D. Fernando Abascal, de 1806 á 1808.

### Fernando VII

D. Fernando Abascal, hasta 1817.
D. Joaquín de la Pezuela, de 1816 á 1821.
D. José de Laserna, de 1821 á 1824.

## ARZOBISPOS DE LIMA

Fr. Jerónimo Loaiza, gobernó desde 1548 hasta 1575.
Santo Toribio de Mogrovejo, de 1579 á 1606.
D. Bartolomé Lobo Guerrero, de 1609 á 1622.
D. Gonzalo Ocampo, de 1625 á 1626.
D. Fernando Arias de Ugarte, de 1630 á 1638.
D. Pedro Villa Gómez, de 1641 á 1671.
Fr. Juan Almoguera, de 1674 á 1676.
D. Melchor de Liñar y Cisneros, de 1678 á 1708.
D. Antonio Zuluaga, de 1714 á 1722.
Fr. Diego Morcillo, de 1723 á 1730.
D. Antonio Escandón de Chileautes, de 1732 á 1739.
D. José A. Ceballos Escandón, de 1742 á 1745.
D. Pedro A. Barroeta, de 1751 á 1758.
D. Diego del Corro, de 1759 á 1761.
D. Diego A. de Parada, de 1762 á 1779.
D. José D. González de Larreguera, de 1782 á 1805.
D. Bartolomé María de las Heras, de 1806 á 1821.
D. Jorge de Benavente, de 1834 á 1839.
Fr. Francisco de Sales Arrieta, de 1841 á 1843.
D. Francisco J. de Luna Pizarro, de 1846 á 1855.
D. José Manuel Pasquel, de 1855 á 1857.
D. José Sebastián de Goyeneche, de 1859 á 1872.

# EXPLICACIÓN

## DE LAS PALABRAS DE LA LENGUA QUICHUA USADAS EN ESTE LIBRO, Y NOMBRES CIENTÍFICOS DE ALGUNOS VEGETALES PERUANOS

---

*Con* — Supremo Hacedor.

*Inti* — Sol.

*Quilla* — Luna.

*Yalpor* — Trueno.

*Puna* — Altiplanicie.

*Rimac* — Hablador.

*Coricancha* — Barrio de oro.

*Llautu* — El birrete de los Incas.

*Coraquenque* — Ave sagrada, semejante al ibis egipcio. Dos de sus plumas adornaban el *llautu* de los Incas.

*Huata* — Año.

*Mamacocha* — Mar.

*Mamacona* — Matrona encargada de la educación de las vírgenes del Sol.

*Huasca* — La cadena de oro de Maita-Capac, que se supone sepultada en el lago Titicaca.

*Tia-huanaco* — ¡Descansa, huanaco!

*Charquí* — Carne secada al sol.
*Chasqui* — Correísta.
*Amauta* — Sabio.
*Inca* — Rey ó cosa del Sol.
*Capac* — Poderoso.
*Mama* — Idea de la maternidad.
*Taita* — Padre.
*Huaca* — Sepulcro y divinidad provincial.
*Conopa* — Dios lar ó penate.
*Pelú* — Río. De esta palabra provino el nombre de Perú, que se dió al imperio de los Incas.
*Anta* — Cobre.
*Misti* — Mestizo.
*Chilli* ó *Chiri* — Frío.
*Arei-quepay* — Sí, quedaos.
*Ayacucho* — Rincón de muertos.
*Supay* — Espíritu maligno, ó sea el demonio, adverso á *Con*.
*Pachacamac* — El que anima y da vida al universo; regenerador que salvó la especie humana condenada por *Con*.
*Cuzco* — Ombligo.
*Tambo* — Posada.
*Pascana* — Descanso.
*Pacarina* — Lugar originario de las razas.
*Tingo* — Confluencia de los ríos.
*Lloclla* — Arroyo.
*Llipta* — Composición de coca y cenizas de espino que mascan los indios.
*Chaco* — Cacería.

*Haravicus* — Inventor.

*Quena* — Flauta.

*Manchai-puitu* — Cántaro aterrador.

*Chasca* — Mancebo de rizada cabellera. Así llamaban al planeta Venus, reputado paje del Sol.

*Huanu* — Abono.

*Coya* — La esposa del Inca.

*Pampa* — Llanura.

*Quichua* — *Quechua* — Lengua rica en voces y de suave pronunciación. Era el idioma oficial, y, en algunos pueblos, lo que el francés en los de Europa.

*Aimará* — Idioma áspero y gutural de los aimaraes.

*Mitimaes* — Indios conquistados á quienes se obligaba á trabajar en las labores comunes.

*Quipo* — Hilos de colores anudados de diversos modos, con los cuales suplían los peruanos la escritura jeroglífica, perdida durante la dominación de los Incas. Parece que al principio sólo se aplicaban á la numeración, y que después, perfeccionados, les servían como auxiliares nemónicos á los

*Quipocamayos* — encargados de descifrarlos. Estos individuos eran depositarios de las crónicas, que, referidas de unos á otros, las anotaban por medio de nudos conocidos entre ellos, que desempeñaban las veces de apuntes.

*Topu* — Medida de tierra que se daba á todos.

los matrimonios, y cuya extensión variaba según los lugares.

*Paco-Vicuña* — Animal resultante del cruzamiento de la vicuña y de la alpaca, practicado por el cura Cabrera, y celebrado en una décima escrita en lengua quichua por don M. Basagoitia.

*Vilche* — Pueblecito situado entre Arequipa y Puno, donde los indios serranos celebran una feria anual, en que se hacen negocios y cambios por valor de algunos millares de soles. En esta feria venden cobertores, colchas de cama y bufandas de cuero de vicuña.

*Huaraco* — Ceremonial con que, después de haber sido iniciados por los amautas en su embrionaria ciencia, y probada su aptitud para la guerra, se ceñía á los jóvenes nobles una especie de cinturón, que era cual la toga viril de los romanos.

*Puchicana* — Rueca pequeña.

*Orejón* — Superlativo de oreja. Los españoles llamaron así á los hijos del Sol, á quienes, después de cierto tiempo de enseñanza, el Inca horadaba las orejas y colocaba pendientes, que con su peso les estiraban los cartílagos casi hasta los hombros.

*Raymi* — Magnífica fiesta en honor del Sol. Tenía lugar en el solsticio estival, cuando aquel astro, llegado ya á la extremidad de su carrera meridional, volvía atrás «como para llenar de

gozo al pueblo escogido». Los sacerdotes, augures como los mejicanos, buscaban en las entrañas de las llamas sacrificadas al Sol, el secreto de los velados destinos. En esta fiesta se renovaba el fuego del templo, reuniendo los rayos del sol en el fondo de un espejo cóncavo de metal, sobre un puñado de algodones. Cuando el cielo estaba toldado, se obtenía el fuego por la fricción de dos ramillas.

*Pachamanca* — Procedimiento por medio del cual se asa la carne, y consiste en abrir un hoyo, que se cubre de hierbas aromáticas; sobre este lecho se colocan yucas, camotes y carne de cualquier animal, generalmente de gallina y vaca, que se cubren con piedras. Después se enciende el fuego en la parte superior, y se mantiene durante el tiempo necesario para que se sazonen los vegetales y animales encerrados dentro de aquel horno improvisado.

*Acullir* — Mascar coca.

*Huaca-llama* — Pequeño rebaño.

*Hatan-llama* — Gran rebaño.

*Huaco* — Objeto encontrado en las huacas.

*Mate* — Calabazo ú objeto de barro de su forma, en que los peruanos guardaban la chicha.

*Chicha* — Bebida fermentada que se obtiene de la uva, del maíz, del algarrobo, etc.

*Coca* — (Erylhroscylon coca, Lamark). La mejor coca es la de las yungas de Bolivia.

*Tabaco* — (Nicotiana tabacum, Lin.)

*Café* — (Coffea arabica, Lin.)

*Algodón* —(Gossypium arboreum, Lin. y Gossypium Peruvianum, Cavanilles).

*Caña dulce* — (Saccharum officinarum, Lin.)

*Plátano* — (Musa paradisíaca, Lin., y Musa Sapientum, Lin.)

*Yuca* — (Manhiot aipi. Pohl).

# UN ÍDOLO

Me pide usted, estimable señor Estrada, un recuerdo de alguna de nuestras breves pláticas, acerca de las antigüedades de esta tierra, tan ignorada de propios y extraños; y, sin embargo, tan interesante para el filósofo que se preocupe con lo que fueron los pueblos que antes la habitaron.

No un estudio etnológico, ni siquiera la simple enunciación de alguna de las grandes cuestiones que aquella ciencia sabe resolver, es lo que voy á consignar en su libro de viaje: un recuerdo, un simple recuerdo.

Helo aquí:

Un ídolo de madera, de cuatro pies de alto, encontrado en la isla de Macabí, á ochenta pies de profundidad en la masa de huano, es, sin duda, un tema fecundísimo de conjeturas sobre la edad de esos depósitos prodigiosos y la existencia de pueblos civilizados en este continente. Mas, si examinando este objeto se observa que la cabeza del ídolo, hasta el cuello, está perfectamente esculpida, lo que revela un arte muy adelantado, y que las restantes partes del

cuerpo apenas están indicadas y en estado rudimentario, la noción de un pueblo inteligente se desprende de esa escultura aparentemente informe, y deja ella de ser una simple curiosidad arqueológica, para convertirse en punto de partida para útiles y profundas investigaciones.

Las manifestaciones materiales del espíritu de los pueblos, provienen, en primer lugar, de la concepción más ó menos verdadera y elevada de la Divinidad, lo que, á su vez, influye también en la forma política y social. La naturaleza de la materia que se emplea, el grado de civilización del pueblo que las concibe, su espíritu, su carácter, su clima y hasta el aspecto del país, son otros tantos elementos que contribuyen á caracterizarlos.

El suelo que hoy ocupamos los habitantes del Perú, alimentó, en sucesivas y remotísimas edades, diversos pueblos, organizados en sociedades regidas por leyes sabias, religiosas y amantes de lo bello, según el ideal de cada una de las razas á que pertenecían. Sacar del caos del olvido á la luz de las nuevas ideas ese pasado misterioso, es digna tarea reservada á la noble curiosidad de viajeros tan inteligentes como usted.

FEDERICO TORRICO.

Lima, Mayo 28 de 1878.

# EL MANCHAI-PUITU

TRADUCIDO POR LA SEÑORA JUANA MANUELA GORRITI

¿Dónde está tu hermoso rostro
Que las rosas envidiaban?
¿Dónde están tus dulces ojos,
Luceros que me alumbraban?
¿Dónde esa boca divina
Que al coral avergonzaba,
Y que en besos deliciosos
Mis tristezas encantaba?
¿Dónde tus dientes cual perlas
Que la risa iluminaban?
¿Dónde las dos azucenas
Que amantes me acariciaban?
¿Dónde tu gallardo talle
Que á la palma asemejaba,
Y la hechicera cintura
Que con gracia se cimbraba?
¿Dónde tus largos cabellos
Que en sus ondas me inundaban?
¿Dó las gracias misteriosas
Que mi alma cautivaban?

¿Dónde estás, tórtola hermosa?
¿Dónde estás, mi dulce amada?
Mas ¡ay! que aunque te llamo
No oyes mis penas amargas...
¡Porque duermes y por siempre
En la región de las almas!

---

## LA CHOCICA

En la mañana del 26 de Mayo de 1873, nublada por más señas, salieron de Lima, en un tren expreso, varias familias de la capital, y algunos viajeros, invitados por don Enrique Meiggs, á recorrer la sorprendente línea de la Oroya, de que es constructor y empresario.

Llegados á Chocica, algunos de los paseantes manifestaron la voluntad de quedarse en la estación, temerosos de contraer cierta fiebre perniciosa que se produce en el lugar llamado Verrugas, que era el término del paseo.

Dicha fiebre precede á una invasión de verrugas, que cubre completamente el cuerpo de los atacados y les produce la muerte en pocos días. Esa enfermedad sorprendió á la hueste de Pizarro, en el puerto de San Mateo, en su segunda expedición al Perú.

Algunas señoritas, acatando las órdenes paternas, quedáronse en Chocica, mientras los demás iban á su destino.

Durante la espera, una de ellas concibió y compuso una zamacueca, que dedicó al autor de este libro, y que lleva el nombre de la esta-

ción en que fué escrita. Su autora, la señorita Leonor de Tezanos Pinto, es una joven discípula de Ravina, de quien recibió lecciones en París.

El nombre de la interesante compositora, figura con aplauso en la relación del *Viaje á Oriente*, que acaba de publicar en Francia un distinguido escritor colombiano.

*La Chocica* reproduce con elegancia el tema popular de la zamacueca, y es una de las más bellas que se conocen en el Perú. Ella, como *El Banjo* de Gottschallk, expresa el sentimiento músico de una raza, y augura á su autora, orgullo de la atractiva sociedad de Lima, con el aplauso de los inteligentes, una envidiable popularidad.

La zamacueca es una danza eminentemente nacional en Chile y el Perú, que no se baila en la buena sociedad, sino en reuniones de confianza. El día de San Juan, tiene lugar en Lima un paseo á los cerros inmediatos, conocidos con el nombre de Amancaes, cuyo pretexto consiste en coger las primeras flores de las plantas que los cubren.

El pueblo baila á sus anchas las danzas nacionales, y especialmente la zamacueca, conocida también con los apodos de polka de cajón, maisito, ecuador y zanguaraña. Acompáñanla los negros con arpa, guitarra y tambor, y es admirable la precisión con que observan el tiempo y

estimulan á los danzantes. Dos ó tres voces cantan coplas, casi siempre compuestas por los tocadores de guitarra, mientras se baila la zamacueca. Al finalizar cada una de ellas, los circunstantes que saben cantar repiten en coro el refrán. Mientras se ejecutan estos coros que llaman fugas, la danza adquiere una animación casi delirante.

La zamacueca empieza con una escena pantomímica, en la que parece que el caballero persiguiera á la dama, que lo elude con gracia, durante la primer figura. Los danzantes llevan la mano izquierda apoyada en la cintura, y hacen girar con la derecha sobre sus cabezas un pañuelo blanco. El pueblo chileno expresa esta acción con el verbo «bornear», uno de los muchos que no se usan frecuentemente, y que es muy expresivo. La segunda figura de la zamacueca, es una especie de paso de polka.

Correrá mucho tiempo antes de que se borre de nuestra memoria el recuerdo de aquel día pasado en los Andes, y dividido entre la admiración por la naturaleza y las obras del hombre, entre las asperezas de la poesía salvaje y las dulzuras de la sociedad de un grupo de mujeres encantadoras.

Al regresar de la cumbre de la Cordillera, encontramos en Chocica preparado y servido un banquete, en que no faltó ninguno de los detalles necesarios para hacerlo agradable.

Las flores de la montaña, rivalizando en colores con las mejillas de las convidadas, adornaban la mesa. Á los postres se escucharon voces simpáticas, intermediadas por las armonías del piano, que los ecos de los Andes repetían. Las copas llenas de espumante vino, alzáronse en honor de la patria, del progreso, de la belleza y de la poesía.

El señor Meiggs puso fin al banquete anunciándonos que había llegado la hora de la partida. Algunos de los presentes no habrían llegado hasta pedir, como el héroe de Lamartine, la eternización de aquel momento; pero muchos, como Josué, habrían querido detener la luz en el horizonte y... el tren en la Chocica.

---

# APENDICE

# CARTA AL AUTOR

*Sr. D. Santiago Estrada.*

*Madrid 15 de Mayo de 1889.*

**Mi estimado amigo:** *Pone V. en mis manos las pruebas de imprenta de sus interesantes* Viajes, *libro conocido y apreciado, como se merece, en toda la América latina, y me pide que escriba un apéndice á la segunda edición.*

*Se propone V. asociar al Viejo Mundo, representado por mi humildísima persona, con el Nuevo, de que es V. hijo ilustre; quiere que la conjunción de dos nombres simbolice la identidad de sentimientos de dos naciones, España y la República Argentina, para las cuales el inmenso Océano será siempre vínculo estrecho de fraternal cariño; y como si no fueran bastante las maravillas de la edad presente, me invita á remontarme por los espacios imaginarios y á describir un viaje en los venideros tiempos.*

*Empresa superior á mis fuerzas, de suyo débiles y flacas, atrévome á acometerla cediendo al natural deseo de corresponder á la bondadosa súplica del indulgente amigo, á quien reitero la expresión de mi sincero afecto.*

*Nilo María Fabra.*

# UN VIAJE Á LA REPÚBLICA ARGENTINA

## EN EL AÑO 2003

RESIDÍA en Madrid. El reloj eléctrico y á la vez calendario perpetuo de mi despacho señalaba y anunciaba las cinco de la tarde del 9 de Mayo de 2003. Me acerqué al teléfono y pedí comunicación telefónica y *neumática* con la Compañía del expreso hispano-argentino.

—¿Qué desea?—murmuró el reóforo á mi oído.

—Un billete de ida y vuelta á Buenos Aires. ¿Cuánto es?

—Mil quinientas pesetas.

—Quiero además una carta de crédito de veinte mil.

—Corriente.

—Por el tubo neumático remitiré un talón contra el Banco y mi equipaje.

—Está bien. ¿Se le ofrece algo más?

—Nada, gracias.

—Á la orden de V.

Al cuarto de hora el tubo neumático, que pone en comunicación mi casa con todos los abonados de Madrid, me traía una medalla de níquel señalada con el número 5, letra *M*.

Esta medalla me daba derecho á un viaje redondo á Buenos Aires y á un crédito de cuatro mil pesos, oro, en todas las estaciones de la línea.

Á las siete menos diez minutos subí por el ascensor á la azotea de mi casa y esperé el paso del tranvía electro-aéreo. Ocho minutos después me hallaba en la estación central de los *aluminio-carriles* y me instalaba en el tren expreso hispano-argentino.

Componíase éste de seis soberbios vagones-palacios, precedidos de una potente máquina eléctrica. Estaba el primero destinado á cocinas y dependencias, á comedor el segundo, á salón y biblioteca los dos inmediatos, y á camarotes los restantes.

El ancho de la vía era de seis metros y el de los coches de nueve. Los carriles de aluminio asentábanse sobre largueros de madera revestida de una materia elástica que amortiguaba el ruido y la trepidación del tren en movimiento. Seguía casi siempre el trayecto la línea recta, sin grandes desmontes ni terraplenes y con cortos túneles, porque las perfeccionadas máquinas de tracción salvaban con facilidad las más agrias pendientes.

Lujo artístico y comodidad refinada reinaban en aquel suntuoso recinto. Ricas y exóticas maderas talladas, obra de célebres escultores, ostentaba en sus muebles el comedor; del techo pendían riquísimas lámparas de cristal de roca que reflejaban los rayos de centenares de luces eléctricas; el servicio de mesa era de Sevres con elegantes pinturas representando

los principales paisajes de la línea; los asientos y respaldos de las sillas de fino tafilete maquedo; los manjares y los vinos, delicados aquéllos y exquisitos éstos; las fuentes y las botellas, movidas por misterioso artificio, circulaban profusamente por la mesa, deslizándose sobre carriles de plata; las dulces notas de los cantores y de la orquesta de una ópera que en aquel momento se representaba en el teatro de Apolo de Roma, reproducidas por un *megáfono,* recreaban el oído de los viajeros durante la hora de la comida; la aguja de un cuadrante colocado en la pared señalaba los kilómetros recorridos y las estaciones por donde pasaba el tren; un termómetro automático, combinado con caloríferos y frigoríferos, mantenía siempre la misma temperatura dentro de los coches; un reloj señalaba la hora del meridiano de Madrid en una esfera, y en otra, por ingenioso mecanismo, la que correspondía al punto donde nos hallábamos; en fin, cuanto pudo imaginar el espíritu utilitario, el gusto artístico y el genio de la invención para comodidad, deleite y regalo del viajero, estaba encerrado en el palacio ambulante que con rapidez vertiginosa recorría llanuras, cruzaba valles, vadeaba ríos y salvaba montañas, sin notarse apenas el acompasado ruido de las ruedas, ni la estridente vibración de los railes, ni los vaivenes de las curvas, ni los saltos del paso de agujas, ni ninguna de aquellas innumerables molestias de los primitivos y rudimentarios ferrocarriles.

El salón que seguía al comedor superaba á éste en magnificencia. Durante el día la luz cenital y durante la noche invisibles focos eléctricos, velados por cristales opacos ligeramente sonrosados, prestaban á

todos los objetos un aspecto mágico y sorprendente. En las paredes alternaban los tapices antiguos, venerables restos de las pasadas grandezas de la sangre, hoy al servicio de la aristocracia del capital, con los cuadros de los más célebres pintores contemporáneos, llenos de riqueza de detalles, sentidos de color y rebosando vida y movimiento. El piso, compuesto de la reunión de pequeños fragmentos de madera de diversas clases de múltiples y brillantes colores, formaba uno de los más notables mosaicos que vieron jamás los afamados talleres de Roma. Anchas y cómodas butacas articuladas, de dorado cuero cordobés unas, de seda suave ó de terciopelo finísimo otras, convidaban al descanso del cuerpo y á la plácida y reparadora somnolencia del espíritu. Ocultos resortes que cedían al menor esfuerzo, daban á estos muebles la inclinación ó la postura que de ellos solicitaba el viajero. Destacábase en el centro un gran velador de malaquita con incrustaciones de oro, representando las armas de los Czares, despojo que arrojó al mercado la Revolución de Rusia del siglo XX y mudo testigo del incendio y el saqueo del palacio de Invierno por la enfurecida plebe. ¡Inestable fortuna! Todo cambia de destino, todo obedece á la eterna ley de la evolución. ¡De las ricas joyas y preciados ornamentos de la Corte imperial no queda más que lo útil al servicio, tal vez, del primer advenedizo!

Inmediato al salón seguía la biblioteca. Centenares de volúmenes llenaban los estantes, colocados aquéllos por orden de materias, manuales casi todos, de esmerada y clara impresión y con numerosos grabados intercalados en el texto. En sitio preferente veíanse las enciclopedias y el *Diccionario Ilustrado de la*

*Academia Española,* notable por las viñetas y cromos que daban clara idea de los vocablos que permitían su representación gráfica. En dos de los ángulos de la biblioteca veíanse dos globos, terráqueo el uno y celeste el otro, ambos de metro y medio de diámetro y transparentes: luces eléctricas interiores permitían durante la noche observar los menores detalles. Un mecanismo también eléctrico hacía girar al celeste, dando una revolución cada veinticuatro horas. Al mismo tiempo producía un movimiento de inclinación en correspondencia con la latitud geográfica del tren. La otra esfera tenía también movimiento de inclinación y traslación, presentando en su parte superior el punto de la tierra en que se encontraba el viajero. Atriles mecánicos para uso de los lectores, sin más trabajo para éstos que oprimir un pedal, doblaban automáticamente las hojas de los libros. Lo más peregrino, empero, era el *Diccionario fonógrafo.* Tenía este aparato un teclado con todas las letras del alfabeto, y bastaba oprimir las correspondientes á una palabra para que el fonógrafo recitase en el acto la definición del vocablo. Sobre una mesa estaba puesto otro fonógrafo en relación con los alambres exteriores, merced á los cuales el tren comunicaba con la red universal telefónica. En dicho aparato, que hacía las veces de periódico, se imprimían silenciosamente noticias del mundo entero, y á voluntad del viajero, funcionaba para reproducirlas. Me acerqué al *Noticiero Parlante,* que así se llamaba aquella ingeniosa máquina, y ví que tenía una serie de botoncitos, junto á cada uno de los cuales se leía en letras de metal: *Europa, Asia, África, América, Oceanía, Bolsas, Mercados, Miscelánea.*

Oprimí el primer botón y el fonógrafo habló de esta manera:

«Madrid, 8 noche.—La *Academia Española* abre un certamen para premiar el mejor discurso parlamentario. Se preferirá el de estilo más lacónico. No se admiten solecismos».

«París, 8-35 noche. — La Cámara de Diputados ha aprobado una proposición eximiendo á sus individuos del deber de asistir á las sesiones. Podrán hablar desde sus casas por medio del fonógrafo parlamentario. Habrá aparatos especiales para uso de los diputados que quieran interrumpir al orador».

«Londres, 8-15 noche.—Se está desguazando el último blindado de vapor que conservaba como reliquia la marina inglesa. Era un pequeño buque de doce mil toneladas que sólo podía navegar á flote».

«Roma, 9 noche.—La Sociedad Universal de Teléfonos y Fonógrafos abre un abono á audiciones perpetuas de ópera. La diferencia de meridiano de las diferentes ciudades del mundo donde se representan esta clase de espectáculos, permite á la Compañía ofrecer dicha ventaja al público».

«Viena, 9 - 30 noche. — La cuestión de los Balkanes...»

—Basta, dije para mí, y puse el dedo en el último botón.

«Madrid, 8-5 noche,—continuó el eco.—El crimen de la calle de...»

—¡Todavía!—exclamé, oprimiendo el cuarto botón.

«Lima, 3-5 tarde,—añadió el fonógrafo.—Se han presentado los presupuestos en la Cámara de representantes con un *superabit* de noventa y ocho millones de soles. El último plazo de la indemnización de guerra pagada por los Estados Unidos, se aplicará á la completa extinción de la deuda del Perú».

«Santiago de Chile, 3 - 12 tarde.—Los viajeros del tren relámpago procedente de Montevideo, han sido indemnizados con ciento cincuenta pesos cada uno por haber llegado aquél con un retraso de quince minutos. El Supremo Jurado sienta la jurisprudencia de que la indemnización sea á razón de diez pesos por minuto perdido en la marcha».

«Buenos Aires, 5 - 15 tarde. — Ha fallecido esta tarde el célebre almirante argentino López, que mandando la escuadra submarina de los aliados de la América latina, aniquiló en el golfo de Méjico el poder marítimo de los Estados Unidos. Por disposición del finado la familia no recibirá comunicaciones telefónicas de pésame».

«Bogotá, 6-24 tarde.—El Gobierno ha resuelto sustituir los antiguos cañones de doscientas cincuenta toneladas que defendían el canal de Panamá con máquinas eléctricas lanza-rayos».

«México, 3 tarde.—El General mejicano Victoria, telefonea que hoy ha ocupado San Francisco de California en virtud del tratado de paz con los Estados

Unidos. La noticia produce aquí entusiasmo indescriptible. Esta noche se iluminará la ciudad con quinientos poderosos focos eléctricos suspendidos por globos cautivos. Hoy se firmará el pacto de la Confederación latino-americana...»

Iba á proseguir, interrogando al misterioso confidente, cuando noté que el tren moderaba su marcha. Fijé la vista en la esfera que señalaba nuestra situación geográfica y vi que nos encontrábamos cerca de Gibraltar, hermosa ciudad que España recobró en 1910, después de la guerra de la coalición continental contra los ingleses. Detúvose el tren y, asomándome al mirador situado en el testero del último coche, se presentó á mis ojos uno de los espectáculos más sorprendentes que imaginarse pueda.

El enorme peñón á cuyos pies se asienta la gran ciudad de Gibraltar y los demás montes que ciñen la anchurosa bahía de Algeciras, parecían ríos de lava de un volcán en ignición. Focos eléctricos de diversos colores, artísticamente combinados, llenaban el espacio comprendido entre Punta de Europa y Punta Carnero. En cada una de éstas destacábase una gigantesca columna luminosa con la inscripción *Plus Ultra*. Sobre la ladera del Peñón se leía con enormes caracteres de fuego: *Viva la raza latina, Viva la Confederación latino-americana*, y debajo veíanse como entrelazadas la bandera española y las de todos los Estados de América de origen ibérico.

Así la Madre Patria celebraba la fausta nueva que la electricidad había transmitido á todos los ámbitos de la tierra. La raza ibérica, representada en el Nuevo Mundo por trescientos millones de almas, sellaba con el pacto fraternal de la «Unidad en la variedad» su

inquebrantable propósito de vivir confundida en un solo sentimiento y en una sola aspiración, y robustecer sus fuerzas ante el coloso del Norte, que intentó, aunque en vano, extender sus dilatados dominios por el resto de América ó someterla á vergonzosa tutela. La venerable España, que veía renacer en sus hijos emancipados de allende los mares las glorias de su raza imperecedera, declaraba aquel día fiesta nacional, y la fecha del 9 de Mayo de 2003 se inscribía en letras de oro en el salón de sesiones de las Cortes.

El tren se puso en movimiento, y la obscuridad exterior y un ruido sordo y prolongado me advirtieron que en aquel momento penetrábamos por el túnel submarino de veinte kilómetros, que pone en comunicación la red de aluminio-carriles de Europa con la de África. Minutos después avistábamos á nuestra derecha á Tánger, iluminado también como Gibraltar y Algeciras, y sin detenernos proseguimos nuestra rápida marcha á través del antiguo imperio de Marruecos, hoy floreciente provincia española.

Á las once de la mañana del siguiente día, después de salvar la cordillera del Atlas por el túnel de Afifen, hicimos alto en Cabo Juby. Los viajeros de Canarias tomaron allí el buque eléctrico que debía trasladarlos á aquel archipiélago. Á la sazón no estaba terminado aún el puente de aluminio entre las islas Canarias y el Continente africano. Los estudios hechos por los ingenieros para unirlas por medio de túneles submarinos, fueron abandonados á causa de las grandes perturbaciones volcánicas que ofrece el fondo del mar en aquella parte. Nos encontrábamos en pleno desierto. La temperatura era sofo-

cante en lo exterior, pero deliciosa dentro del tren, hasta el punto de que el termómetro seguía invariable. A través de los tubos que sirvieron de caloríferos á la salida de Madrid, circulaba entonces aire frío producido por una máquina heladora.

En la madrugada del día 11 nos encontrábamos en Dakar (Senegal), habiendo recorrido desde Madrid tres mil seiscientos veintidós kilómetros de aluminio-carril. Detúvose el tren cinco minutos y púsose luego lentamente en marcha por un muelle metálico, al extremo del cual estaba atracado por la popa un buque eléctrico submarino de sesenta mil toneladas. Sobresalía éste doce metros sobre el nivel del mar, y en su parte posterior, á manera de la entrada de un túnel, tenía una inmensa abertura por la cual penetró todo el tren. Apenas quedó dentro, púsose en movimiento una poderosa máquina hidráulica, que cerró herméticamente la comunicación exterior. Al cabo de algunos minutos, un estremecimiento general nos anunció que el barco soltaba las amarras y se ponía en marcha.

Dos días mortales empleamos en la travesía entre Dakar y el Cabo de San Roque, ó sea la parte de la costa del Brasil que más se aproxima al Continente africano, y digo mortales porque á pesar de los progresos de la industria naval, el hombre no ha podido domeñar la fuerza impetuosa de las olas, ni los adelantos de la medicina han encontrado remedio á las angustias del mareo. Así se explica que ínterin se tienden puentes de aluminio de mil quinientos metros de luz sobre el Océano, se procuren limitar todo lo posible las travesías marítimas. Navegaba nuestro buque unas veces sobre la superficie de las olas y

otras á cierta profundidad, según el estado del mar, pero los balances de costado y de popa á proa eran verdaderamente insoportables.

Por fin, á los cuatro días y medio de nuestra salida de Madrid, atracamos en el espacioso puerto que la Compañía universal de trenes expresos ha construído en el Cabo de San Roque. Fondear el submarino; abrirse la compuerta que cerraba la abertura de proa, á semejanza de la del lado opuesto; salir el tren y lanzarse éste á toda electricidad por la vía americana, fué obra de un momento.

Inútil es advertir que no tuvimos registro de equipajes ni reconocimiento de pasaportes, ni ninguna de aquellas infinitas trabas, eterna pesadilla de nuestros bisabuelos, víctimas de la transición industrial y política del siglo XIX, en el cual la defensa de la propia producción y el interés del orden público, obligaban á las naciones á poner cortapisas al comercio y á la libertad humana.

En la mañana del día 14 de Mayo de 2003 hacíamos alto en la hermosa ciudad de Río Janeiro, cuya población excede actualmente de dos millones de almas.

De Río Janeiro salen dos líneas con dirección al Río de la Plata: la de la costa que se dirige á Montevideo, uno de los puertos más florecientes de la América latina, que cuenta ya con tres millones de habitantes, y la más occidental que va á buscar la confluencia del Uruguay y el Paraná. Nuestro tren siguió la última, y antes de rayar el día 15 atravesábamos los indicados ríos, un poco más arriba de su confluencia, por dos soberbios túneles subfluviales.

Apenas había despuntado el alba cuando hicimos

nuestra entrada en la gran capital de la República Argentina, término de nuestro viaje.

Describir la floreciente ciudad de Buenos Aires, emporio del comercio y de las artes, con sus magníficos monumentos, sus ricos museos de Bellas Artes, sus bibliotecas que cuentan por centenares sus *libros-fonógrafos*, sus calles terrestres y aéreas tiradas á cordel, su magnífico puerto poblado de buques submarinos, con sus muelles que comienzan cerca de la antigüa estación de Rivadavia y terminan más abajo de Riachuelo, su magnificencia y grandiosidad, pues su actual superficie excede á la del antiguo distrito federal, no es empresa para mi pluma ni lo permiten las dimensiones de este artículo. Basta decir que San José de Flores es hoy el centro de la ciudad y que de allí radian los aluminio-carriles subterráneos y los tranvías electro-aéreos, que llevan con rapidez vertiginosa la exuberante vida social y mercantil á todas partes. El aumento incesante de la inmigración europea y el natural desarrollo de la población, han elevado la de Buenos Aires á 4.122,307 almas, según la estadística del mes de Abril de 2003.

* * *

Antes de poner término á este artículo, fuerza es que diga siquiera breves palabras acerca de los notables cambios que en el orden político se han operado en el Nuevo Mundo.

Los Estados Unidos del Norte adquirieron durante la pasada centuria enorme crecimiento, hasta el punto de que su inmenso territorio apenas bastaba para

contener la población y amenazaban un desbordamiento á costa de los países de origen latino.

Méjico, las Repúblicas del Centro y Colombia, como más directamente interesadas, la primera porque veía en peligro sus fronteras septentrionales, y las restantes porque so pretexto de los canales interoceánicos, el gobierno de Wáshington pretendía someterlas á una tutela, que rechazaba la dignidad nacional, dieron la voz de alerta y reclamaron el auxilio de los demás Estados americanos.

Las notas diplomáticas que los representantes de aquellas Repúblicas dirigieron á sus hermanas, fueron acogidas al principio con marcada tibieza, porque nadie creía el riesgo cercano; pero la noticia de que los anglo-americanos habían violado el territorio de Méjico y de que pretendían enviar un ejército de ocupación á Nicaragua, Costa Rica y Panamá, produjo un grito unánime de indignación desde Río Bravo del Norte hasta el Cabo de Hornos. Todos los Gobiernos, impulsados por el generoso y espontáneo movimiento de la opinión pública, pactaron una alianza ofensiva y defensiva, y aprestaron sus formidables huestes y sus escuadras submarinas para salvar la independencia de la América latina y la exclusiva preponderancia en ella de la raza ibérica. España, que no podía permanecer indiferente á una lucha gigantesca en la cual se ponía en tela de juicio el principio de raza, de lengua y de costumbres, que eran las suyas propias, prestó desinteresado y noble concurso á sus hijas americanas, y de Cádiz salió la escuadra submarina que en unión de las demás aliadas contribuyó al desastre de la poderosa armada de los Estados Unidos.

Entretanto, las márgenes de Río Bravo del Norte eran teatro de las más encarnizadas batallas que vieron los siglos. Todos los medios de destrucción que el moderno arte de la guerra arrancó á la ciencia y á la industria se juntaron allí: cañones de trescientas toneladas; proyectiles explosivos con substancias hasta entonces desconocidas; máquinas eléctricas arrastrando las piezas, verdaderas fortificaciones ambulantes que marchaban sobre railes, á medida que lo exigía el ataque ó la defensa; reductos cubiertos que se ocultaban y á voluntad salían á flor de tierra para disparar su artillería; trincheras que parecían montañas, y montañas que allanaban el asiduo trabajo de zapa y el incesante reventar de las minas. La infantería y la caballería habían desaparecido, pero no el recuerdo de sus bizarras empresas, en que en tan alto grado campeaba el valor individual. La lucha ya no era de hombres contra hombres, sino de máquinas contra máquinas. Imposibles las batallas á campo raso y sobre la superficie de los mares: la guerra, según una frase del general ruso Arbaff, se convirtió en subterránea y submarina.

Vencidos los Estados Unidos en esta memorable campaña, viéronse obligados á firmar un tratado de paz, comprometiéndose al pago de una indemnización de diez mil millones de dollars, que se repartieron entre los aliados, á limitar sus fuerzas navales y terrestres y á devolver á Méjico los territorios que inicuamente le usurparon en el siglo XIX.

Entonces los Estados de la América latina, para afianzar su independencia y oponer inquebrantable valladar á la invasión de la raza anglo-sajona, pactaron la Confederación, sin el predominio de ninguno

de ellos sobre los demás, y conservando todos sus leyes é instituciones particulares.

¡Obra admirable con el siglo XXI, abría una nueva era de paz, de prosperidad y de grandeza á los hijos emancipados de la gloriosa Iberia!

NILO MARÍA FABRA.

# ÍNDICE